

“DECONSTRUYENDO LA HISTORIOGRAFÍA: EDMUNDO
O’GORMAN Y LA INVENCION DE AMÉRICA”

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



*DECONSTRUYENDO LA HISTORIOGRAFÍA:
EDMUNDO O'GORMAN Y LA INVENCIÓN DE AMÉRICA.*

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
MAESTRO EN HISTORIA

P r e s e n t a

MIGUEL RICARDO NAVA MURCIA

Director: Dr. Alfonso Mendiola Mejía.

Lectores: Dra. Perla Chinchilla Pawling
Mtro. Alejandro Araujo Pardo

Esta tesis forma parte del proyecto de investigación colectivo del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana “El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI al XX. Una aproximación desde la historia cultural” (G 32585H), financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Resumen

El propósito de esta tesis es doble. Su primera orientación se dirige a la problemática de la lectura de los libros de historia, esto es, al análisis historiográfico. La segunda está dirigida al análisis de una obra historiográfica particular, *La invención de América*, de Edmundo O’Gorman. ¿Por qué plantear como problema la lectura de los libros de historia, esto es, del análisis historiográfico? Porque la práctica del historiador tiene como resultado una escritura, y en tanto escritura, funciona como marca: es inestable, indeterminable y con grados de ilegibilidad. En tanto marca sin origen pleno, su sentido está a la deriva derivando. *La invención de América*, es una historiografía que ejemplifica muy bien esta inestabilidad de la escritura de la historia.

En el primer capítulo, demostraré que esta historiografía puede aparecer como una huella dentro de un sistema de diferencias, lo que hace evidente sus contribuciones teóricas de mayor alcance, sus límites, e inestabilidades, siempre abiertas a infinidad de lecturas. Se trata de señalar cómo también la escritura de la historia, al ser leída se coloca como texto en juego con otros textos, resaltando las diferencias que permiten una diseminación de interpretaciones.

Los capítulos siguientes analizan *La invención de América*, la cual, al menos como la he leído, es un texto que contribuye, de manera crítica, a la producción de nuevos modos historiográficos de comprensión, del proyecto moderno y su futura realización, en donde la historia, es aquello que tiene que ver con la vida misma. Es una historiografía cuya propuesta teórica resultó inédita en la segunda mitad del siglo XX, al

poner en cuestionamiento y denunciar las fallas al interior del sistema historiográfico moderno, y el carácter seguro y certero de la historia de América.

CONTENIDO.

Índice.	4
Prefacio. A modo de guía del usuario.	5
Exordio.	12
Capítulo I. Estrategia de lectura: leyendo de otro modo la historiografía.	24
Un lugar alterado: ¿desde dónde hablar?	27
Historia e historiografía: un juego de espejos.	37
<i>Diferir</i> de la hermenéutica: Deconstruyendo la historiografía.	43
Giro historiográfico, giro deconstructivo.	68
¿Qué aporta la deconstrucción para leer libros de historia?	75
Capítulo II. Puntos de fuga: deconstruyendo La invención de América.	83
Desdibujando bordes y centros.	83
Contribución teórica ofrecida por <i>La invención de América</i> .	88
Intersecciones, riesgos y cuestiones.	97
Disección, deconstrucción, sentido.	98
Cuando el epígrafe se disloca.	114
Sobre el horizonte cultural: clausuras problemáticas.	120
Invención/descubrimiento: ruptura y tercer espacio.	124
Capítulo III. Diseminaciones, desplazamientos y diferencias.	137
Edmundo O’Gorman: desdoblamiento.	141
Lecturas “fuera de contexto”.	145
a) Juan A. Ortega y Medina y Alvaro Matute: Contextualizar para comprender a O’Gorman.	146
b) Enrique Dussel y el encubrimiento del Otro.	150
Edmundo O’Gorman ante los <i>giros</i> y los <i>post</i> .	158
a) Guy Rozat; la <i>destruktion</i> de las crónicas de la conquista.	159
b) José Rabasa: Inventar América, una lectura postcolonial.	162
De las diseminaciones.	170
Post-Scriptum. Diseminaciones: Herencia, desplazamientos y <i>différance</i>	173
Bibliografía	179

PREFACIO

A MODO DE GUÍA DEL USUARIO

Un prefacio recordaría, anunciaría aquí una teoría y una práctica generales de la deconstrucción, esa estrategia sin la cual no habría más que veleidad empirista y fragmentaria de la crítica, confirmación no equívoca de la metafísica. Enunciaría en el futuro (“van a leer esto”) el sentido o contenido conceptuales de lo que ya habría sido escrito. Y por lo tanto lo bastante leído como para poder ser reunido en su tenor semántico y por adelantado propuesto. Para el prólogo, que vuelve a formar un querer- decir a cosa hecha, el texto es un escrito –un pasado- que, en una falsa apariencia de presente, un autor oculto y todo poderoso, con pleno dominio de su producto, presenta al lector como futuro suyo. Esto es lo que he escrito, después leído y que escribo para que ustedes lean. Después de lo cual podrán ustedes tomar posesión de este prefacio, que en suma ahora no leen.

-Jacques Derrida.

Trabajar sobre una escritura, una escritura de la historia, escritura de una invención, por medio de otra, es un trabajo siempre parasitario. Escribir sobre otro, acerca de otro, nos remite a la noción de comentario. Un comentario sobre un texto, necesita obedecer a una ley. Implica suponerse autorizado para hablar acerca de otro, ahí

donde nadie puede estar plenamente autorizado, pues ese otro se ha expuesto en una escritura en movimiento, en constante repetición, ahí donde emisor y destinatario están ausentes. Pero, más allá del comentario, esta escritura es enviada al análisis historiográfico. Además de ser desde la noción de comentario, parasitaria, es desde la operación historiográfica una lectura y un pensamiento sobre *la escritura de la historia*. Escritura de una historia des-bordándose entre el espacio de una frontera. Entre un límite señalado. Entre ambos lados. División entre lo pensable y lo impensable, el otro de quien se quiere hablar.

Pensar la historia, pensarla como escritura de la historia, es pensarla como *huella* (*traza*), la escritura de la historia como *différance* (distinción o diferencia y diferir como tardanza o demora) de todo signo. Es la implicación en un trabajo historiográfico de lectura/escritura que va bordeando los márgenes del texto en general, en tanto que una textura, red de significaciones que remiten a una cadena infinita, cuyo origen es un origen tachado, un no-origen. Entre la ficción de un afuera y un adentro. Es desdibujar los límites, hacer injertos, insertar la cuña para hacer tambalear la estructura, en una palabra, es deconstrucción. La deconstrucción debe ser entendida como una palabra más en cadena con otras como *traza*, *différance*, *diseminación*, por mencionar algunas. Constituye una estrategia de lectura antes que un método. En tanto que estrategia de lectura implica considerar la escritura de la historia como el espacio de lo ilegible. Y si el pasado sólo existe en tanto que escritura, vestigios, monumentos, éste, éstos, también tienen sus grados de ilegibilidad. *Difiriendo* de la propuesta hermenéutica, leer es más que un desciframiento, más que un atravesar las marcas o los significantes en dirección de un sentido, implica, al contrario, la apertura de una instancia en la que eso que

llamamos el sentido puede ser no accesible, puesto que leer no es develar un secreto escondido detrás de los signos sino un *estallamiento* de la polisemia: la aceptación de cierta ilegibilidad, la indecidibilidad. De esta manera, la deconstrucción del texto historiográfico implica asumir, de entrada, la indecidibilidad de los enunciados, es decir, aquellos sobre los que en su sistema formal no se puede decidir acerca de su valor de sentido, y asumir la forma parasitaria que adquiere esta misma escritura sobre ese otro, sobre el texto *La invención de América*.

He explotado en parte, sólo en parte, y en una especie de transacción continua, las posibilidades que el papel ofrece a la visibilidad, es decir, en primer lugar, a la simultaneidad, a la sinopsis, a la sincronía de lo que no pertenecerá jamás a un mismo tiempo: varias líneas o trayectos de discurso pueden de este modo cohabitar sobre la misma superficie, ofrecerse conjuntamente a la mirada en un tiempo que no es exactamente el de la proliferación unilineal, ni siquiera el de la lectura en voz baja, en una voz única. Cambiando de dimensión y plegándose a otras convenciones o contratos, algunas letras pueden entonces pertenecer a varias palabras: saltan por encima de su pertenencia inmediata. Enturbian entonces la idea misma de una superficie plana, o transparente, o translúcida o especular.

-Jacques Derrida.

Esta escritura propia, que nombra, enuncia, comenta, desmonta, mantiene constantemente su relación con injertos situados a los márgenes o al centro, en un recuadro, a modo de una escritura gris que recuerde la inestabilidad, la indecidibilidad del sentido, al implicar blanco y negro, ambos a la vez. Un doble pliegue que permite que mi escritura haga la deconstrucción escribiéndose.

El texto puede siempre permanecer a la vez abierto, ofrecido e indescifrable, sin que ni siquiera se sepa que es indescifrable. (Jacques Derrida.)

Se trata de la cita injertada como una textura que posibilita leer de otra manera lo que allí ya se ha dicho, que diseminan el sentido expresado en el discurso central; se trata del comentario marginal que busca leer a contra pelo; de la puesta en juego de un sentido otro, de la puesta de un discurso paralelo que transforme constantemente el sentido, o que le sea ajeno, lo mismo que propio. Se trata de citas textuales que juegan en el espacio de la escritura a decir otra cosa más allá del lugar de su propia escritura. Texturas que diseminan el texto propio para diluir las fronteras.

Este trabajo, al buscar coherencia con la deconstrucción escribiéndose, le hubiera venido mejor una comunicación virtual en un hipertexto, pero he decidido jugar al hipertexto con el texto impreso hasta donde este procesador de textos me lo ha permitido. De esta manera, además de los márgenes en recuadro como textualidad gris, las notas al pie de página son otro margen. Están y no están en el texto. Son hipertexto.¹ La academia, habituada a ellas, ha olvidado ésta función virtual que ya opera una

¹ Una tesis doctoral en letras, me ayudó a darme cuenta que esta investigación, para mantener coherencia con la propuesta teórica que manejo, vendría mejor en un hipertexto. Y me permitió mantener el reto de jugar a esto con el texto impreso. En ella se puede observar como escribir es leer y leer escribir como un sistema/no-sistema de lectura. (Claudia San Román Aladro, *El cuerpo como otro. La construcción de un sistema/no-sistema de lectura. Una propuesta hipertextual*).

deconstrucción del texto al manejar siempre injertos de otros textos actuando fuera de sus contextos originarios haciéndoles decir a otros, bajo la modalidad de un “aparato crítico”, otra cosa más allá de las intenciones de los autores y de las recepciones de sus destinatarios larga o cortamente pretéritos.

De entre estos márgenes, emergen, en esta escritura, aquellos que se van insinuando al interior del mismo discurso central. De alguna manera ponen en cuestión que se trata de un texto central. Se insinúan como textos superpuestos uno encima del otro y son básicos en textos hipertextuales. Se trata de enunciados a modo de superíndices y subíndices.² Los superíndices son reflexiones potenciadas por la mente al momento de escribir, pues hay tantas cosas que al escribir pasan por la mente, tantas reflexiones, que por ajustarse al rigor de una escritura lineal coherente, bajo los dictados de la academia, quedan cuando mucho entre paréntesis, o en una larga nota al pie de página, y su efecto es siempre el ser una afuera del supuesto texto central, pero que al mismo tiempo invitan al lector a una interpretación potencial, así como en matemáticas un superíndice señala la potencia a la cual está elevado un número. En tanto significante de lectura que surge al momento de escribir, implica mis referencias, preguntas, dudas, respuestas, hace posible, de cualquier manera, cualquier otra lectura que surja al momento de leer.³ He incluido, además, envíos a otros textos, a otras marcas y a otras posibles reflexiones. Los subíndices son enunciados que remiten a problemas de orden lingüístico, especialmente cuando al escribir, encontré significantes idénticos con posibilidades de diferentes interpretaciones, lecturas o apropiaciones, ámbitos de recepción que había que enfatizar. Los subíndices incluyen dudas o comentarios referentes al lenguaje, problemas semánticos o de traducción asimilación, traición, apropiación, interpretación que han ido surgiendo al momento de

² Claudia San Roman muestra cómo estos operan en la hipertextualidad haciendo fluir la lectura, jugando con el lector, quien a su vez juega con el autor.

escribir. En matemáticas un subíndice es un indicador o diferenciador para conceptos idénticos en estructura pero con características distintas ⁴

Ante el Otro expuesto, esta escritura, que habla sobre otra escritura tejida a su vez con otras, no pretende recomendar este discurso histórico como una buena o mala lectura, ni mucho menos decirle y decidirle de algún modo al futuro lector, de momento ausente, cuál es el sentido de la obra *La invención de América*, qué es lo que O'Gorman quiso decir, pues como veremos toda lectura es indecible. Trazamos estas líneas, en tanto que escritura, en función de la pregunta por lo que debe hacer, lograr, producir, efectuar un análisis historiográfico y una reflexión sobre la escritura de la historia. Se asume, de alguna manera, la posición de operar historiográficamente, incluso ahí o desde aquello que queremos desmontar, pero trazando ya sus límites (límite, aquí, como puntos de llegada infranqueables), en tanto la imposibilidad de hablar, elucidar o escribir, sobre lo que otro a querido decir. Se trata, desde la perspectiva de Derrida, de una relación de *double bind* con la tradición historiográfica recibida. Mauricio Ferraris, lee esta relación de la siguiente manera: por una parte significa la renuncia a la esperanza de superar, mediante un desenmascaramiento la tradición recibida (Ferraris está hablando de la metafísica), y por otra, mediante un juego de términos introducidos en esa misma tradición, eliminar su carácter perentorio.

Los predicados no están ahí para querer-decir algo, para enunciar o significar, sino para hacer que el sentido se desplace, para denunciarlo o desviarlo. (Jacques Derrida)

Además, señala, se trata de una doble conciencia, por un lado saber la radical discontinuidad que nos separa de una tradición que no nos pertenece necesariamente, y

³ *Ibid.*, p.5

por otro, la convicción de lo inevitable que es utilizar el lenguaje y que éste nos condicione.⁵ Este es el carácter parasitario de una lectura deconstructiva. Por tanto, deconstruir este texto, su textura, su urdimbre, sus tejidos, revisar sus nudos, constituye una posibilidad de lectura, en tanto que propia, que no ha decidido en absoluto, sobre su sentido, ni primero ni último, se trata de un análisis historiográfico marcado por lo indecible.

⁴ *Ibid.*

⁵ Maurizio Ferraris, “Envejecimiento de la ‘escuela de la sospecha’ ”, en Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti (ed.), *El Pensamiento débil*, pp. 190-191.

EXORDIO

Si es verdad que la lectura abre la posibilidad de acceso a un sentido transmisible y, por ello, en su identidad propia y unívoca, traducible, entonces ese título es ilegible. Pero con una ilegibilidad que no se detiene en su frente de opacidad. Por el contrario, aquella hace que vuelva a dispararse tanto la lectura como la escritura y la traducción. Lo ilegible no es lo contrario de lo legible, es la cuña que le da la ocasión o la fuerza para volver a empezar.

-Jacques Derrida.

Un exordio vendría a indicar aquí lo que un principio o un proemio. ^{¿Hay un origen que no sea una repetición? ¿Hay origen?} Pero resulta que ya no es el principio, en sentido riguroso, pues ya le precede un prefacio. Pero también un exordio vendría a introducir un tema y hacer aclaraciones necesarias para su lectura, indicarle al lector cómo leer el texto. De alguna manera, eso también ha sido hecho. Si precede, antecede al comienzo de una obra y su objetivo es influir en el receptor, despertando su atención y seduciéndolo para ganarse su simpatía hacia el tema o bien, por el tema. ^{Aunque nunca está garantizada tal empresa.}

El problema aquí es, ¿Cuándo comienza y cuándo termina algo así como una obra, o una investigación, o un discurso? ¿Cuáles son los límites, entre su exterior y su interior? ¿A quién hay que persuadir o introducir? “No hay afuera del texto”, indica Jaques Derrida. Por tanto, un discurso puede empezar en cualquier parte, puede tener diferentes comienzos, y puede terminar en cualquier parte, como se puede hacer con este trabajo.

Y dado que las reglas académicas imponen lo que se denomina como un *marco*, el *párrafo* que Derrida deconstruye en Kant⁶ (Aquello que encuadra a un libro, un texto: “como aquello que G. Genette denominaba el *paratexto* {Título, subtítulo, intertítulos, prefacios epílogos, prólogos, notas al margen, a pie de página [...]}”,⁷ que en este caso refiere a dar cuenta del tema estrictamente delimitado, del estado de la cuestión, del problema y de la hipótesis de trabajo, además del *marco* teórico, este último que me reservo para otra parte) es necesario cumplir con ellas y describir, tanto el tema, como el asunto, tal y como se supone que debería ser.

Por eso es que esta parte aparece como exordio. ^{Un exordio un tanto complicado, compactado y sedimentado.} Porque un exordio debería cumplir aquí, no sólo con introducir al tema sino expresar en términos efectivos, su importancia, su amplitud y su novedad. He dicho debería, como aquello que se esperaría, para anticipar, más bien, lo que quizá no será. ^{Ya} escribir una promesa, con uno mismo y con el otro, es la obligación de cumplir una expectativa o de truncarla, pero siempre una promesa.

De lo que va pues, con este exordio es de cumplir, hacer constar y desarrollar el requerimiento mínimo, mínima expresión, del contrato establecido entre la regla de la disciplina y mi escritura, con el riesgo, siempre presente de que entre el título enunciado y la enunciación, no haya una correspondencia adecuada, o sea demasiado adecuada, riesgo al fin, dado por el mismo lenguaje, ^{su inestabilidad configura siempre el riesgo de decir lo que no se quiere y callar lo que se desea} el cual nunca puede ser tan claro y definitivo, pues éste aparece como riesgo y amenaza para aquello que nombra.

⁶ Jacques Derrida, *La verdad en Pintura*, pp. 29-153.

Estaba ya claro para mí que la marcha de mis investigaciones no podría ya someterse a las normas clásicas de la tesis. Estas “investigaciones” no reclamaban sólo un modo de escritura diferente, sino un trabajo transformador sobre la retórica, la puesta en escena y los procedimientos discursivos particulares, históricamente muy determinados, que dominan el habla universitaria, especialmente ese tipo de texto que se llama “tesis”; y se sabe que todos esos modelos escolares y universitarios dictan también la ley de tantos discursos prestigiosos, incluso de obras literarias o de elocuencias políticas que brillan fuera de la universidad. (Jacques Derrida, El tiempo de una tesis).

1. PRESENTACIÓN-DELIMITACIÓN DEL TEMA.

a) Materia y campo.

ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO DE LA OBRA LA INVENCION DE AMÉRICA DE EDMUNDO O’GORMAN. HACIA UNA LECTURA DECONSTRUCTIVA DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA, EN UN CASO REPRESENTATIVO. Este es el tema de la tesis. En él se señala concisamente, la materia, el campo y el método de trabajo.

La materia la constituye el texto de *La invención de América*,⁸ cuyo *campo* está situado por todo un conjunto de la historiografía mexicana.

⁷ Manuel Asensi, “Estudio introductorio: Crítica límite/El límite de la crítica”, en Manuel Asensi (comp.) *Teoría literaria y deconstrucción*, p. 29.

⁸ Cuando me refiero al texto historiográfico *La invención de América*, quiero considerar lo siguiente: aunque no sostendré aquí algo así como la unidad de una obra, (entendida ésta como una escritura homogénea, atribuida a un autor, que puede ser dada por el conjunto de escritos que le pertenecen -según un acto clasificatorio establecido por un marco jurídico, criterios editoriales y académicos, entre otros-, o por un texto en particular; que presupone ser una totalidad interior definida por su tema, contenido y argumentos que sirven de marco interno para eso que se considera como obra; y, por último, entre otros aspectos más, que no me puedo detener a considerar aquí, por su propia intertextualidad, entendida esta como el afuera del texto que coadyuva a establecer dicha totalidad y homogeneidad, que haga que se pueda hablar de obra, y que finalmente redunde en el establecimiento de un sentido unívoco o polisémico ligado a un contexto total). Considerare como texto a analizar, tanto la edición de 1958, como la de 1977. La primera edición llevó por subtítulo *La universalización de la cultura de Occidente*, y constituye la base general y argumentativa del texto, presentando la tesis del texto detalladamente en dos partes. La segunda edición, es el resultado de un trabajo de correcciones, aunque más bien, como se vera, de ampliaciones, que sigue los argumentos y la tesis general, con mayores detalles y se muestra más mesurada en los puntos que más causaron polémica, incluso en su subtítulo, *Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. Es la versión en español de la edición que O’Gorman presentó en inglés, para su publicación en los Estados Unidos. Y aunque media una distancia histórica considerable, ambos textos serán objeto de análisis, no por una supuesta unidad, que no sería más que la ficción establecida por el tratamiento analítico otorgado, sino por todo lo que tiene de diferencia, por la red textual a la que remite indefinidamente y por planteamientos polémicos al interior de la comunidad científica de los historiadores.

Un título siempre tiene la estructura de un nombre, induce efectos de nombre propio y a título de ello, permanece de manera muy singular ajeno tanto a la lengua como al discurso en donde introduce un funcionamiento referencial anormal y una violencia, una ilegalidad que funda el derecho y la ley. (Jacques Derrida.)

b) Objetivo.

El objetivo de esta investigación pretende un acercamiento a la obra historiográfica *La invención de América*, a partir de la deconstrucción⁹ del texto en relación con las formas de repetición¹⁰ de una comunidad científica¹¹ (historiadores, filósofos, o bien,

⁹ Como ha afirmado Jacques Derrida, la deconstrucción no tiene posibilidades de definición concreta o estable. Su variabilidad permite situarla, antes que como un método, como *una estrategia de lectura*. (Por *estrategia de lectura* entiendo la propuesta de una práctica de lectura, que en la dirección señalada por Derrida, sería un arte de interpretación productiva y transformadora, es decir, nunca acabada y que debe retomarse constantemente. Esta forma de lectura señala, por tanto, la ruptura con ciertos valores tradicionales del pensamiento interpretativo de Occidente: concepto de verdad, de significado, de sentido, etcétera. [Para profundizar esta idea, pueden verse los textos de Cristina de Peretti, *Jaques Derrida. Texto y deconstrucción*, pp. 140-143, Manuel Asensi, *op.cit.*, pp. 9-78; José Bernal Pastor, *El desplazamiento de la filosofía de Jacques Derrida*; Roberto Ferro, *Lectura (h)errada con Jacques Derrida*]) Para proceder a la explicación de esta *estrategia de lectura*, lo haré, en primer lugar, tratando la obra histórica como lo que constituye al ser una escritura, esto es como literatura; en segundo lugar, estableciendo la relación que tiene la deconstrucción con el análisis historiográfico a partir de las siguientes distinciones (Por distinciones entiendo no diferencias absolutas entre una cosa y otra, sino por aquello con lo que una cosa *difiere* con otra, se le asemeja o le falta, además de que por distinción me refiero principalmente a un acto, el de observación): distinción entre deconstrucción y giro historiográfico, y la que tiene más implicaciones para mi análisis, distinguir la deconstrucción de la hermenéutica en general, principalmente las de Hans-Georg Gadamer, articulada básicamente en su obra clásica *Verdad y Método I*, (distinción que no será extensiva, ni exhaustiva, y que sólo hará referencia a algunos de sus planteamientos estratégicos, además de seguir, con fines operativos la lectura que hace Derrida también específicamente de Gadamer), y la de Paul Ricoeur, (principalmente la que aparece en *La Metáfora viva* y en *Tiempo y Narración*, también en algunos de sus lineamientos estratégicos). Considero que sólo distinguiendo la deconstrucción de otras forma de interpretar textos, tanto literarios como historiográficos, es posible comprenderla como una *estrategia de lectura* particular. Por tanto, considero pertinente poner a dialogar dichas formas de interpretación, en una explicación sucinta en el capítulo I. Por otra parte, también cabe señalar que la deconstrucción no es uso exclusivo de Derrida, ésta ha tenido una recepción importante entre ciertos críticos literarios norteamericanos, y en su oportunidad se harán referencias a estas formas de deconstrucción y sus aportes para el análisis historiográfico.

¹⁰ Por formas de repetición entiendo, no sólo las modalidades de lectura, apropiación e interpretación, a partir de prácticas específicas del acto de leer, en un ámbito social de saber determinado, así como la puesta en circulación de las obras, la atribución a un autor, sus modalidades de clasificación y los efectos retóricos que el texto produce. (Lo que la hermenéutica llama espacios de recepción). En otras palabras, no sólo cómo un lector o lectores se apropian de un texto en condiciones particulares, obediendo tanto a las modalidades retóricas del texto, las del lugar propio y a los efectos de realidad que la escritura y el libro impreso generan en el lector. Se trata también de cómo la escritura de la historia, en tanto escritura, hace estallar estas lecturas y sus posibilidades de sentido, en tanto es una marca repetible, más allá de las intenciones del autor y de su destinatario, haciendo de los contextos, tanto semióticos como histórico-sociales, algo indeterminable. Estas formas de repetición se materializan en el comentario, la crítica literaria, la reseña historiográfica, los prólogos, prefacios, las introducciones, las glosas, el aparato crítico

intelectuales). La deconstrucción como una estrategia de lectura, quiere probar una forma de análisis historiográfico, en tanto qué presupuestos se pueden seguir para leer una obra de historia, su relación con una disciplina (la historia), con una comunidad científica (los historiadores) y su producto (un texto historiográfico). De esta manera, observar cómo *funciona* esta obra historiográfica,¹² en el ámbito de la comunidad científica en un momento de la historiografía mexicana.

(notas al pie de página, referencias, etc.), y en general en los comentarios al interior de libros específicos que critican, dialogan o polemizan con cualquier otro texto en cuestión. (Para clarificar este concepto con más detalle pueden verse los siguientes textos: Michel Foucault, “¿Qué es un autor?” en *Entre filosofía y literatura*, pp. 329-360; Roger Chartier, *Pluma de ganso libro de letras, ojo viajero*; Dietrich Rall (comp.) *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*; Jacques Derrida, *De la gramatología y La diseminación*, entre otros).

¹¹ Entiendo por comunidad científica en el sentido de Thomas S. Kuhn: Un grupo de quienes practican una especialidad científica, que investigan a partir de paradigmas (los paradigmas son modelos de interpretación vigentes para una comunidad científica dada en un momento determinado) compartidos, inscritos a las mismas reglas y normas para una práctica científica, condición de posibilidad para la instauración de una tradición particular de investigación científica o escuelas. “Un paradigma es lo que comparten los miembros de una comunidad científica y, a la inversa una comunidad científica consiste en unas personas que comparten un paradigma. [...] Una comunidad científica consiste en quienes practican una especialidad científica. [...], han tenido una educación y una inclinación profesional similares. En el proceso han absorbido la misma bibliografía técnica y sacado muchas lecciones idénticas de ella. Habitualmente los límites de esta bibliografía general constituyen las fronteras de un tema científico, y cada unidad habitualmente tiene un tema propio. En las ciencias hay escuelas, es decir, comunidades que enfocan el mismo tema desde puntos de vista incompatibles. [...] Siempre están en competencia, y su competencia por lo general termina pronto; [...] Dentro de tales grupos, la comunicación es casi plena, y el juicio profesional es, relativamente, unánime.” (Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, pp. 36-41; 271-272). Para ampliar la información sobre este concepto, se pueden revisar principalmente las últimas páginas, dedicadas, precisamente, a una reflexión amplia sobre este concepto de comunidad científica.

¹² Por función de la obra historiográfica entiendo cómo ésta se constituye en un determinado ámbito del saber a partir de operaciones de sentido, de formas de diferenciación, de movimientos de circulación del texto de historia impreso, los efectos de realidad que produce, las modalidades de manifestación de las operaciones técnicas, de reglas y convenciones, tanto de escritura como de lectura de un texto historiográfico, avaladas por una institución científica; es decir, cómo se produce, circula y recibe, en una determinada comunidad científica el conocimiento regulado científicamente del pasado, que posibilita la aceptación o el rechazo de una obra de historia. (Para una profundización centrada en la función de la historia en el ámbito de la misma disciplina, además de su función social, puede verse el texto de Alfonso

2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA E HIPÓTESIS DE TRABAJO.

a) Justificación, problema y estado de la cuestión.

Una pregunta y la discusión en torno a un problema justifica la presente investigación: ¿Qué es hacer un análisis historiográfico a partir de la deconstrucción de la obra en relación con sus espacios de recepción, con la historia (entendida como disciplina científica, con sus prácticas y reglas), con los historiadores (entendidos como comunidad científica) y con su escritura (la obra histórica como discurso científico)?

La primera justificación parte de la discusión en la que se coloca Michel de Certeau, quien propone la posibilidad de realizar una reflexión en torno al *acto* de *pensar* la historia.¹³ La historia no puede ser entendida sino como “historiografía, es decir, que entiendo por historia, una práctica (una disciplina), su resultado (un discurso) y la relación entre ellos.”¹⁴ La historia es, entonces, una *operación* que culmina en la construcción de un texto, una *escritura*,¹⁵ una marca, una huella, una clave transmisible, descifrable, una iterabilidad y en tanto escritura, es repetible, transmisible, indecible, en tanto una marca sin origen, cuyo sentidos están a la deriva derivando.

Se trata de] reinscribir su alcance y producir otro concepto u otra cadena conceptual de la “historia”: historia, en efecto, “monumental, estratificada, contradictoria”, historia también que implique una nueva lógica de la repetición y de la huella puesto que no se ve bien donde habría historia sin esto. (Jacques Derrida.)

Ahora bien, esta reflexión, permite hacer la pregunta por la función de una libro de historia particular, en el ámbito de la historiografía mexicana, en tanto que escritura,

Mendiola y Guillermo Zermeño, “Hacia una metodología del discurso histórico” en Jesús Galindo Cáceres [coord.], *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, pp. 165-206.

¹³ Michel de Certeau, “La operación historiográfica” en *La escritura de la historia*, pp. 67-118.

¹⁴ *Ibid.*, p. 67.

producto de los historiadores. Hasta donde pude constatar, los estudios historiográficos que existen sobre este período, sólo enuncian los temas y preocupaciones que han elaborado los historiadores a partir de balances historiográficos; pero no han realizado una investigación reflexiva en torno a la función de su propio producto historiográfico. Ninguno de estos balances se ha permitido una distancia crítica para abordar el asunto de la operación historiográfica en México.¹⁶

En realidad lo que Nietzsche nunca cesó de criticar después de la segunda de las Intempestivas es esta forma de historia que reintroduce (y supone siempre) el punto de vista suprahistórico: una historia que tendría por función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo; una historia que nos permitiría reconocernos en todas partes y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de la reconciliación; una historia que lanzará sobre todo lo que está detrás de ella una mirada de fin del mundo. Esta historia de los historiadores se procura un punto de apoyo fuera del tiempo; pretende juzgarlo todo según una objetividad de Apocalipsis; porque ha supuesto una verdad eterna, un alma que no muere, una conciencia siempre idéntica a sí misma. (Michel Foucault)

Por otra parte, se ha reflexionado poco, en el ámbito de los historiadores, al respecto de cómo leer la historiografía mexicana qué uso se le da, y cómo historiografías del tipo de *La invención de América*, no nos muestran la historia de un *ser* de América, o de ésta como una idea solamente, sino una escritura como marca, huella de otra huella en sus diferencias, contradicciones, límites, aporías y sus conceptos en oposiciones jerárquicas.

¹⁵ *Ibid.*, p. 68.

¹⁶ C.f., p.e., El Colegio de México, *25 años de investigación histórica en México; 50 años de historia en México en el cincuentenario del Centro de Estudios Históricos*; Universidad Autónoma de México, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*; Wigberto Jiménez Moreno, *50 años de historia mexicana*; Virginia Guedea, *El surgimiento de la historiografía nacional*; Ernesto de la Torre Villar, *La historiografía en México 1942-1992*; Josefina Vazquez, *La historiografía mexicana*, e *Historia de la*

Dicho de otro modo, muestra, en su desmontaje, las propias nervaduras del discurso histórico específico y la función que tiene en un determinado ámbito de saber. ^{Una} inestabilidad del sentido, que lejos de clausurarlo, mantiene en acto la tardanza o demora de su *querer-decir*, permitiendo abrir la reflexión, como acción constante en tanto un ejercicio del pensamiento, el lenguaje y la comunicación.

Si el sentido histórico se deja ganar por el punto de vista suprahistórico, entonces la metafísica puede retomararlo por su cuenta y, fijándolo bajo las especies de una conciencia objetiva, imponerle su propio “egipcianismo”. En revancha, el sentido histórico escapará a la metafísica para convertirse en un instrumento privilegiado de la genealogía si no se posa sobre ningún absoluto. (Michel Foucault)

Por tanto, considero pertinente la deconstrucción de *La invención de América*, como un ejercicio representativo de *un* modo de abordar un tema historiográfico. ^{Como una huída de} los absolutos que clausuran el pensar.

b) Hipótesis de trabajo.

A la pregunta ¿Cómo hacer un análisis historiográfico a partir de la deconstrucción, en tanto la historia como escritura? Le ha seguido otra, aquella que se pregunta por la función de esta obra histórica en particular, en el ámbito de la historiografía mexicana. La respuesta tiene como intención, proponer una lectura de la obra. Por tanto, ¿qué estrategias de lectura puede poner en juego el historiador al momento de realizar un análisis historiográfico? Dicho de otra forma, ¿Cómo puede ser leído un libro de historia difiriendo de la hermenéutica?

historiografía; Panorama actual de la historiografía mexicana; Enrique Krauze, La bella durmiente: panorama de la historiografía contemporánea de México; entre otros.

La diseminación inscribe, con una extensión regulada del concepto de texto, otra ley de los efectos de sentido o de referencia [anterioridad de la “cosa”, realidad, objetividad, esencialidad, existencia, presencia sensible o inteligible en general, etc.], otra relación entre la escritura en el sentido metafísico y su “fuera” (histórico, político, económico, sexual, etc.) (Jacques Derrida)

Mi hipótesis, una hipótesis es siempre la regla del oficio, la introducción del sentido en el espacio de un saber, juega la posición de científicidad, regula el espacio, el tiempo de un discurso, yo la he esbozado al modo de un quizá... en el juego de espejos que constituye una lectura propia, de cómo debe leerse una escritura de la historia de este tipo, correspondiente este período de la historiografía mexicana es la siguiente: La deconstrucción como *diferir* crítico de la hermenéutica y en su relación con el giro historiográfico, permite operar la lectura del texto bordeando el espacio de la escritura. Esto es, la posibilidad de leer la obra como una huella, una traza que sigue su propio juego de lecturas posibles, siempre marcadas por lo indecible, pues contiene la marca de aquello que lo origina siendo solamente huella de ese origen en una diseminación de eso que se llama *sentido*. al mismo tiempo: huella o traza, marcada por aquello de lo que es su origen. Esto equivale, por tanto, a más que encontrar un sentido o sentidos, más que deducir interpretaciones ligadas a un contexto saturado, las lecturas, que en ningún momento han dejado de ser interpretaciones, aparecen en la radical contingencia de su discursividad; en la inagotabilidad de aquello que pudiera ser pensado como *sentido*. Donde todo sentido muestra tanto su fuerza como su fragilidad, su posibilidad, tanto como su imposibilidad.

Lo que siempre desafiará a la crítica es este efecto de doble suplementario, siempre una réplica más, un repliegue o una representación de más, es decir, también de menos. El “repliegue”: el pliegue mallarmeano siempre habrá sido no sólo reduplicación del tejido sino repetición hacia sí mismo del texto así replegado, doble- marca suplementaria del pliegue. (Jacques Derrida)

De esta hipótesis general, desprendo las siguientes hipótesis particulares a comprobar:

En cuanto a estrategia de lectura: 1) la indecidibilidad del pasado, cuyos efectos impiden toda centralidad de la historia, en tanto que disciplina, como única forma de registro de la memoria, de explicación o de comprensión del pasado. 2) La estrategia deconstructiva disloca la función de la historia al problematizar la posibilidad de seguir pensando en narrativas estandarizadas del pasado. 3) Muestra la contingencia del discurso histórico en tanto su posibilidad de repetición en la alteridad (iterabilidad). 4) Problematiza la indecidibilidad del pasado, cuyos efectos impiden toda centralidad de la historia, en tanto que disciplina, como única forma de registro de la memoria, de explicación o de comprensión del pasado. 5) Permite la crítica de la pretensión metafísica de un querer-decir el pasado de manera unívoca y absoluta. 6) La anulación del referente, que sólo aparece como referencia *diferida*, en tanto que no hay referente último, pues su único referente es otro texto que remite a su vez a otro, etc. (huella de otra huella, economía general de la *différance*, red infinita de significantes). 7) Como estrategia de lectura permite claridad en las distinciones que se despliegan al realizar una lectura, pudiendo poner todo texto en juego con otros y señalar las distinciones que permiten una diseminación de interpretaciones. 8) la imposibilidad de seguir suponiendo un sujeto trascendental y postular a un observador empírico.

Con respecto a *La invención de América*: 1) Edmundo O’Gorman contribuye a la cimentación de nuevos imaginarios historiográficos para el Estado-nación. Nación que en la década de los años cincuenta está en plena emergencia y consolidación de la revolución y el progreso. La idea de nación es uno de estos imaginarios a los que *La invención de América* contribuye, ciertamente de manera crítica, pero inscrita en el

mismo proyecto que impugna. 2) Esta obra, al mismo tiempo que pertenece a la modernidad y que cree en su proyecto como futura realización, como futuro no acontecido, vislumbra en su escritura y en su observación del pasado un modo inédito de tratamiento de la historia para los años 50 del siglo XX a los que pertenece. Se podría decir que es de los primeros trabajos históricos que plantean una perspectiva historiográfica como tratamiento del pasado, para el tema de la historia de América. Es por tanto, una historiografía propia de la modernidad, pero cuyos planteamientos bordean perspectivas y modos de tratamiento críticos de la comprensión histórica postmoderna. 3) *La invención de América*, aparece también como una historiografía que denuncia fallas al interior del sistema historiográfico moderno, particularmente en el caso mexicano, pues su tesis a demostrar consiste en presentar el equívoco historiográfico que se da al hablar o escribir sobre un descubrimiento de América, cuando lo que la historiografía hizo fue una invención. Esta tesis denuncia, además un sesgo en las producciones historiográficas de tema americano que construyeron toda una idea de América. Al mismo tiempo, denuncia aquella otra historiografía, que en nombre de una indianidad vencida, dominada y en condición de víctima, ha seguido reproduciendo en nombre de los vencidos el mismo discurso de la élite que rechaza.

En cuanto a la pregunta por la función social de un texto como este, al interior de la comunidad científica de los historiadores parto de las siguientes hipótesis específicas a comprobar: 1) Historiografías de estas características contribuyen a afirmar una identidad de grupo, en tanto sustentadores de una narrativa autorizada por el diálogo y la recepción de la obra que se pone en juego a partir de la circulación de textos que se remiten unos a otros en cadenas discursivas inagotables. 2) Problematisa los conflictos que se establecen

en el ámbito discursivo historiográfico, al momento de querer hablar de un cualquier Otro pasado, o sujeto ignorado por la historiografía. 3) Problematisa en qué medida, cómo y hasta dónde la historiografía contribuye a la cimentación de imaginarios colectivos en la construcción de sus narrativas, y cómo los historiadores pretenden orientar y estabilizar las interpretaciones de dichas narrativas. 4) Problematisa hasta dónde la historiografía, desde formas de repetición que ocurren al interior de los historiadores, buscan instituir el sentido en una sociedad. 5) Los discursos históricos, como por ejemplo, los nacionales, no pueden estar fincados en una sola narrativa estandarizada, pues están conformados por múltiples narrativas; 6) La diversidad de construcciones de historicidad que constituye el límite de la disciplina de la historia.

Lo que se aventuraba entonces bajo el título sin título de diseminación trataba explícitamente, según modos finalmente no temáticos y no téticos, del valor de la tesis, de la lógica posicional, de su historia y de los límites de su derecho, de su autoridad, de su legitimidad. Esto no implicaba por mi parte, al menos en aquel momento, una crítica institucional radical de la tesis, de la presentación de trabajos universitarios con vistas a una legitimación, de la autorización por medio de representantes titulados de la competencia. Si a partir de aquel momento, estaba ciertamente persuadido de que era necesaria una transformación profunda, a decir verdad una inversión en la institución universitaria, eso no era, claro está, con vistas a sustituirla con la no-tesis, la no-legitimidad, la incompetencia. Creo en este dominio en las transiciones y en la negociación [...], creo en la necesidad de una cierta tradición, en particular por razones políticas que son cualquier cosa menos que tradicionalistas, y creo por otra parte en la indestructibilidad de los procedimientos reglados de legitimación, de producción de los títulos y de autorización de las competencias. (Jacques Derrida).

CAPÍTULO I

Estrategia de lectura: leyendo de otro modo la historiografía

Lo que quiero subrayar es solamente que el paso más allá de la filosofía [y también de la historiografía] no consiste en volver la página de la filosofía (lo que equivale la mayoría de las veces a un mal filosofar), sino en continuar leyendo a los filósofos [a los historiadores] de un cierto modo.

-Jacques Derrida.

Inicio. Y aquí se introduce el tiempo como expectativa. Cuestiones de método o marco teórico. Ficción inaugural sin un punto de anclaje. Pues el origen despliega ser su propia ficción. Comienzo en que una deconstrucción se escribe en un supuesto límite para comenzar a decir al otro. Un decir condenado a comenzar donde el Otro, lo Otro es inaccesible. Inicio por la regla académica. Delimitar, es decir, poner sobre el justo límite, bajo la norma que impone dar contenido y forma al presupuesto teórico, aquello que atraviesa, como la hoja de un cuchillo, la lectura de esta historiografía. Un apartado teórico, reflexivo o metodológico, según las normas, según los criterios, debería ser un marco. Debería tratar de la teoría o del método a seguir en la

investigación. Respondería a encuadrar los lineamientos a seguir en este trabajo, fuera de los cuales no podría comprenderse el objeto de estudio. El acto de encuadrar, de separar un interior de un exterior (referente/objeto, sujeto/objeto) podría construirse como un modelo de interpretación. ^{Al menos se espera siempre que el modelo sea adecuado con su objeto.} Propondría conceptos, plantearía problemas, en suma, formaría un sistema bien de-limitado, en el marco de esa distinción con un exterior. Quedaría como una región. Mi intento será la ficción de una región. ^{Ficción científica necesaria para hablar un “mismo lenguaje”} Será un marco, entonces, porque jugará su lugar en el discurso a lo que debería ser. Cada enunciado intentará responder a esa ley del medio. Pero este marco, tampoco será decidible porque la misma deconstrucción, como estrategia de lectura, de sollicitación, ¹ pone en duda la función del marco en cuanto marco. Se trata de un marco indecidible. Será un marco al ocupar su lugar en el discurso, al obedecer a su ley, y se pondrá en duda porque el supuesto análisis mismo, del texto que ocupa esta investigación, saldrá de él estando en él. ^{Quiero operar desde el margen entre lo interior y lo exterior, entre el dentro y el afuera, de escapar de toda dualidad metafísica.} Desde su afuera que, al mismo tiempo, es su adentro, leer deconstructivamente no será ni un método, ni una operación, ni unos presupuestos de cómo hacer un análisis historiográfico, sino la puesta a prueba de una lectura estratégica que permita leer de otro modo la historiografía.

Lo que yo propondré aquí no se desarrollará, pues, simplemente como un discurso filosófico, que opera desde un principio, unos postulados, axiomas o definiciones y se desplaza siguiendo la linealidad discursiva de un orden de razones. Todo en el trazado de la diferencia es estratégico y aventurado. Estratégico porque ninguna verdad trascendente y presente fuera del campo de la escritura puede gobernar teológicamente la totalidad del campo. Aventurado porque esta estrategia en el sentido en que se

¹ “Esta operación se llama (en latín) *suscitar* o *solicitar*. Dicho de otra manera, *estremecer* con un estremecimiento que tiene que ver con el *todo* (de *sollus*, en latín arcaico: el todo, y de *citare*, empujar).” (Jacques Derrida, “Fuerza y significación” en *La escritura y la diferencia*, p. 13.)

dice que la estrategia orienta la táctica desde un objetivo final, un telos o el tema de una dominación, de una maestría, y de una reapropiación última del movimiento o del campo. Estrategia finalmente sin finalidad, se la podría llamar táctica ciega, empírica, si el valor de empirismo no tomara en sí mismo todo su sentido de su oposición a la responsabilidad filosófica. (La différance)²

Sin embargo, admito una renuncia: no mantenerme en una secuencia numerada, ni en una división de apartados por conceptos y tipos; a cambio, ofrezco algunos enunciados que sólo insinuarán un contenido posible, pues la deconstrucción, que es una palabra en cadena con otras, no se puede sujetar a títulos, subtítulos, números y apartados, pues no tiene nunca un referente estable y determinado. ^{La inestabilidad del signo determina su propio acto al} escribirse. ^{Ningún} El enunciado no representará necesariamente su contenido en plenitud. ^{Ningún} signficante es representativo sino sólo huella de su origen. Hacerlo sólo tendrá como objetivo aligerar la lectura y posibilitar un encuentro más amigable en ciertos puntos del tejido textual.

Así, ante esta determinación académica, este primer apartado tratará de lo que para aquellos que gustan de estabilidades e invariantes profundas, seguridades y certezas, quisieran entender como procedimientos concretos de lectura que la deconstrucción despliega. ^{Éstos más bien serán puntos estratégicos que permitirán comprender lo que una deconstrucción hace.}

De algún modo, deconstruir es resistir a la tiranía del Uno, del logos, de la metafísica (occidental) en la misma lengua en que se enuncia, con la ayuda del mismo material que se desplaza, que se hace mover con fines de reconstrucciones movibles. La deconstrucción es “lo que ocurre”, aquello de lo que no se sabe si llegará a destino, etcétera. Al mismo tiempo, Jacques Derrida le confiere un uso gramatical: el término designa entonces un trastorno en la construcción de las palabras en la frase. (Élisabeth Roudinesco, Y mañana qué...)

² Desde este momento, todas las citas que enuncian entre paréntesis un título, corresponden a Jacques Derrida.

Un lugar alterado: ¿desde dónde hablar?

Indecible y alterado es el lugar desde donde escribo. Indecible porque ningún gesto, ningún proyecto puede tener la certidumbre de llegar a su destino. Lo inesperado aparece, interrumpe, difiere, desvía cualquier destino. De ahí que se mantenga constantemente alterado. Quizá, si hubiese que inscribirlo en algún tipo de estudios, Aunque no se deja asir de ninguna manera a alguno este sería cualquiera que sea precedido, no sin ningún riesgo, por el prefijo *post*. Lo asumo como un riesgo siempre y cuando este prefijo se entienda como una condición temporal provisional, relativa, como sabiendo de antemano también su propia fragilidad. Como condición de reflexión, no ha de entenderse como superación, aunque el prefijo implique lo sucesivo a algo más bien como cierta *errancia*, en tanto que el fondo de este prefijo, para mí, consiste en incertidumbre. La incertidumbre como objeto de reflexión fecunda.³ Esta podría ser bien, otra forma de comprender lo que la deconstrucción hace en la lectura de textos: mantener constantemente la incertidumbre como objeto de reflexión. Un *post* que preferirá la incertidumbre y no la certeza que asegura un fin. “El *post* reemplaza aquello que sabemos que está allí, pero que no logramos nombrar.”⁴

Tras algunas observaciones amistosas sobre la conferencia que yo acababa de pronunciar, Jean Hyppolite añadía: “aparte de eso, verdaderamente no veo a dónde va usted” Creo haber contestado poco más o menos lo siguiente: “si viese claramente, y por anticipado, adónde voy, creo realmente que no daría un paso más para llegar allí” Quizá pensé entonces que saber adónde se va puede indudablemente ayudar a orientarse en el pensamiento,

³ De hecho si hubiese una manera de comprender toda la actividad deconstructivo derridiana, tan diversa y laberíntica, ésta sería, por el momento más acertada como la ha enunciado José Bernal Pastor en *El desplazamiento de la filosofía de Jacques Derrida*: la incertidumbre como objeto de reflexión. (p. 88)

⁴ Fernando de Toro, *Intersecciones II. Ensayos sobre cultura y literatura en la condición postmoderna y postcolonial*, p. 47.

pero no ha hecho jamás dar un paso, todo lo contrario. ¿Para qué ir adonde se sabe que se va y adonde se sabe uno destinado a llegar? Al recordar hoy esa respuesta, no estoy seguro de comprenderla bien, pero seguramente no quería decir que nunca veo a dónde voy ni que no lo sé, y que, en consecuencia, en esa medida, en la medida en que sé, no es seguro que haya dado jamás un paso, o, que haya dicho algo. Eso quiere decir también, quizás, que de ese lugar adonde voy sé lo bastante como para pensar, con un cierto terror, que allí las cosas no marchan bien, y que, teniéndolo en cuenta todo, mejor valdría no dirigirse allí. Pero hay Necesidad, una figura que he querido llamar recientemente Necesidad, con la mayúscula de un nombre propio y Necesidad dice que siempre hay que rendirse. Con riesgo de no llegar. (El tiempo de una tesis: puntuaciones)

De entre todas las posibilidades de pensar y de trazar un proyecto deconstructivo, han salido en el camino tres *post* que se han vuelto el lugar alterado desde donde hablo, el lugar de una trasgresión que nunca es consumada, ^{pues ninguna deconstrucción que opera en cuanto tal, podría eludirse o esconderse de un lugar de enunciación, el cual, de cualquier manera, es alterado e indeterminado por su inestabilidad.}

En ellos cabe como una constante la incertidumbre y la indecidibilidad que opera una deconstrucción: postmodernidad, postcolonialidad y posteoría.

No hay trasgresión si se entiende por eso la instalación pura y simple en un más allá de la metafísica, en un punto que sería también, no olvidemos y, en primer lugar, un punto del lenguaje o de escritura. Ahora bien, incluso en las agresiones o en las transgresiones, nos sostenemos con un código al que la metafísica está irreductiblemente ligada, de tal suerte que cualquier gesto transgresivo nos encierra, exponiéndonos, en el interior de la clausura. Pero por el trabajo que se hace de una y de otra parte del límite, el campo interior se modifica y se produce una trasgresión que, por consiguiente, no está en ninguna parte presente como un hecho consumado. Uno no se instala nunca en una trasgresión, ni habita jamás en otra parte. La trasgresión implica que el límite está siempre presente. Ahora bien, “el pensamiento-que-no-quiere-decir-nada”, que excede, interrogándolos, el querer-decir y el querer-oírse-hablar, este pensamiento que se anuncia en la gramatología se da

justamente por lo que no esta de ninguna manera asegurado por la oposición entre el afuera y el adentro. Al término de un cierto trabajo, el concepto mismo de exceso o de trasgresión podría parecer sospechoso. (Posiciones)

Estos *post*, al ser de carácter multidisciplinario permiten acercamientos desde diversas teorizaciones en un acto simultáneo y productivo,⁵ que no se deja asir a los límites impuestos por las disciplinas anquilosadas en sus propios enfoques y modos de tratamiento de sus objetos. Por eso, en estas páginas la deconstrucción juega con la historia, la literatura y la filosofía, como modos teóricos estratégicos de lectura de una obra como *La invención de América*.

Caracterizar la postmodernidad es un quehacer permanentemente abierto. Independientemente de sí es posible algo como postmodernidad, en tanto que la modernidad lleva inscrita en su nombre propio la peculiaridad temporal de una paradoja, la cohabitación de lo nuevo y lo viejo en permanente tránsito. Se puede cuando menos generar una descripción, no del todo exenta de problemática, pero funcional, en cuanto ha de entenderse primero como una condición situación, lugar y reflexión un pensamiento desdoblado de la *différance*.

En primer lugar, me parece pertinente la caracterización que construye Gianni Vattimo al respecto de lo postmoderno en filosofía. Recurriendo tanto a Nietzsche como a Heidegger, afirma que la postmodernidad no puede ser entendida como superación de la modernidad, como un “dejar atrás” que caracteriza la relación de un pasado que ya no tiene nada que decirnos. Para Vattimo lo que se ha de entender como postmodernidad trata de un camino diferente.⁶

⁵ Así lo afirma Fernando de Toro, *Intersecciones II. Op. cit.*, p. 15.

⁶ Si la modernidad se define como la época de la superación, de la novedad que envejece y es sustituida inmediatamente por una novedad más nueva, en un movimiento incesante que desalienta toda creatividad al mismo tiempo que la exige y la impone como única forma de vida... si ello es así, entonces no se podría

En segundo lugar, este camino, en los estudios historiográficos puede seguirse al interior de los estudios de la *subalternidad* o postcolonialidad. En primer lugar, porque toma distancia respecto de las ilusiones no cumplidas del proyecto moderno de la Ilustración.⁷ Ranajit Guha entiende lo postmoderno no como una reproducción exacta de la Ilustración en cuanto a su *ethos* de criticismo.⁸ La postmodernidad difiere en la forma y contenido. Es el quehacer de una reflexión más radical en cuanto al carácter ambiguo de la modernidad.⁹ Este prefijo no refiere a ninguna esencia, sino a un estadio en permanente tránsito, donde no se puede fijar hechos acabados de una vez por todas. El *post* implica solamente dejar ver la concordancia con las paradojas no resueltas de nuestra época.¹⁰

Contra esta simple alternativa, contra la simple elección de uno de los términos [de las oposiciones binarias metafísicas] o de una de las series, pensamos que hay que buscar nuevos conceptos y nuevos modelos, una economía que escape a este sistema de oposiciones metafísicas. Nuestro discurso pertenece irreductiblemente al sistema de las oposiciones metafísicas. No se puede anunciar la ruptura de esta pertenencia más que mediante una cierta organización, una cierta disposición estratégica que dentro del campo y los poderes propios, volviendo contra él sus propias estrategias, produzca una fuerza de dislocación que se propague a través de todo el sistema, fisurándolo en todos los sentidos, y de-limitándolo de parte a parte. (La escritura y la diferencia)

Por último, desde la crítica literaria y los estudios culturales, la postmodernidad puede ser caracterizada por el descentramiento y el cuestionamiento de los grandes

salir de la modernidad pensando en superarla. (Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, p. 147).

⁷ Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, p. 122.

⁸ Citado por Guillermo Zermeño, *Ibid.*, p.123.

⁹ *Ibid.*, p.144.

¹⁰ Guillermo Zermeño, “Condición de subalternidad, condición postmoderna y saber histórico ¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?” en *Historia y Grafía*, núm. 12, p.13.

relatos. Además, se trata de un cuestionamiento desde el interior mismo de sistema conceptual y filosófico eurocéntrico, que incluye una crítica deconstructiva del sujeto, no para producir una nueva asimilación al sujeto eurocéntrico, ni para anular la diferencia en una uniformización de lo mismo.¹¹ La postmodernidad, desde una estrategia deconstructiva cuestiona también la centralidad de la Historia y Cultura europeas, activando la disolución de Occidente como cultura dominante.

Desplegar, desde este lugar teórico, una estrategia de lectura de la historiografía mexicana, en el caso particular del texto de O’Gorman, implica también relacionar postmodernidad con postcolonialidad. Este concepto que opera fuertemente en los estudios historiográficos de la subalternidad,¹² no deja de ser tampoco problemático, pues abarca una variedad de territorios, espacios y temporalidades, con el peligro de homogeneizar la diferencia en lo mismo.¹³ Para salvar este escollo, la noción de postcolonialidad ha de situarse como una área de estudios desde perspectivas nuevas y distintas. De ahí su vínculo con la postteoría o transculturalidad. Perspectivas caracterizadas por deconstruir el binarismo de las historiografías o relatos producidos por Occidente, desarticulando los esencialismos, esos contradiscursos de rechazo que presuponen la posibilidad de recuperar un origen perdido, que buscan su propio sujeto de enunciación y su propio objeto de estudio, que no quieren “contaminarse” con el discurso del centro, y representaciones eurocéntricas de la Otredad, exponiendo sus bases y condiciones de posibilidad. Al no poder escapar de los binarismos, la tarea es poder desmontar el sistema en el que éstos operan de manera funcional y estratégica.

¹¹ Fernando de Toro, *Intersecciones II*, op. cit., p. 30.

¹² Para profundizar sobre la característica particular de el trabajo de esta corriente historiográfica pueden leerse, además del artículo citado de Guillermo Zermeño (“Condición de subalternidad, condición postmoderna...”), los textos de Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (Comp.), *Debates Post Coloniales: Una introducción a los estudios de la Subalternidad*; Saurabh Dube, *Pasados Poscoloniales y Sujetos subalternos*, entre otros.

¹³ Fernando de Toro, op. cit., p.28.

En este quehacer convergen la postmodernidad y el postcolonialismo, en medio de la fractura que socava las categorías universales del centro por el centro mismo, produciendo una epistemología que evita las producciones de los grandes relatos esencialistas, ya sean del centro o de la periferia. De Toro explica, que hay una construcción de la imagen del Otro,¹⁴ del margen, que a pesar de los contradiscursos se ha impuesto y propagado en las antiguas colonias. El colonizado está “contaminado” (como señala el discurso esencialista), no sólo por cómo ha sido representado y leído en los discursos del centro sino en su conocimiento diseminado y adquirido. Al mismo tiempo, Latinoamérica es el resultado de un proceso de hibridación que no puede ser negado en nombre de un pasado nostálgico originario o identidad pura perdida, pensada como recuperable. La postcolonialidad intenta resolver este *impasse* de cómo el Otro puede articularse como Otro, en su diferencia y formas de representación. En este punto, la deconstrucción permite desplegar el desmontaje del Sujeto eurocéntrico en sus grandes narrativas. Permite, por otro lado, una reflexión sobre los discursos “nativos” o “autóctonos” del Sujeto. Se trata de encarar un doble frente, el aquí y el allá, desde dentro y desde afuera, en un entre-dos.

Este intento de resolución por parte de la perspectiva postcolonial parte entonces de una apropiación estratégica del conocimiento del centro, que no niega los intercambios del centro y las periferias, lo digo en estos términos, que de hecho se han visto diluidos, pero que permiten comprender de lo que se está hablando, ni la violencia ejercida, pero que al fin y al cabo es donde, como señala de Toro, conviven la voz y el silencio entrelazados íntimamente, dónde el pasado sólo es textualidad y sus monumentos artefactos museográficos. Dónde el origen, es un origen Se trata de un origen no pleno, no recuperable, pues sólo hay tal origen, como huella del origen. tachado.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 32 y 33.

En el interior de la clausura, a través de un movimiento oblicuo y siempre peligroso, corriendo el permanente riesgo de volver a caer más acá de aquello que deconstruye, es preciso rodear los conceptos críticos con un discurso prudente y minucioso, marcar las condiciones, el medio y los límites de su eficacia, designar rigurosamente su pertenencia a la máquina que ellos permiten deconstruir, y simultáneamente la falla a través de la que se entrevé, aún innominable, el resplandor del más allá de la clausura. (De la gramatología)

Postmodernidad y postcolonialidad implican, por tanto, cuestionamientos críticos importantes, que pueden formularse en una pregunta, acertadamente puesta sobre la mesa por de Toro: ¿qué ha sucedido? Pregunta que implica atestiguar, consternadamente, que “las diversas formas de encarar los objetos culturales y sociales se han complejizado, y este *qué* lo hemos nombrado con vacilación: posteoría.”¹⁵

Nos encontramos aquí con el problema del nombre propio como palabra, nombre, la pregunta sobre su lugar en el sistema del lenguaje. Un nombre propio como marca no debería tener ningún significado, debería ser una mera referencia: pero puesto que es una palabra enganchada en la cadena de la lengua siempre comienza a significar. El sentido contamina este sin sentido que se supone debe mantenerse al margen; se supone que el nombre no significa nada, aun cuando comienza a significar. (Posiciones)

Este nombrar con vacilación el quizá que se enuncia con cierto temor, con cierta incertidumbre que mantiene latente la posibilidad de una interrupción, el *qué* como posteoría puede ser descrito, antes que nada por la vía negativa, como hace de Toro, condición necesaria ante esta duda, ante este vacilar. No es, como señala, el fin de la producción teórica o del pensamiento teórico, más bien un nuevo espacio, liminal de una nueva producción, práctica y

¹⁵ *Ibid.*, p. 47.

pensamiento teóricos. Que al anunciar su llegada, anuncian la posibilidad de su propia contingencia. Así como la postmodernidad y la postcolonialidad, la posteoría es una condición que de Toro caracteriza por cuatro componentes:

El primero tiene como condición la disolución disciplinaria.¹⁶ Pensar que cada disciplina tiene perfectamente delimitado su territorio ya no es posible. Para de Toro, éste ha sido carcomido e invadido simultáneamente en sus bordes y desde adentro, donde la *Verdad* y la verdad de la frontera han sucumbido. La especificidad de las fronteras han sido borradas porque sus dos componentes básicos se han desvanecido: la delimitación del objeto de estudio y la construcción de ese objeto a través de un metalenguaje y sus métodos. El objeto ya no se puede asir con certitud, pues se ha vuelto un objeto nomádico, cartográfico, rizomático, esto es que el mismo objeto está aquí y allí al mismo tiempo, en todas partes. No es la propiedad exclusiva de una disciplina, pertenece a todos, por lo mismo, en tanto nomádico necesita varias entradas y salidas.¹⁷ Una aproximación a ellos

constituye una *errancia*, están aquí y allá, y nunca son accesibles en cuanto tales. Posteoría significa, por el momento, un espacio epistemológico virtual en constante transformación, donde no cabe la noción de disciplina, la cual implica una congelación sincrónica, un tipo de articulación. Como un "link" de un Yahoo, hiperreal e hipertextual, una cadena sin fin.

El segundo componente tiene como condición la elaboración simultánea de teorías a partir de epistemologías "discrepantes".¹⁸ De toro las llama epistemologías heréticas. Si un objeto es nomádico, y necesita varias entradas y salidas, esto trae como consecuencia la herejía. Consiste en que al ya no haber métodos homogéneos de

¹⁶ *Ibid.*, p.48.

¹⁷ De hecho, señala de Toro no se trata de una interdisciplinariedad o transdisciplinariedad, porque el Inter- y el trans- contienen la disciplinariedad. (*Ibid.*, p. 49)

¹⁸ *Ibid.*, p. 50.

producción teórica, ni ser producto de un solo lugar (el discurso eurocéntrico), sino también de sus márgenes (antiguas colonias) hay la necesidad de pensar la cultura desde perspectivas radicalmente diferentes. Se trata de aceptar que cualquier objeto de conocimiento puede ser abordado desde distintas posturas y desde diversas coordenadas geográficas, aunque desde un determinado territorio, éste no refiera nunca a su propio objeto local. Como si pudiese haber, en los países postcoloniales, centros de estudios medievales, franceses o ingleses, y no, necesariamente y desde un esencialismo ingenuo, tuviesen siempre que estudiar a sus propios antepasados. Una consecuencia del descentramiento de Occidente que hace posible integrar en un espacio único y simultáneo epistemologías aparentemente divergentes. Lo significativo en esto es no tanto lo que las teorías divergentes dicen, sino lo que se puede hacer con ellas.¹⁹ Es la formación de un espacio epistemológico plural: convergencia entre feminismo y psicoanálisis, deconstrucción y marxismo, por ejemplo.

La condición del tercer componente es la característica de la producción teórica desde los márgenes.²⁰ Ante la deconstrucción que Occidente ha sufrido desde dentro, el margen ignoró que éste podía ser desarticulado desde el interior mismo, centrándose en hacerlo desde afuera. El trabajo desde adentro es parte de la condición postmoderna. Un trabajo desde la condición postcolonial se sitúa desde adentro y no afuera de la máquina teórica que los colocó en los márgenes. La construcción y reflexión desde un nuevo espacio propio, no se hace en el vacío, o en nombre de una supuesta esencia originaria por rescatar o desde un autoctonismo, sino entrando en los grandes relatos para deconstruirlos y en sus fracturas inscribir una cambiante discursividad dinámica.

¹⁹ Entre otros ejemplo que menciona de Toro está el siguiente: no es significativo si Foucault tuvo en cuenta o no asuntos que tratan del feminismo, sino que la relevancia de su trabajo puede radicar en cómo se puede utilizar ese aporte para decir cosas diferentes (*Ibid.*, p. 51).

²⁰ *Ibid.*, p.53.

Siempre –en la medida de lo posible, por supuesto, y por “radical” o inflexible que deba ser una deconstrucción— me prohibí herir o aniquilar. Precisamente reafirmar siempre la herencia es el modo de evitar esa ejecución. Reinterpretar, criticar, desplazar, o sea, intervenir activamente para que tenga lugar una transformación digna de tal nombre: para que algo ocurra, un acontecimiento, la historia, el imprevisible por-venir. (Y mañana que...)

El último componente radica en la búsqueda por un “más allá”, un tercer espacio teórico.²¹ De Toro, siguiendo a Homi Baba, explica esto como un espacio *entre-medio* (in-between), performativo, que interviene en el presente, irrumpiendo la *performance* del presente al explorar los espacios entre-medio (un espacio liminal en su sentido antropológico/performativo, aclara de Toro), es decir, un espacio transitorio, un espacio otro, un tercer espacio que no es ni aquí ni allá, sino ambos. Espacio donde se concibe la ciencia, la disciplina, la cultura a partir de diferentes formas, integrando nuevas formas de representación que no se dejen atrapar en el binarismo de la metafísica logocéntrica occidental, que integre nuevas formas de conocimiento, donde incluso, la ficción y la realidad han diluido sus supuestos límites. Desde este lugar de enunciación, es posible ahora, referirme al quehacer de la deconstrucción en la historiografía.

²¹ *Ibid.*, p. 60.

Historia e historiografía: un juego de espejos.

En cuanto al problema de la historia –lo he explicado en muchas ocasiones– soy totalmente “historizante”; lo que me interesa siempre es la procedencia histórica de todos los conceptos que utilizamos así como de nuestros gestos: Si hay algo que verdaderamente no olvido es la historia... No obstante, lo que ha podido motivar, o al menos justificar, esta acusación o esta sospecha es que el propio concepto de la historia, tal como ha sido aplicado por determinados teólogos idealistas y materialistas y por algunos historiadores –pienso tanto en Hegel como en Marx–, es un concepto que siempre implica cierta teleología, una finalización; también ese concepto me parece metafísico. Suelo mostrar desconfianza en lo que se refiere a ese concepto, pero nunca en nombre de una ahistoricidad eterna o intemporal. Antes al contrario, lo hago en nombre de otro pensamiento de la historia. (Entrevista: “En el límite de la traducción” No escribo sin luz artificial)

Considero que la historia tiene un lugar en la sociedad moderna, que estudia la cultura y que se pregunta por las condiciones de posibilidad de sus propios enunciados historiográficos; acto que nos vuelve, nuevamente, hacia la disolución de la teoría de la historia, la historia y la historiografía en una sola práctica: la historiografía que, además, produce un tipo de conocimiento específico. Por tanto, le corresponde a la historiografía validar esta función de la historia en la sociedad moderna de manera crítica. La deconstrucción permite esta operación como estrategia de lectura posible para los libros de historia. Para ello, la historiografía debe tomar a las producciones historiográficas modernas, en este caso a la historiografía mexicana contemporánea, como su objeto de estudio.²² Por tanto, las producciones historiográficas contemporáneas son analizables como fragmentos de la cultura actual:

²² Aquí nos basamos en las observaciones que hace Guillermo Zermeño con respecto a la elucidación del lugar de la historia en la modernidad: la historia y su relación con el presente, cuando es una ciencia que estudia el pasado; la dificultad para que la historia se encargue de estudiar la cultura del presente; y la

relativa a formas peculiares discursivas hechas en y sobre el tiempo pasado, y avaladas por una comunidad científica que trabaja sobre un conjunto de convenciones “metodológicas” sujetas al control impuesto por la evidencia “empírica” o documental. Y como proyecto aspiraría a crear una “sociología de la cultura historiográfica contemporánea en México”.²³

Siguiendo esta línea, esta investigación toma como objeto la obra de *La invención de América* de Edmundo O’Gorman como historiografía, la combinación de un conjunto de reglas y un lugar que producen una textualidad, perteneciente a un fragmento de la cultura contemporánea en México, y que, situándose, en un ámbito más general, esta investigación se presenta como una historia cultural, que analiza un texto para elucidar el impacto de la cultura de lo escrito en el siglo XX, en la sociedad moderna.²⁴

Si la historiografía es aquel ejercicio de lectura crítica que valida la función de la historia en la sociedad moderna, queda nuevamente abierta una pregunta: ¿Cómo leer un libro de historia en un análisis historiográfico? La deconstrucción como estrategia de lectura posible, despliega la cuestión hacia el ámbito de la interpretación. Se trata, entonces, de dos posibilidades: la hermenéutica y la deconstrucción.

No podemos analizar aquí cómo Heidegger, partiendo de su intención fundamental, mantuvo y superó en su pensamiento tardío la obra de derribo de sus comienzos. De ello da testimonio el estilo sibilino de sus últimos escritos. Él era plenamente consciente de la penuria lingüística suya y nuestra. Además de sus propios intentos por abandonar “el lenguaje de la metafísica” con ayuda del lenguaje poético de Hölderlin, me parece que sólo ha habido dos caminos transitables, y que han sido transitados, para franquear una vía frente a la autodomesticación ontológica

similitud que tiene la historia con disciplinas como la sociología y la antropología. (Guillermo Zermeño, “En busca del lugar de la historia en la modernidad” en Jorge A. González y Jesús Galindo Cáceres, [Comp.] *Metodología y Cultura*, pp. 162)

²³ *Ibid.*, p. 164.

²⁴ Aquí reitero e *lugar* de esta investigación: “El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural, financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la Universidad Iberoamericana.

propia de la dialéctica. Uno de ellos es el regreso de la dialéctica al diálogo y de éste a la conversación. Yo mismo intenté seguir esta vía en mi hermenéutica filosófica. El otro camino es el de la deconstrucción, estudiada por Derrida. No se trata aquí de rescatar el sentido desaparecido en la viveza de la conversación. El entramado de las relaciones de sentido que subyacen en el habla y, por tanto, el concepto ontológico de écriture —en lugar de la cháchara o la conversación— debe disolver la unidad de sentido y llevarse a cabo, así, la verdadera ruptura de la metafísica. (Hans-Georg Gadamer, Destrucción y deconstrucción).

Primera posibilidad. Una comprensión hermenéutica del quehacer del análisis historiográfico parte de la distinción entre teoría de la historia, historiografía e historia.²⁵ Distinción inicial, momentánea, operativa para comprender ciertos campos y especificidades de la práctica histórica, la cual finalmente termina diluyendo dichas distinciones. Dicha distinción presupone otra, aquella que se da a partir de la discusión entre filosofía de la ciencia e historia de la ciencia.²⁶ La distinción deja claro que la historia es una práctica, mientras que la teoría de la historia y la historiografía son una reflexión sobre ésta. La primera fundamenta a la historia, la segunda la verifica; la primera en el presente, la segunda en el pasado.²⁷ Ahora bien, la comprensión hermenéutica de la historiografía radica principalmente en que la historiografía debe reconstruir “la manera en que se escribió la historia en una época, poniendo particular atención en cómo pretendió ser válida o cómo podría ser verificada.”²⁸ Dicha validez se da, por tanto, en la reconstrucción del contexto socio-histórico, de la práctica de escribir historia, y de las formas de conocimiento vigentes en una época determinada, llegando a verificar no otra cosa sino el *sentido* de un libro de historia en la época a la que pertenece

²⁵ Dicha distinción ha sido elaborada por Carlos Mendiola Mejía, “Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia” en *Historia y Grafía*, núm 6, pp. 171-182.

²⁶ *Ibid.*, p. 171.

²⁷ *Ibid.*, p. 172-176.

²⁸ *Ibid.*, p. 173.

y cómo éste puede ser actualizado. La comprensión hermenéutica en el quehacer del análisis historiográfico, establecerá una relación dialógica con el libro de historia, de tal manera que en la lógica de pregunta y respuesta, la actualización viene con su sentido. ¿Se llega al sentido en la lógica del diálogo? La pregunta por la validez del conocimiento histórico en un contexto específico es la pregunta por su *sentido*. Y es la cuestión del *sentido* lo que atraviesa a la hermenéutica como eje en la interpretación.

Todo sentido es, para Derrida, sentido "inscrito", y esto significa que todo sentido contiene la marca de aquello que lo origina o lo hace posible; es, por tanto, una huella de ese origen. Es en tanto que huella del origen del sentido que todo sentido manifiesta no sólo su firmeza, sino además su fragilidad, de tal modo que todo sentido remite a un origen cuya naturaleza es la de ser a un tiempo condición de posibilidad y condición de imposibilidad. Un origen que hace posible en tanto hace imposible, que construye en tanto que destruye; no es algo que convenga con ningún sentido del origen: excede al sentido, es decir a partir del sentido, ni siquiera como sin sentido. (José Bernal Pastor, El desplazamiento de la filosofía de Jacques Derrida)

Como toda distinción, ésta inscribe en su acto, su propio límite. Límite no como aquello que es incompleto, insuficiente o que no alcanza a dar cuenta de su objeto, o como aquello cuya verdad estaría limitada. Límite, más bien, como demarcación, frontera, delimitación. Separación de un interior de un exterior. Y si como he indicado más arriba, todo marco se disuelve a sí mismo, por tanto éste límite nos devuelve las preguntas por las fronteras entre teoría de la historia, historiografía e historia, y por desde qué posibilidad ésta puede ser pensada al momento de operar una análisis historiográfico. Me parece que la distinción es pertinente operativamente para un análisis historiográfico de tipo hermenéutico. La historiografía vista en términos hermenéuticos implica la decisión por *el* o *los sentidos* de un libro de historia larga o cortamente pretérito. Una

decisión a partir de la actualización de una obra. ^{Hermenéuticamente un sentido es decidable, cuando se dice}
de un libro que ha sido aplicado en contexto, sea éste presente o pasado. Se trataría de un sentido determinado,
de un contexto saturado y de-limitado.

Segunda posibilidad. En esta investigación quiero oponer, en el ámbito del análisis historiográfico, a una lectura hermenéutica, una lectura deconstructiva, que permite el desvío, que posibilita un *diferir* crítico con la hermenéutica, lo que implica establecer una relación paradójica y limitada entre deconstrucción e historiografía. En consecuencia, se trata de un desplazamiento, de la historiografía como operación hermenéutica de contextualización de una “obra” hacia el análisis deconstructivo de la escritura de una historia. ^{En tanto que ésta no es mas que huella de otra huella sin origen pleno.}

Si el problema de la lectura ocupa hoy la vanguardia de la ciencia, es en razón de ese suspenso entre dos épocas de la escritura. Puesto que comenzamos a escribir, a escribir de otra manera, debemos leer de otra manera. (De la gramatología)

Para ello será necesario reiterar algunas cuestiones ya mencionadas al principio: en tanto que he indicado que la deconstrucción no es posible definirla concretamente ^{se} inscribe inestable al escribirse —al menos Jacques Derrida ha insistido en que no se le puede sujetar a una definición, juega a desplazarse infinitamente de significante a significado y, nuevamente a significante, permanentemente y diferidamente, y mucho menos hacerla pasar invariablemente como un método riguroso, entendiendo método en el sentido de pasos a seguir para una demostración empírica; al mismo tiempo que ha reflexionado sobre su uso tratando de no mantenerla

como una palabra cerrada-; ²⁹ procederé a explicarla como una *estrategia* el juego, la unidad del azar y la necesidad de un cálculo sin fin de lectura, que permita ver los “*procedimientos concretos*” que ésta sigue para realizar el acto de leer. Con este fin, considero pertinente realizar esta explicación a partir de distinguir ^{Niklas Luhmann menciona, por cierto, que en toda observación de observaciones sólo se gana información mediante una distinción} la deconstrucción, de la hermenéutica en general y particularmente de la de Hans-George Gadamer y Paul Ricoeur, principalmente, bajo todas las consideraciones ya señaladas anteriormente. Como demostraré más adelante, no se tratara de insertarse en una polémica, que de por sí sería estéril, dado que ambas formas de lectura se sujetan también a un carácter interpretativo. ¿Qué estrategias de lectura puede poner en juego el historiador al momento de realizar un análisis historiográfico? ¿Se trata de operar un análisis? ¿Qué nos ofrece la deconstrucción para la comprensión de textos de historia?

Lo que yo propondré aquí no se desarrollará, pues, simplemente como un discurso filosófico, que opera desde un principio, unos postulados, axiomas o definiciones y se desplaza siguiendo la linealidad discursiva de un orden de razones. Todo en el trazado de la diferencia es estratégico y aventurado. Estratégico porque ninguna verdad

²⁹ Al respecto, algunos trabajos sobre Derrida coinciden en que la deconstrucción se puede entender dentro de la noción de *estrategia*, pues Derrida hace un uso frecuente en sus textos y en las entrevistas que concede. El concepto de método solamente tal y como le he mencionado (lo que no implica no poder utilizarlo en una connotación mucho más abierta) no coincidiría con el pensamiento de Derrida, quien lo pone constantemente a prueba y autocrítica. (Al respecto pueden verse los siguientes textos: Roberto Ferro, *Escritura y deconstrucción. Lectura (h)errada con Jacques Derrida*, pp. 112-113; Cristina de Peretti, *Jacques Derrida, Texto y deconstrucción*, pp. 125-126; José Bernal Pastor, *El desplazamiento de la filosofía de Jacques Derrida*, pp. 7-19). La palabra deconstrucción fue apareciendo en las primeras obras de Derrida, tales como *La escritura y la diferencia*, *De la gramatología*, *Márgenes de la filosofía* y *La diseminación*. Y será hasta el conjunto de entrevistas publicadas *Posiciones*, que Derrida reflexiona sobre su uso dándole un estatuto similar a la de huella, *différance*, etc. “Cuando he utilizado la palabra ‘deconstrucción’, rara vez, al principio muy rara vez, una o dos veces –y es aquí donde la paradoja de los destinatarios, que viene a transformar el mensaje juega a fondo-, tenía la impresión de que era una palabra entre otras muchas, una palabra secundaria del texto, que iba a borrarse o a ocupar un lugar en el régimen en que no regiría nada. Par mi era una palabra en una cadena con muchas otras palabras como: huella, *différance*, y además en todo un trabajo que no se limita simplemente al léxico, si se quiere.” (Jacques Derrida, *L’oreille de l’autre. Textes et débats avec Jacques Derrida*, pp. 117-119, citado por Cristina de Peretti, *op.cit.*, p.166)

trascendente y presente fuera del campo de la escritura puede gobernar teleológicamente la totalidad del campo. Aventurado porque esta estrategia no es una simple estrategia en el sentido en que se dice que la estrategia orienta la táctica desde un objetivo final, un telos o el tema de una dominación, de una maestría, y de una reapropiación última del movimiento o del campo. Estrategia finalmente sin finalidad, se la podría llamar táctica ciega, empírica, si el valor de empirismo no tomara en sí mismo todo su sentido de su oposición a la responsabilidad filosófica. [...] El concepto de juego está más allá de esta oposición, anuncia en vísperas y más allá de la filosofía, la unidad del azar y de la necesidad en un cálculo sin fin. (Márgenes de la filosofía)

Diferir³⁰ de la hermenéutica: Deconstruyendo la historiografía.

Comenzare con un enunciado cuyo modo de lo dicho sonará certero y seguro, pero sólo como para señalar la problemática compleja en que se suscribe el saber hermenéutico en Occidente ^{De alguna manera es un enunciado que se inscribe como una ficción retórica.} La segunda mitad del siglo XIX es el tiempo del colapso hermenéutico. Consecuencias: la universalidad de la Hermenéutica y la sobre-hermeneutización de las ciencias del espíritu.³¹

El colapso hermenéutico sucede en el momento en que, al interior del saber científico, ocurre la imposibilidad de identificar objetos de manera directa. Anteriormente (Siglo XVII), el conocimiento estaba sustentado en lo que hoy se denomina como una

³⁰ Diferir lo utilizo aquí tal como Derrida lo articula a partir de su precedente en Freud: diferir como discernibilidad, distinción, distancia, diastema, espaciamento, y diferir como desvío, demora, reserva, temporización. Se difiere de la hermenéutica. No se trata en ningún momento de su superación, ni de su negación o imposibilidad. Diferir sólo en el sentido de que la estrategia deconstructiva es un desvío, una distancia con respecto a los planteamientos hermenéuticos. Diferir en el sentido de que la deconstrucción posibilita la demora, la reserva, de aquello que se suele llamara el sentido. Se podría decir que es como la puesta entre paréntesis de la hermenéutica en general. (Para profundizar en esta noción puede verse el ensayo de Jacques Derrida, “La différance” en *Márgenes...*, *op. cit.*, pp. 39-62.)

³¹ Hans Ulrich Gumbrecht, “La fascinación por el pasado”, entrevista por Alfonso Mendiola, *Historia y Gráfica* núm. 19, pp. 195-217.

filosofía de la conciencia, sustentada en la distinción básica de Sujeto/Objeto, como si el primero fuese excéntrico respecto al objeto, descorporeizado. Un Ser fuera del mundo, donde éste último es un campo a ser interpretado por el primero. Aquí puede hablarse, según Gumbrecht, de una hermenéutica (“h”) o campo hermenéutico, en el que se sustentan procedimientos de observación aparentemente directos. La disolución de esta distinción anunciará el fin de la primera modernidad.³²

El origen de la geometría me permitió una aproximación a algo así como la axiomática impensada de la fenomenología husserliana, de su “principio de los principios”, a saber el intuicionismo, el privilegio absoluto del presente viviente, la intención al problema de su propia enunciación fenomenológica, al discurso trascendental, como decía Fink, a la necesidad de recurrir, dentro de la descripción eidética o trascendental, a un lenguaje que no podía estar sometido él mismo a la epojé –sin ser él mismo simplemente mundano—, y así a un lenguaje ingenuo justo cuando era éste el que hacía posible todos los paréntesis o las comillas fenomenológicas. Esta axiomática impensada me parecía que limitaba el despliegue de una problemática consecuente de la escritura y de la huella, cuya necesidad estaba designada sin embargo en El origen de la geometría, y sin duda por primera vez con ese rigor en la historia de la filosofía. (El tiempo de una tesis: puntuaciones)

Con esta disolución emerge lo que Gumbrecht llama Hermenéutica (“H”) que emerge de la teología protestante de principios del siglo XIX, y surge en el momento mismo del colapso hermenéutico ocasionado por la aparición del observador de segundo orden como el momento en que se asume la corporeidad propia como condición de aproximación al mundo. A partir de esto, la Hermenéutica se establece como dominante, adquiriendo una paradoja: colapsarse en el mismo momento en que se convierte en

³² *Ibid.*, pp.198 y 199.

fundamento de las ciencias humanas, o al decir de la Alemania del siglo XIX, de las ciencias del espíritu.

La Hermenéutica se entroniza así, como *organon* de las humanidades, excluyendo cualquier fenómeno que no consista de atribución de sentido. Este último punto es el que reviste mayor importancia para situar el quehacer de la deconstrucción. Los discursos y la praxis pueden ser interpretables, pero precisamente, dicha interpretación se ha centrado en hacerlo en orden al sentido, o como Gumbrecht señala, a partir de los efectos de sentido y en exclusión de lo que denominará efectos de presencia o de tangibilidad,³³ para que no se confunda con la noción de presencia impugnada por Derrida, prefiero llamarle de esta segunda manera, efectos de tangibilidad.

El título “hermenéutica”, como ocurre a menudo con las palabras derivadas del griego y adoptadas en nuestro lenguaje científico, cubre muy diversos niveles de reflexión. [...] El arte del que aquí se trata es el del anuncio, la traducción, la explicación y la interpretación, e incluye obviamente el arte de la comprensión que subyace en él y que se requiere cuando no está claro e inequívoco el sentido de algo. (Hans-George Gadamer, Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica)

Para Gumbrecht existen fenómenos que son más efectos de tangibilidad que de sentido, pero en realidad se trata de una tensión (oscilación) permanente entre tangibilidad y sentido, sin que alguno de ambos se manifieste puramente. Es la aparición de la Hermenéutica (“H”) la que buscará siempre enfatizar los efectos de sentido.³⁴ Este

³³ *Ibid.*, pp. 195 y 196.

³⁴ “Wittgenstein habla de los trabajadores de la construcción. La acción que tematiza es la de pasar un ladrillo, y dice que al pasarlo, los trabajadores usan palabras, pero insiste en que las palabras sólo se entienden por estar inscritas en la escenografía de pasar un ladrillo. Lo que importa de ese pasaje, aunque esa no era la intención de Wittgenstein, es que se muestra cómo más allá o debajo de la atribución de sentido, pero sí junto con la atribución de sentido, hay algo más en una praxis que el sentido. Eso es más

énfasis ocurre en un gran olvido, la materialidad, la corporeidad, lo tangible, en nombre de la pregunta por el significado del mundo, y, además, en la subordinación de la escritura en tanto marca, huella, grafía en su materialidad. Por otra parte, como señala P. Szondi, la hermenéutica, en su pretensión de universalidad, dejó en segundo plano a la escritura y a la textualidad en el momento en que con Schleiermacher la hermenéutica adquiere conciencia filosófica.³⁵ De ahí que Gumbrecht lance una pregunta profunda al interior de la historiografía, esto es al centro mismo de su constitución: la escritura, escritura de la historia. ¿Por qué los textos funcionan exclusivamente por atribución de sentido, y cómo en un texto, que sólo es una construcción de sentido, se pueden producir efectos de tangibilidad?

*Cuando hablamos hoy de hermenéutica nos situamos, en cambio, en la tradición científica de la época moderna. En consecuencia el significado de la hermenéutica está en consonancia con esa tradición, es decir, con la génesis del concepto moderno de método y de ciencia. Ahora aparece siempre implícita una especie de conciencia metodológica. No sólo se posee el arte de la interpretación, sino que se sabe justificar teóricamente el mismo. [...] La universalidad de la hermenéutica depende en el fondo si su carácter teórico, trascendental, se limita a su validez dentro de la ciencia o si incluye también los principios del sensus communis y por tanto el modo de integración de todo uso científico en la conciencia práctica. (Hans-George Gadamer, *Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica*)*

una corporalidad, pero no sólo me refiero al cuerpo; por corporalidad me refiero también a la materialidad del ladrillo, por ejemplo a la ropa, los tonos de voz, altos o bajos, de esos trabajadores de la construcción que nos imaginamos. Eso más que el sentido no se alcanza con un análisis Hermenéutico ("H")." (*Ibid.*, pp. 200 y 201).

³⁵ P. Szondi, *Einführung in die literarische Hermeneutik*, citado por Maurizio Ferraris, "Jacques Derrida. Deconstrucción y ciencias del espíritu," en Manuel Asensi (comp.) *Teoría literaria y deconstrucción*, pp. 356 y 357.

La propuesta de este autor consiste en que mediante la escritura se puedan lograr efectos de lo sublime, pues en la comunicación existen muchos elementos relacionados que no se subsumen todos al sentido sino que configuran campos de praxis.³⁶ De esta manera se tiene una escritura que apuesta por efectos de tangibilidad y una lectura que los “vive” y piensa. Se trata, por tanto, de una propuesta que intenta ponerle límites a la Hermenéutica.

Continuaré ahora introduciendo en esta discusión y pregunta a la deconstrucción. Me parece que ésta anuncia, con todo un quizá de por medio, hasta con un cierto titubeo que le otorga asumirse en toda su contingencia como posible imposibilidad, la posibilidad precisamente, de no sólo franquear el límite de la Hermenéutica, sino de *diferir* con ella, de ser como sostiene Szondi, la corrección de la interrupción, que subordinó el texto y la escritura en tanto marcas y materialidad, de la hermenéutica y por lo mismo un *diferir* crítico de ésta; que establece sus límites trayendo el cuerpo y la escritura a un primer plano. El cuerpo como lo tangible, que experimenta la lectura, la sonoridad de los ritmos, que fractura el sentido a partir de la vivencia. La deconstrucción radicaliza la experiencia y materialidad en la escritura y la lectura, moviéndose en una indecidibilidad entre efectos de sentido y efectos de tangibilidad. Hablar por tanto, de efectos de presencia o tangibilidad para la deconstrucción, es traer la textualidad, en tanto materialidad y en tanto experiencia de lectura y escritura al ámbito de la vivencia, desplazando el sentido, quebrándolo, diseminándolo. De esta manera, corresponde señalar las distinciones entre la Hermenéutica y la deconstrucción, para observar cómo la segunda difiere, señala límites,

³⁶ La propuesta de Gumbrecht, que no analizaré aquí, consiste en que a través de la escritura, del texto, se puedan lograr efectos de tangibilidad mediante un texto que sea capaz de ir más allá del sentido, es decir, que haga al lector sentir y desear algo más que el sentido: producir efectos de lo sublime. (C. f. pp. 202 y ss.

y principalmente reintroduce al Cuerpo y a la escritura en tanto marca, a una oscilación entre efectos de sentido y efectos de tangibilidad.

El monorritmo es siempre reapropiación inmediata, y el monocódigo también. Hay que meterle, pues, mano al código; cuando digo esto, hago hincapié tanto en la monovalencia y asimismo en la unidad del código. Hay que meterle mano al código, a la homogeneidad y a la singularidad del sistema que ordena y regula los lenguajes y las acciones. Hay que meterle mano al hecho de que no hay más que un código. (Ja o la estacada...”)

Tanto la hermenéutica como la deconstrucción³⁷ asumen el hecho de que leer un texto, interpretarlo, no consiste en la reproducción o comentario fiel de un texto, como lo dicho por un autor. Ambas indagan por el estatuto metafísico del método en la lectura de una obra literaria.³⁸ Las primeras distinciones que se pueden establecer entre deconstrucción y hermenéutica implican a la primera como una operación textual que enfatiza mucho más que la segunda, en sus distintas variantes, el hecho de partir de la

³⁷ Para la exposición de los que entenderemos por deconstrucción, así como para las distinciones con la hermenéutica, me he servido de los textos siguientes: Jacques Derrida, “Los fines del hombre”, “El círculo lingüístico de Ginebra”, “La forma y el querer-decir” y “Firma, acontecimiento, contexto” en *Márgenes de la Filosofía*, pp. 37-62, 145-192, 193-212, 347-369; “La diseminación” en *La diseminación*, pp. 429-551; “Fuerza y significación” y “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” en *La escritura y la diferencia; La deconstrucción en las fronteras de la filosofía; Memorias para Pual de Mann; De la gramatología; Aporías; Mal de archivo; El lenguaje y las instituciones filosóficas; Posiciones; No escribo sin luz artificial; Papel Máquina; Y mañana que...* (Con Élisabeth Roudinesco). Muy sugerentes han sido las referencias a la distinción con la hermenéutica que hace Cristina de Peretti, (*op. cit.*); Mauricio Ferraris (“Jacques Derrida. Deconstrucción y ciencias del espíritu”, pp. 339-395, en *Teoría literaria y deconstrucción*) y Manuel Asensi, (“Estudio introductorio: crítica límite/El límite de la crítica, en *Teoría literaria y deconstrucción*, pp. 9-78). Algunos trabajos monográficos que también han aportado mucho a la elaboración de esta distinción y a la investigación misma: el texto de Geoffrey Bennington, “Derridabase,” en Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, pp. 25-317; José Bernal Pastor, *El desplazamiento*, *op. cit.*, Patricio Peñalver, *Desconstrucción*; Roberto Ferro, *Escritura y desconstrucción. Op. cit.*; Gideon Ofrat, *The Jewish Derrida*. Muy sugerentes han sido, por su parte, el estudio de otras modalidades de lectura deconstruktiva, recargada principalmente en la crítica literaria como son: J. Hillis Miller, “El crítico como anfitrión”, Geoffrey Hartmann, “El destino de la lectura”, ambas en *Teoría Literaria y deconstrucción*, pp. 157-170 y 217-249 respectivamente; Paul de Mann, *Visión y ceguera*. Los trabajos de Harold Bloom y otros en *Deconstrucción y crítica*. Para la hermenéutica nos hemos servido de texto de Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método I*, principalmente en la cuestión de la comprensión y de la historia efectual, pp. 225-305; para Pual Ricoeur, algunos planteamientos vertidos en *Tiempo y Narración*, 3 vol.

³⁸ Manuel Asensi, *Estudio introductorio, op. cit.* p.32.

necesidad de *reinterpretar la interpretación*.³⁹ Observar al observador. Esto quiere decir, que la deconstrucción comienza por lo que la hermenéutica en general desplazó a un segundo plano: la crítica al concepto tradicional de escritura, a partir del cual, se puede elaborar una reflexión en torno a nuestras prácticas de lectura, de interpretación de los textos y del impacto de la cultura de lo escrito.

Por supuesto que no se trata de recurrir al mismo concepto de escritura ni de invertir simplemente la disimetría que se ha puesto en duda. Se trata de producir un nuevo concepto de escritura. Se lo puede llamar grama o différance. El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple este presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo. (Posiciones)

La distinción general con la hermenéutica que se va a desarrollar es la *clausura*. La noción de clausura no quiere decir ni fin, ni superación, sino puesta en reserva.⁴⁰ En este sentido Derrida ha sido claro respecto a la imposibilidad de superar la metafísica, pues no es posible superar ni el lenguaje ni la tradición, ambas determinan la interpretación. Tal intento sería una vuelta a la metafísica. La puesta en reserva significaría leer de otro modo desde el mismo lenguaje pero desestabilizándolo y mostrando sus contradicciones, aporías y determinaciones de la búsqueda de una verdad o un sentido último ligado a un horizonte o contexto determinado. Para ello es necesario hacer algunas distinciones generales, y posteriormente particulares.

³⁹ Reinterpretar la interpretación es una operación similar a la de observación de segundo orden, como la propone Niklas Luhmann. Con todas las reservas y objeciones que se le pudiera hacer a esta afirmación, en un análisis de mayor tiempo y espacio que las pudiera distinguir, creemos que esta similitud es posible de momento, porque Luhmann parte desde una teoría social de sistemas y define la observación de segundo orden como una distinción que al recargarse de un lado de la distinción permite la reintroducción del sujeto observador y su propia distinción; Jacques Derrida desde la filosofía, está situado (pese a la crítica que se le hace de privilegiar el significado y el texto en sus análisis) siempre en una distinción de segundo orden al leer en una operación deconstructiva a los filósofos en tanto lectores también, esto es en tanto observadores. La deconstrucción, o más bien la diseminación es siempre la estrategia de lectura de otras lecturas y las distinciones que como condiciones de posibilidad realizan a su vez los lectores (filósofos) que Derrida lee. Es siempre la actividad parasitaria del sentido. Me parece que la hermenéutica que más cerca ha estado de este énfasis es la de la recepción.

⁴⁰ (Véase Jacques Derrida, "La différance" *op. cit.*).

Generales. En primer lugar, Para Derrida, la hermenéutica es el desciframiento de un sentido resguardado de un texto.⁴¹ La hermenéutica presupone, como su antecedente judeocristiano, que hay algo por des-velar, correr el velo, rasgar el velo. En cambio, la deconstrucción comenzando con una crítica al pensamiento metafísico del discurso occidental, que pretende la búsqueda de hacer presente en la inmediatez la *presencia* de la voz, como un *querer-decir*, esto es como intención del hablante, por tanto como una verdad, parte de la crítica nietzscheana que denunció la confusión de hacer creer, que a través de los conceptos se capta la realidad fluyente de la vida, cuando precisamente es sólo la composición de ficciones lingüísticas cuya raíz es el miedo a lo inexpresable. Desde esta reflexión, Derrida piensa el concepto de verdad, que tradicionalmente está unido al logos, al concepto de signo, como una *huella*, como un *rastro* que sólo dice su propio juego continuo y se instala sin fondo ni fin.

¿Cuál es el desafío que acomete la deconstrucción? [...] El de desistir de la seguridad, sin que, sin embargo, se produzca en ello abdicación del pensamiento. Esta última posibilidad tremendamente frágil y apenas concebible, que se vislumbra en el paso por la filosofía y no deteniéndose antes ni pasando de largo por ella, es donde Derrida halla la quiebra de la filosofía que resulta imprescindible para que pueda acontecer lo heterogéneo de la filosofía. (José Bernal Pastor, El desplazamiento de la filosofía de Jacques Derrida)

Esto es porque, para Derrida, la noción de escritura se entiende de otro modo.^{Un} modo diferido que al enunciarse anuncia la puesta en reserva del concepto tradicional de escritura. Partiendo de la lectura de *Fedro* de Platón, ésta aparece entendida como repetición “La escritura no puede más

⁴¹ Cristina de Peretti, *op. cit.*, p. 151. “Por hermenéutica he designado el desciframiento de un sentido o de una verdad resguardados en un texto. La he opuesto a la actividad transformadora de la interpretación.” (Jacques Derrida, “La Question du style” en AA. VV.: *Nietzsche aujourd’hui*, p. 291, citado por Cristina de Peretti, *op. cit.*, p. 151.)

que repetir (se), que ‘significa (*semainei*) siempre lo mismo’ y que es un ‘juego’ (*paidia*)”⁴² La escritura es un *phármakon*. Con esta palabra, Derrida deconstruye la noción de escritura. El *phármakon* griego es ambiguo, significa cura y veneno al mismo tiempo.⁴³ La escritura es desdeñada por Platón, ya que ayuda a recordar, pero no posibilita la auténtica memoria; la escritura es valorada sólo en cuanto a inscripción en el alma, o ley escrita en el corazón.^{Paradoja platónica.} En esta ambigüedad, la noción de escritura carga con valores binarios, como bueno/malo, haciendo que la voz sea lo bueno y la escritura lo malo, un mal auxiliar, necesario, del habla. La escritura puede ser vida o muerte.⁴⁴ Y si la escritura es el *phármakon* de la filosofía, del *logos* occidental, entonces no se puede *decidir* si es cura o veneno.^{Se torna indecible, al ser permanentemente la una y la otra.} La escritura, por lo tanto, es inestable. El punto clave radica en que la voz remite a la presencia y la escritura a la ausencia, de ahí que la hermenéutica consista en esa búsqueda del sentido, de la presencia plena, en una palabra, de las intenciones y del mundo de vida del autor, pues esa voz, no es otra más que el pensamiento pleno, la conciencia.^{A partir de reintroducir la estructura del diálogo, se busca acceder a la intención de una presencia, del sujeto que habla.} Mientras que, para la deconstrucción, que partiendo de esa metafísica platónica, asumirá pues, radicalmente, la idea de ausencia implicada en la escritura para quebrar la oposición metafísica misma, al ser la escritura ausencia, entonces se deconstruye a sí misma, pues no se necesita la presencia del escritor, ni del lector. La escritura es una *marca*, una *huella*, cuyos efectos van más allá del autor y del presente de su inscripción y sentido.

Se confirma la continuación de la conclusión del Fedro es menos una condena de la escritura en nombre del habla presente que la preferencia de una escritura a otra, de una

⁴² Jacques Derrida, “La farmacia de Platón” en la Diseminación, op.cit., p. 95.

⁴³ *Ibid.*, p. 107; 144.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 156.

huella fecunda a una huella estéril, de una simiente generadora, porque deposita en el interior, a una simiente desperdigada en el exterior en pura pérdida a riesgo de la diseminación. (La diseminación)

Cuando salí del último sótano, lo encontré en la boca de la caverna. Estaba tirado en la arena. Estaba tirado en la arena, donde trazaba torpemente y borraba una hilera de signos, que eran como las letras de los sueños, que uno está a punto de entender y luego se juntan. Al principio, creí que se trataba de una escritura bárbara; después vi que es absurdo imaginar que hombres que no llegaron a la palabra lleguen a la escritura (Jorge Luis Borges, El inmortal)

En segundo lugar, porque la deconstrucción es la posibilidad, en cuanto estrategia de lectura, de un *diferir* crítico de la hermenéutica, que acepta tanto su deuda como el luto a cuentas, porque bordea siempre el espacio de la escritura. Con la conciencia de que la deconstrucción parte del mismo lenguaje metafísico del que pretende hacer la crítica, su estrategia ha consistido en ser una palabra en cadena con otras más, como *huella*,⁴⁵ *différance*,⁴⁶ Derrida inventó este neografismo, al suplir una *e* por una *a*, que se escriben diferente pero suenan igual. Algunos

traductores, nos indica Manuel Garrido, han optado por verterla al castellano como *diferancia* (Carmen González), con el problema de

⁴⁵ La noción habitual de la huella supone la idea de un original al que se refiere, del que es huella y que es hallado en la percepción. Derrida la entiende a partir de un rasgo singular: la imposibilidad de encontrar originales en su presencia inmediata. Imposibilidad de toda referencia originaria dada por la estructura misma de archi-huella o archi-escritura. Cada huella es la huella de una huella hasta el infinito, por lo que no hay una huella originaria. La huella tiene un poder de pensamiento, pues pone en cuestión –tacha– la idea misma de inicio (Archia, origen) y de fin (teleología), clausura, no fin de la metafísica. Al mismo tiempo que rompe con la concepción lineal de la temporalidad, acaba con la lógica de la identidad, la metafísica con un discurso teórico privilegiado como su centro: la presencia. La huella no puede definirse, por tanto, ni en términos de presencia ni de ausencia. (Ibid. 72)

⁴⁶ La huella, para Derrida, en la lectura de Cristina de Peretti, es el movimiento de la *différance*. Todo signo como producto de la *différance* difiere, diferencia constantemente su sentido, su encuentro con el significado. Este sentido, este significado, no es una presencia que el signo difiera y a la que reemplaza. Es, más bien, ausencia de presencia, juego de diferencias. Todo significado está en posición de significante al pertenecer a la cadena que forma el sistema de significación. El lenguaje está constituido por el juego de reenvíos significantes de tal modo que el sentido sólo puede darse a partir de esta duplicación del significante, del significado en posición de significante. Se logra liberar al concepto de significante del logos, como concepto de verdad o de significado primero y último. (Ibid. 76-77; Derrida, “La *différance*”, 48-53).

que no suena igual en castellano; o transcribirlo sin optar por una traducción (Cristina de Peretti y Patricio Peñalver); Manuel Garrido nos sugiere respetar el neografismo, tal y como ya lo había sugerido otro traductor (J. Martín Arancibia) como *differenzia* para que la z nos recuerde la síntesis gráfica y semántica de las palabras “diferencia” y “tardanza”, y que remiten a lo que Derrida insiste con esta palabra, la *différance* como los dos sentidos del verbo *diferir*: distinción, diferencia, y dilatar, tardanza, demorar o retardar algo. Al mismo tiempo que, se hace el mismo juego que Derrida con la palabra francesa al sonar igual pero escribirse diferente.⁴⁷ Mi opción ha sido mantenerla sin traducción, pues de esta manera se mantiene el énfasis derridiano. *diseminación*,⁴⁸ y en la combinación de dos tácticas de desmontaje de una escritura, que tienen que ver con operar sobre los bordes y los márgenes de la escritura. Esta primera táctica, consiste en partir de la repetición de lo implícito en los conceptos fundadores o problemáticas originales de un discurso, como en el caso de Derrida, del filosófico; y la segunda táctica, radica en salir fuera del texto y afirmar la ruptura y diferencias absolutas, mediante su inserción en otros contextos o cadenas textuales.⁴⁹ Una combinación de ambas tácticas, tratan de llevar los discursos hasta su propio límite, de tal forma que queden observados sus desajustes, contradicciones, aporías o falacias, mediante el desmontaje de las oposiciones de conceptos jerárquicos, pero no para privilegiar uno sobre otro, sino para hacer manifiesta su *différance*.⁵⁰ Se trata de poner en cuestión el sistema mismo de las oposiciones, su carácter paradójico, no para eliminar dicha paradoja, sino para ver que ésta es su condición. Mientras que por su parte, la hermenéutica, en su manifestación de

⁴⁷ Manuel Garrido, “Al margen de la filosofía,” Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, pp. 11-22.

⁴⁸ La característica de iterabilidad de todo signo (más abajo explicamos esto) implica la independencia de todo signo tanto de su contexto de producción como de su contexto semiótico, lo mismo que para el habla. La iterabilidad del signo produce su perpetua alteración. De ahí que todo signo sea polisémico, pero ésta polisemia, ha de ser entendida más allá de su acepción convencional. La polisemia universal, dictada por la *différance*, es lo que Derrida llama diseminación. (De Peretti, *Texto y deconstrucción*, 119-121).

⁴⁹ *Ibid*, 127.

⁵⁰ Un trabajo que es de-sedimentación: de los valores de presencia, de origen, de verdad, de autoridad, del sentido, de la voz, de la conciencia, de la noción de un tiempo lineal, es, como afirma Cristina de Peretti, un rechazo violento de los valores metafísicos, de todo lo que la filosofía en occidente ha construido como su querer-decir y que ha provocado la marginación de la escritura. (*Ibid*. 127-128).

universalidad, busca reducir las oposiciones, eliminar las paradojas en busca de un sentido estable sujeto a su contexto histórico delimitable. La hermenéutica estaría inscrita, paradójicamente, en una misma oposición al buscar reducirla en *un* sentido: integración/descomposición.

No oponemos aquí, por un mero movimiento de péndulo, de equilibramiento o de dar vuelta, la duración al espacio, la calidad a la cantidad, la fuerza a la forma, la profundidad del sentido o del valor a la superficie de las figuras. Todo lo contrario. Contra esta simple alternativa, contra la simple elección de uno de los términos o de una de las series, pensamos que hay que buscar nuevos conceptos y nuevos modelos, una economía que escape a este sistema de oposiciones metafísicas. Esta economía no sería una energética de la fuerza pura e informe. Las diferencias consideradas serían a la vez diferencias de lugares y diferencias de fuerza. Si aquí parece que oponemos una serie a la otra, es porque dentro del sistema clásico queremos hacer aparecer el privilegio no crítico atribuido de forma simple, por cierto estructuralismo, a la otra serie. Nuestro discurso pertenece irreductiblemente al sistema de las oposiciones metafísicas. No se puede anunciar la ruptura de esa pertenencia más que mediante una cierta organización, una cierta disposición estratégica que dentro del campo y de los poderes propios, volviendo contra él sus propias estrategias, produzca una fuerza de dislocación que se propague a través de todo el sistema, fisurándolo en todos los sentidos, y de-limitándolo de parte a parte. (La escritura y la diferencia)

Tercero, la hermenéutica, bajo la noción de escritura que he señalado arriba, y al buscar un sentido perdido del texto para hacerlo presente como la presencia de la conciencia de quien habla, ^{en una interpretación de textos es poco tolerable la no presencia del autor,} trata a la escritura como representación de la voz, por tanto, como una escritura limitada y subordinada. La hermenéutica trabaja sobre el privilegio ontológico y semántico del texto. Es decir, que todo signo debe estar remitido a un contexto, siendo éste el que

esclarecerá su sentido como lo que alguien quiso decir, o como aquello que alguien comprendió desde su propio contexto en un una actualización del mismo.

La hermenéutica, por tanto, busca, en la interpretación de los textos, rescatar la estructura dialógica que se manifiesta en la comunicación entre presentes como comunicación de las conciencias⁵¹ debido a la noción de escritura ya señalada: los textos en tanto que escritura, presenten una ausencia de presencia y, como consecuencia inmediata, una pérdida del modo de lo dicho, constituyéndose esto en la subordinación de la escritura como mero vehículo de la comunicación del sentido y de la conciencia. Se trata de la comprensión como lectura que escucha a la voz, mediación en la que un sujeto se deja interpelar por el texto, cuya presencia está ahí para hacerse manifiesta. Como hablar

con un texto cara a cara, interrogarlo y confirmar, de este modo, el sentido de la comunicación que se establece.

El giro hermenéutico hacia la conversación que yo he ensayado va en el mismo sentido y no se limita a retroceder, detrás de la dialéctica del idealismo alemán, a la dialéctica platónica, sino que apunta por detrás de ese giro socrático-dialogal a su presupuesto: la anamnesis buscada y suscitada en los logoi. Esta evocación tomada del mito, pero pensada con plena racionalidad, no es sólo la del alma individual sino siempre la del “espíritu capaz de unirnos” a nosotros, que “somos una conversación”, Pero estar- en- conversación significa salir de sí mismo, pensar con el otro y volver sobre sí mismo como otro. (Hans-Georg Gadamer, Destrucción y deconstrucción)

Mientras que la deconstrucción, desde la noción misma de escritura como huella, como *différance* que tacha el origen, se presenta como *iterable*, esto es, que se repite en la

⁵¹ Al respecto de esta estructura dialógica puede verse la noción de comprensión gadameriana, a partir de una de las explicaciones que da, precisamente del círculo hermenéutico y la historia efectual, en donde la comprensión se efectúa en una tradición desde la cuál se busca comprender la opinión del otro como tal, estableciendo una conversación. (Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método I*, pp. 363-377.

alteridad.⁵² Siempre como otra, en tanto otra, a la deriva, oscilando inestablemente su sentido, posponiéndolo indefinidamente,

sin rumbo ni fin. La escritura para Derrida es reiterable más allá de la muerte del destinatario.

Manifiesta la posibilidad de repetirse. Esta posibilidad es a su vez, la de identificar las marcas que están implícitas en todo código, haciéndose una clave comunicable, transmisible, descifrable, repetible. Es, en palabras de Derrida, “una ruptura de presencia [...] la muerte del destinatario inscrita en la estructura de la marca”.⁵³

Para la deconstrucción, la escritura se presenta como archi-escritura arqueoescritura (noción que implica el origen tachado, como no-origen), escritura que debe ser considerada por sí misma y no como sustituto que reproduce algo real y presente que está más allá de ella, o como mera transcripción del habla. Es una ruptura con la noción clásica de representación⁵⁴ que implica la ausencia de una presencia originaria, rompiéndose así, la autoridad del código como sistema finito de reglas (un signo escrito no se agota en el presente de su inscripción) y la destrucción radical de todo contexto (el conjunto de presencias que organizan el momento de su inscripción, el contexto denominado “real”, el ambiente y el horizonte de experiencia, la intención; y también, el contexto semiótico e interno,⁵⁵ ya

⁵² Derrida, “Firma, acontecimiento, contexto”, 356-357.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Recordemos que el concepto clásico de representación, según una definición antigua (1727), que señala Roger Chartier, apunta que la representación muestra una ausencia, que implica la distinción entre lo que se representa y lo que es representado; además, la representación, es la exhibición pública de una presencia. (Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. 57). También para ver cómo la escritura está atravesada por esta noción de representación, puede verse a David R. Olson Lo que la escritura representa: una historia revisionista de la escritura” y “Lo que la escritura no representa: cómo deben interpretarse los textos” en *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, pp. 89-138.

⁵⁵ “Ningún contexto es absolutamente saturable o saturante. Ningún contexto determina el sentido hasta la exhaustividad. No produce ni garantiza, pues fronteras infranqueables, umbrales que ningún paso podría pasar.” (Jacques Derrida, *Aporías. Morir –esperarse (en) “los límites de la verdad”*, p. 26). “Este es mi punto de partida: no se puede determinar ningún significado fuera de su contexto, pero ningún contexto permite la saturación. A lo que me estoy refiriendo aquí no es a la riqueza de la substancia, a su fertilidad semántica, sino a la estructura de lo restante o de la repetición.” (Jacques Derrida, *Living On: Border lines*, p. 81, citado por Roberto Ferro, *op. cit.*, P. 147).

que la iterabilidad del signo permite que este pueda ser sacado fuera de su cadena original y ser injertado en otras cadenas), volviéndose este como algo indeterminado.⁵⁶

Habría que explorar sistemáticamente lo que se da como simple unidad etimológica del injerto y de la grafé (del grafion: punzón para escribir), pero también la analogía entre las formas de injerto textual y los injertos denominados vegetales o, cada vez más, animales. No contentarse con un catálogo enciclopédico de los injertos (injerto de la yema de un árbol en otro, injerto por acercamiento, injerto por ramas o brotes, injerto en hendidura, injerto en corona, injerto por yemas o en escudo, injerto a yema crecida o yema dormida, injertos en flauta, en silbato, en anillo, injerto sobre rodillas, etc.), sino elaborar un tratado sistemático del injerto textual. Entre otras cosas nos ayudaría a comprender el funcionamiento de una nota al pie de página, por ejemplo, así como de un exergo, y en qué, para quien sabe leer, importan en ocasiones más que el texto llamado principal o capital. Y cuando el título capital se convierte también en un injerto, no se tiene para elegir más que entre la presencia o la ausencia del título. (La diseminación).

No se trata en la deconstrucción, de una tarea que pretenda una lectura final de los discursos, que determine un *sentido*, pues éste no existe como tal. Es una operación permanentemente abierta, una *diseminación*. Mientras la hermenéutica afirma una polisemia como explotación del contenido temático o semántico de las palabras, la diseminación no explota el horizonte semántico de las palabras, sino que lo hace estallar.⁵⁷

⁵⁶ “Todo signo lingüístico o no lingüístico, hablado o escrito (en el sentido ordinario de esta oposición), en una unidad pequeña o grande, puede ser *citado*, puesto entre comillas; por ello puede romper con todo contexto dado, engendrar al infinito nuevos contextos, de manera absolutamente no saturable. Esto no supone que la marca valga fuera de contexto, sino al contrario, que no hay más que contextos sin ningún centro de anclaje absoluto.” (*Ibid*, pp. 361-362).

⁵⁷ La hace estallar en tanto que se trata de producir infinidad de efectos semánticos, mientras que la polisemia implica la multiplicidad de sentidos ligados a un horizonte o contexto determinado, sea lingüístico, semiótico o de horizonte de comprensión. Derrida afirma, por ejemplo, que “La ‘operación’ de

Yo premedité alguna vez un examen de los precursores de Kafka. A éste, al principio, lo pensé tan singular como el fénix de las alabanzas retóricas; a poco de frecuentarlo, creí reconocer su voz, o sus hábitos, en dos textos de diversas literaturas y diversas épocas. (Jorge Luis Borges, Kafka y sus precursores)

(Visto con más detalle, la característica de iterabilidad de todo signo, así como la indeterminación de todo contexto es fundamental en su diferir con la hermenéutica debido a que Derrida reduce la distinción entre enunciados constatativos y enunciados performativos, que como ya señalamos permite que todo enunciado funcione, fuera de todo referente de emisión y recepción.

La cuestión de los enunciados performativos es condición de posibilidad de la hermenéutica, principalmente como un aporte pragmatista a ésta, de John L. Austin.⁵⁸ Mediante un análisis deconstructivo, Derrida apunta a la paradoja en la que Austin queda bordeando, según me parece, colocando a la hermenéutica en su propio límite. Derrida coincide con Austin en lo insólito de su propuesta.⁵⁹ Aparentemente, Austin parece romper con un concepto de comunicación puramente semiótico, lingüístico o simbólico ya que considera que toda enunciación es un acto de habla producido en la situación total

lectura/escritura pasa por la 'hoja de un cuchillo'. ” (*La diseminación*, p. 449) Se trata de injertos al infinito, de citas en juego textual. Estallar la polisemia implica además, ser una operación que “Está gobernada por la ‘lógica’ del ni/ni, esto es, del ‘entre’ que no sólo elimina la oposición entre dos términos escapando así a la cadena de oposiciones metafísicas, sino que incluso muestra que la verdad ‘natural’ de todo texto no es sino un simulacro que no tiene una esencia determinada y que el sentido no puede ser más que un ‘entre’.” (De Peretti, *Texto y deconstrucción*, 161). Dicho en otras palabras, la operación de la diseminación como un indecible.

⁵⁸ John L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*.

⁵⁹ José Bernal Pastor, *El desplazamiento...*, op. cit., p. 57 y 58.

en la que se encuentran los interlocutores.⁶⁰ Austin también sustrae las locuciones al marco de la representación, por lo mismo, como señala Bernal, hay cierta similitud entre la propuesta de Derrida y la de Austin: “al igual que la escritura, en vez de tener por condición estructural remitir a una idea o un pensamiento que asimismo remite a un estado de cosas que le precede, tiene la de realizar una acción o transformación irreductible”⁶¹ ¿Cuál es la insuficiencia básica en Austin, que distingue la propuesta derridiana? “A diferencia de lo que viene exigido por la escritura: la ruptura con el contexto de su inscripción, Derrida piensa que el realizativo austiniano requiere lo contrario: su afirmación incondicional.”⁶²

De esta manera, las nociones de ilocución y perlocución no designan el transporte o paso del contenido del sentido, son más bien, la producción de un efecto. Con esto, Derrida afirma que para Austin, un enunciado performativo no tiene su referente fuera de él, antes que él o frente a él. Produce o transforma una situación, opera. A diferencia de los enunciados constatativos, en Austin, el análisis de los performativos no se da bajo los valores de verdad o falsedad, sino que se hace por el valor de fuerza.⁶³ El logro o cumplimiento de los realizativos depende de la determinación exhaustiva del contexto total de su producción, que no es otra cosa, como indica Bernal, que el surgimiento de una presencia: “el sentido mismo de la acción preformativa y no el acontecimiento de una ausencia.” En la estrategia derridiana, es claro que para que haya realizativos es necesario disociarlos del valor de presencia que se une siempre al realizativo.

⁶⁰ Derrida, “*Firma, acontecimiento, contexto*”, 363.

⁶¹ Jose Bernal, *op. cit.*, p. 57.

⁶² *Ibid.*, p.58.

⁶³ Derrida, “*Firma, acontecimiento, contexto*”, p. 363.

Sin embargo, la apariencia austiniana de romper con la noción de comunicación como el transporte de un sentido se vuelve frágil al considerar la característica derridiana de iterabilidad de todo signo, y por tanto, la indeterminación de todo contexto. Derrida indica que “los análisis de Austin exigen un valor de *contexto en permanencia* e incluso de valor de *contexto exhaustivamente determinable* (cursivas mías), directa o teleológicamente”,⁶⁴ cuestión básica en todo análisis hermenéutico. Y cuando existen fracasos, estos son una característica de lo que Austin llama el contexto total siempre: a uno de cuyos elementos es la conciencia, la presencia consciente de la intención del sujeto hablante con respecto a la totalidad de su acto locutorio. Con esta demostración, Derrida nos indica cómo la noción de comunicación a partir de los performativos vuelve a ser, en Austin, la comunicación de un sentido intencional. Esto es claro cuando consideramos que la presencia consciente de un locutor o receptor que participan en un performativo, con una intencionalidad en la totalidad de la operación, no es más que una noción teleológica, en donde ningún resto escapa a la totalización presente, con lo que el éxito de un performativo o su fracaso está ligado absolutamente a un contexto total situado dentro de los valores de convencionalidad. “Un realizativo puede llegar a fracasar, porque conlleva en sí una fuerza de ruptura con el contexto de su producción y esto significa, porque es iterable: originariamente puesto a al deriva.”⁶⁵

Esta fuerza de ruptura se refiere al espaciamiento que constituye el signo escrito: espaciamiento que lo separa de los otros elementos de la cadena contextual interna (posibilidad siempre abierta de ser sacado y ser injertado), pero también de todas las formas de referente presente (pasado o por venir en la forma modificada del presente pasado o por venir), objetivo o subjetivo. Este espaciamiento no es la simple negatividad de una laguna,

⁶⁴ *Ibid.*, p. 364.

⁶⁵ José Bernal Pastor, op. cit., p. 60.

sino el surgimiento de la marca. No permanece, pues, como trabajo de lo negativo al servicio del sentido, del concepto vivo, de telos, dependiente y reducible en el Aufhebung de una dialéctica. (Firma, acontecimiento, contexto).

Finalmente, la supuesta determinación del contexto tan importante para la hermenéutica queda cuestionada, cuando Derrida hace una crítica a la imposibilidad, para Austin, de que todo enunciado performativo pueda ser “citado”. Para Austin, esto, dice Derrida, es anormal, parasitario, una extenuación, incluso de agonía del lenguaje, que es algo que es preciso mantener a distancia. Como podemos observar, Austin se inscribe en la tradición filosófica que ha insistido en tratar a la escritura como un parásito.

La palabra nrz, por ejemplo, sugiere la dispersión o las manchas; puede significar el cielo estrellado, un leopardo, una bandada de aves, la viruela, lo salpicado, el acto de desparramar o la fuga que sigue a la derrota. Hrl, en cambio, indica lo apretado o lo denso; puede significar la tribu, un tronco, una piedra, un montón de piedras, el hecho de apilarlas, el congreso de los cuatro hechiceros, la unión carnal y un bosque. Pronunciada de otra manera o con otros visajes, cada palabra puede tener un sentido contrario. No nos maravillemos con exceso; en nuestra lengua, el verbo to cleave vale por hendir y adherir. Por supuesto, no hay oraciones, ni siquiera frases trucas. (Jorge Luis Borges, El informe de Brodie).

Hasta aquí, siguiendo a Derrida podemos concluir que todo contexto es indeterminable, y lo que Austin excluye como anomalía, la cita, es la característica de una iterabilidad general, sin la cual no podría haber un performativo exitoso. ^{De ahí que en la historia} del “aparato crítico”, la nota al pie, la glosa, el comentario, que ya operan desde antaño, no sean más que este ejercicio parasitario de la iterabilidad. De alguna manera, la deconstrucción opera ya en la historia misma de la escritura. **Un enunciado performativo, es identificable como conforme a un modelo iterable, identificable de**

alguna manera como cita. Ni siquiera la intencionalidad del emisor esta nunca totalmente presente a sí misma y a su contenido. ^{Se borra, se escapa, se diluye, se mueve o simplemente, no está.} La iteración introduce una rotura esencial. “Para que un contexto sea exhaustivamente determinable, en el sentido exigido por Austin, sería preciso al menos que la intención consciente esté totalmente presente y actualmente transparente a sí misma y a los otros, puesto que ella es un foco determinante del contexto.” ⁶⁶ De ahí que todo enunciado pueda formar y funcionar como una referencia vacía, o fuera de su referente. ^{Como las notas al pie de página y las referencias de esta comunicación o tesis.} Su estructura de iterabilidad es lo que permite que haya enunciado).

Menard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. Esta técnica de aplicación infinita nos insta a recorrer la Odisea como si fuera posterior a la Eneida y el libro Le jardin du Centaure de Madame Henri Bachelier como si fuera de Madame Henri Bachelier. Esta técnica puebla de aventura los libros más calmosos. Atribuir a Louis Ferdinand Céline o a James Joyce la Imitación de Cristo ¿no es una suficiente renovación de esos tenues avisos espirituales? (Jorge Luis Borges, Pierre Menard, autor del Quijote)

Ahora precisaré las distinciones particulares, que corresponden a la especificidad tanto de la hermenéutica como de la deconstrucción. Conviene, por tanto, mencionar algunas de las objeciones hechas a la deconstrucción desde una posición hermenéutica, que se autorefiere como una lectura integradora y total.

⁶⁶ *Ibid.* 369.

Se le ha objetado a la deconstrucción el ser de un carácter intuitivo y asistemático, un tanto anarquista e hija pródiga y descarriada del estructuralismo. Textualista y desentendida por completo de los aspectos situacionales, contextuales e históricos del discurso. De una excesiva fe en la escritura, que al afirmar la permanente indeterminación del sentido termina por negar todo referente del texto. Es calificada como heredera del romanticismo y como una hermenéutica negativa o de la sospecha.⁶⁷

Muy al contrario, por lo que ya he señalado más arriba con respecto a la deconstrucción, vale la pena detallar cómo la deconstrucción al *diferir* de la hermenéutica no niega el contexto, está lejos de ser anárquica y textualista.

Si bien, tanto la hermenéutica como la deconstrucción enfatizan en principio la diferencia entre pasado y presente, es decir, la distancia histórica que media entre la lectura originaria, el *sentido*, y la lectura actual, la primera llega al sentido poniendo el énfasis en la contemporaneidad del texto al momento de su actualización, mientras que la deconstrucción hace estallar la polisemia manteniendo la radical diferencia entre pasado y presente, y cómo todo texto es de alguna manera, por su iterabilidad, de cierto grado de ilegibilidad; es, en una palabra *indecidible*. Enfatiza la discontinuidad de un texto con el presente. Una lectura que afirma la diferencia entre pasado y presente.

Esto resulta más claro si se retoma aquí la cuestión del contexto. Si bien señale, arriba que la hermenéutica basa su lectura en la reconstrucción del contexto, del referente, mientras que la deconstrucción no, esto no significa que Derrida, se desentienda de éste. Manuel Asensi lo explica diciendo que la acusación hacia la hermenéutica de mantenerse en la metafísica, debido a la determinabilidad del contexto, ni implica la negación de

⁶⁷ Para más detalles puede verse el texto de César Nicolás, “Entre la deconstrucción” en *Teoría literaria y deconstrucción*, pp. 307-338.

éste, sino tan sólo el reconocimiento de la imposibilidad de recuperarlo, objetivarlo y ponerlo plenamente sujeto a un análisis. Imposibilidad de agotar el sentido, imposibilidad de una estabilidad del significado, imposibilidad de la plenitud y transparencia de una tradición, que se escapa permanentemente, “Y no se puede recuperar el contexto precisamente por estar en-contexto (para la deconstrucción estudiar el contexto es pues recontextualizar)”.⁶⁸ En este comentario de Asensi, se puede observar que se trata de mayor radicalidad en la interpretación con respecto a la noción de situación, que la hermenéutica de Gadamer. Y si bien, como señala Asensi, en esto es similar a la tesis de Gadamer, para quien se hace historia desde la historia y no fuera de ella, éste termina planteando la continuidad entre el pasado y el presente. La deconstrucción al enfatizar la discontinuidad provoca una recontextualización infinita. “Es más: esa no posibilidad de recuperar (saturar) el contexto es la otra cara de una práctica consistente en desestabilizar los contextos iniciales para sustraerse a la plena autoridad del significado trascendental”⁶⁹ Por tanto, indica Asensi, el que no se atiende a los factores contextuales no evita los efectos institucionales, pues perturba en su estrategia los contextos. Con esto se podrá entender mejor ahora, por qué el contexto, para la deconstrucción, no es saturable y sí indeterminado. Por tanto, la acusación de negación de todo referente o contexto queda también dislocada.

*El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico. (Más ambiguo, dirían sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza).
Es una revelación cotejar el don Quijote de Menard con el de Cervantes. Este, por ejemplo, escribió (Don Quijote, primera parte, noveno capítulo).*

⁶⁸ Manuel Asensi, “Crítica límite/límite de la crítica, *op. cit.*, p. 72.

⁶⁹ *Ibid.*

...La verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Redactada en el siglo diecisiete, redactada por el “ingenio lego” Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia. Menard, en cambio, escribe:

...La verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia, madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales – ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir– son descaradamente pragmáticas. (Jorge Luis Borges, Pierre Menard, autor del Quijote).

Por otra parte, la hermenéutica liga el sentido, la interpretación, no sólo a una presencia, como he señalado, sino que, particularmente la de Gadamer se la puede asumir como historicista.⁷⁰ Pues la escritura al ser pensada metafísicamente obtiene el sentido por mediación del mundo de la vida, de la reconstrucción total del *Zits im leben* (situación vital). En cambio, la deconstrucción, como afirma Ferraris, al presentarse como postestructuralista “comparte con el estructuralismo algunas actitudes de base; es decir, la atención por las formas simbólicas separadas del mundo histórico y de las intenciones psicológicas que las han generado o mejor en las que se inscriben.”⁷¹

Otra distinción particular tiene que ver con la cuestión del *sentido*. Como se ha visto hasta aquí, al anclarlo a un referente externo, saturado y total, la hermenéutica quiere hacer de este algo unívoco, principalmente la hermenéutica de la sospecha.^{Siempre}

⁷⁰ Maurizio Ferraris, “Jacques Derrida. Deconstrucción y ciencias del espíritu”, *op. cit.*, p. 360

⁷¹ *Ibid.*

presuponiendo que el arte de la interpretación, como afirmaba Nietzsche, debía ser el arte de atravesar las máscaras, y de descubrir qué es lo que se enmascara y por qué. Si bien la hermenéutica de Gadamer asume la imposibilidad de una interpretación definitiva o transparente total, la noción de *wirkungsgeschichte* (historia efectual), siguiendo la sucesión de una serie de interpretaciones diferenciadas sigue partiendo de las determinaciones históricas de los intérpretes, es decir del contexto.⁷² Por tanto, como indica Ferraris y ya se ha señalado más arriba, se le otorga privilegio a la continuidad entre presente y pasado, haciendo de la tradición algo estable eludiendo las diferencias que actúan en ella. A mi juicio, confía demasiado en la relación de la obra con su autor y su contexto. Y precisamente al afirmar que cada lectura es diferente no significa otra cosa más que una nueva interpretación.⁷³ Nuevamente, la posibilidad única de la polisemia.

La deconstrucción difiere de la hermenéutica precisamente en que el contexto, el pasado, la tradición no permite pensar las obras, los discursos, los textos en su red de significaciones diferenciales, pues los ve como conjuntos unívocos, simultáneos y atravesados por las mismas determinaciones históricas referenciales. Los textos, reiterando, son discontinuos, iterables, no transparentes, ilegibles, indecibles. A este respecto, Ferraris señala que no son vistos para la deconstrucción como textos con una *verdadera espiritualidad*, sino como de una opaca materialidad. Como consecuencia, afirma que en la interpretación no se trata de reconstruir el pasado, al estilo de las escuelas de la sospecha, ni de integrarlo en el presente, como propone Gadamer, sino de “deconstruir una tradición hecha de huellas y textos nunca totalmente inteligibles”.⁷³ La deconstrucción, no proporciona, como la hermenéutica de Gadamer, criterios positivos de

⁷² Mauricio Ferraris, “Jacques Derrida...” *op. cit.*, p. 350.

⁷³ *Ibid.*, p. 354.

comprensión o legitimación histórica sino que disuelve el propósito de una interpretación como una comprensión auténtica que llegue a un sentido estable de la tradición.⁷⁴

Pese a su insondabilidad previa, el lenguaje no es el destierro de Babilonia del espíritu. Asimismo, la confusión babélica de las lenguas no significa sólo que la variedad de las familias lingüísticas y de los idiomas sea producto del orgullo humano, como supone la tradición bíblica. Esa variedad expresa toda la distancia que media entre un ser humano y otro y que crea permanentemente la confusión. Pero eso encierra también la posibilidad de la superación. Porque el lenguaje es diálogo. (Hans-Georg Gadamer, Destrucción y deconstrucción).

Así la hermenéutica de Gadamer se propone como integrativa, pero aún más la propuesta por Paul Ricoeur.⁷⁵ Éste, para la perspectiva hermenéutica ha sido el único que ha logrado hacer converger en una síntesis global, filosofía, retórica y hermenéutica.⁷⁶ Ricoeur elabora esta síntesis en sus tres volúmenes de *Tiempo y Narración*. Es lo que llama la triple mimesis, que hace converger el mundo del texto, el texto y el mundo del lector en todo un proceso interpretativo (configuración, figuración y refiguración).⁷⁷ Para Cesar Nicolás, ésta se presenta, a diferencia de la deconstrucción que es mínimamente orgánica, como un proceso integrador y auténtico. Pero si, como se ha señalado más arriba, la deconstrucción enfatiza la escritura y la diferencia, la discontinuidad y la indecidibilidad, buscando las fisuras de los textos para dislocarlos, Ricoeur se ampara en la tradición textual, manteniendo el presupuesto metafísico básico del logos occidental

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Principalmente en sus trabajos de *La metáfora viva* y *Tiempo y Narración*, 3 vol.

⁷⁶ César Nicolás, "Entre la deconstrucción", *op. cit.*, p. 329.

⁷⁷ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*, *op. cit.*, p.113-168.

con respecto a la escritura. Ésta aparece como un conjunto coherente de textos, homogéneos y determinados por la historia (en esto le pasa lo mismo que a Gadamer), como referente estable. “Ricoeur considera que el fin último de la hermenéutica es el de reconocer los conceptos unívocos y no las ambigüedades metafóricas.”⁷⁸

De esta manera, para la deconstrucción los textos son incommensurables, ilegibles, no transparentes, diferenciados. Una sensación de extrañeza con respecto a ellos atraviesa a esta estrategia de lectura. Se trata de fragmentos en una red de significaciones inestable y permanentemente indecible. “No hay afuera del texto” insiste Derrida, no hay lectura unívoca o fiel, o definitiva, ni lectura por actualizar, sólo hay *différance*, indecidibilidad.

En el interior de la clausura, a través de un movimiento oblicuo y siempre peligroso, corriendo el permanente riesgo de volver a caer más acá de aquello que deconstruye, es preciso rodear los conceptos críticos con un discurso prudente y minucioso, marcar las condiciones, el medio y los límites de su eficacia, designar rigurosamente su pertenencia a la máquina que ellos permiten deconstruir; y simultáneamente la falla a través de la que entrevé, aún innominable, el resplandor del más allá de la clausura. (De la gramatología)

Giro historiográfico, giro deconstructivo.

La deconstrucción en su relación con la historiografía tiene mucha similitud con lo que Alfonso Mendiola propone como el *giro historiográfico*, que permite observar observaciones del pasado.⁷⁹ La deconstrucción, como he indicado más arriba es también una posibilidad más de observación de observaciones.⁸⁰

⁷⁸ Maurizio Ferraris, Jacques Derrida...” *op. cit.*, p. 379.

⁷⁹ Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado,” *Historia y Grafía* núm. 15 p. 186.

⁸⁰ Bajo la salvedad de todo lo que este concepto significa dentro de la teoría social de Niklas Luhmann y sus diferencias con la deconstrucción, de las cuales no nos ocuparemos en este trabajo. Únicamente

El giro historiográfico es la posibilidad de volver reflexiva la investigación histórica. Parte de una teoría de la historia que reintroduce al historiador como observador empírico, en la construcción de su conocimiento. ^{El historiador aparece en lo que escribe, se enuncia al enunciar el pasado, devolviéndolo como diferencia, mostrando lo que oculta: la ausencia.} La deconstrucción irrumpe en este trabajo como una estrategia de lectura similar a la del giro historiográfico, en tanto que una *distinción* dentro de varias posibilidades de observar la observación. Es, al mismo tiempo, la explicitación empírica del sujeto historiador al suponer también que el conocimiento que produce el historiador es la construcción propiciada por una lectura, ya sea de fuentes, vestigios o huellas, que cobran forma, finalmente como producción en textos impresos. ^{Texto impreso que produce efectos más allá del sentido, al reintroducir al cuerpo como un acto de lectura/escritura.} El giro historiográfico asume que las observaciones que hace el historiador a través de textos impresos no se quedan en la conciencia del investigador individual, ⁸¹ por lo que la deconstrucción es una posibilidad de reiterar esta afirmación trabajando con la escritura impresa en tanto textura que remite a otra, y a su vez a otra.

No, es algo que me preocupa constantemente. Estoy muy al tanto, incluso obsesionado por esos problemas... podríamos decir, de técnica, de técnica del cuerpo, en cierto modo. Soy como todos los que se dedican a mi oficio, como los que están metidos en eso. Hace tiempo, cuando empezaba a escribir, a publicar, no escribía a máquina. Escribía siempre a mano hasta la última línea, hasta la última versión del texto. Después, poco a poco, la máquina fue ganando terreno... (No escribo sin luz artificial)

Volver reflexiva la investigación histórica implica también, como señala Mendiola, que no es el individuo aislado sino la ciencia de la historia la que opera la

señalaremos, más adelante lo que podrían tener en común, y que es suficiente para mantener, en este trabajo dicha relación de similitud.

⁸¹ *Ibid.* p. 188.

observación, desde una disciplina específica, con todos sus procedimientos y determinaciones sociales: “la que observa es la operación historiográfica, y esta operación particular la lleva a cabo la sociedad desde uno de sus subsistemas funcionales (el de la ciencia).”⁸² Observar es hacer una distinción e indicar un lado de la distinción. Ahora bien, Mendiola señala que, a su vez, esta observación está imposibilitada de observarse a sí misma, lo que constituye el punto ciego de la observación. Y propone que para poder observarse a sí mismo en la operación de observación se debe realizar una distinción diferente de la que se hizo para poder llevar a cabo la primera observación, esto es la observación de segundo orden, es decir, cuál es la distinción que realiza el observador en tanto que observador: por qué se ve esto y no lo otro, o por qué se ve de esta manera y no de otra.⁸³ Por tanto el giro historiográfico elabora la pregunta no de por qué se ve lo que se ve, sino por el cómo es que se ve lo que se ve,⁸⁴ siendo, la deconstrucción un giro, entre otros, que en la historiografía opera de manera similar para hacer la distinción de cómo se lee aquello que se lee.

Hay que situar, por tanto, el siguiente enunciado: un *giro deconstructivo* como estrategia de lectura de la historia, que así como la observación de observaciones, consiste en leer, no el pasado como algo observable sino las producciones escritas sobre ese pasado, una distinción de lectura dentro de varias posibilidades de observar la observación que está en los textos producidos por los historiadores; reiterándolo en otras palabras, se trata de una estrategia de lectura similar a la del giro historiográfico.

La deconstrucción es considerada hiperconceptual, y ciertamente lo es; en efecto, hace un gran consumo de los conceptos que produce así como de los que hereda, pero

⁸² *Ibid.*, p. 189.

⁸³ *Ibid.*, pp. 190 y 191.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 191.

sólo hasta el punto en que cierta escritura pensante excede la agarrada o el dominio conceptual. Entonces intenta pensar el límite del concepto, hasta padece la experiencia de este exceso, amorosamente se deja exceder. Es como un éxtasis del concepto: se lo goza hasta el desborde. (Y mañana que...)

El mismo Luhmann estableció en un momento dado las distinciones en un artículo: *La forma escritura*.⁸⁵ Sin embargo hay similitudes con la propuesta de observación de segundo orden y su distinción entre medio y forma. De hecho, en otro artículo, Luhmann menciona que su propia perspectiva de los sistemas sociales (la cual se hace desde una observación de observaciones) la caracteriza a partir de la operación de la comunicación, y que ésta es un presupuesto teórico de la diferencia. Como presupuesto parte de que sólo se puede ganar información cuando se parte de distinciones. Dentro de las teorías de la diferencia que trabajan bajo este presupuesto, Luhmann coloca a la lingüística de Saussure y la cibernética, entre otras.⁸⁶ Más específicamente, en su trabajo sobre el arte, Luhmann afirma que la cibernética de segundo orden “tiene mucha similitud con la crítica de los presupuestos de la metafísica ontológica que se discute hoy con el título ‘destrucción’ a partir de los trabajos de Jacques Derrida y de Paul de Mann.”⁸⁷

Sobre estas, afirma que la lectura se convierte en “observación”, o en el caso de la elaboración de textos propios, descripción. Señala que dentro de las teorías deconstructivistas, se plantean preguntas acerca de la “materialidad” de los objetos.

⁸⁵ Niklas Luhmann, “La forma escritura,” *Estudios sociológicos*, XX núm. 58, pp. 3-21.

⁸⁶ Niklas Luhmann, “La distinción: Dios,” *Teoría de los sistemas sociales II (Artículos)*, pp. 167-188.

⁸⁷ Niklas Luhmann, *El arte*, traducción inédita en proceso de publicación por Javier Torres Nafarrete, a quien agradezco mucho que me permitiera el acceso a sus borradores de la traducción, y cuyos comentarios he considerado importantes para situar aquí esta discusión entre Luhmann y Derrida. (Cito las páginas según borrador, pp. 39 y 40).

Materialidad que incorpora al cuerpo y produce efectos de tangibilidad. Además, que dentro de sus consideraciones esenciales subyace la crítica de este supuesto, es decir, la crítica de la supuesta distinción entre texto e interpretación, o entre objeto material y su descripción.⁸⁸ Como todas las distinciones, se presupone a sí misma como punto ciego, “el cual puede ser esclarecido con técnicas de deconstrucción y así dejar en claro por qué es indispensable.”⁸⁹

Para Luhmann, todo esto lo puede seguir sin dificultad la teoría de los sistemas que observan. Y lo que caracteriza al constructivismo, y al mismo tiempo lo limita es el efecto contra el presunto ser de la metafísica ontológica, en contra de la supuesta presencia del ser y en contra de su posible representación. Todo esto implica, para Luhmann que la disolución esté ocupada en confirmarse a sí misma a través de la autodisolución continua. “Todas las distinciones se pueden deconstruir sin problema si se pregunta por qué precisamente esas distinciones (y no otras) se apoyan en su propia ceguera para poder distinguir y designar algo específico.”⁹⁰ La similitud radica en esto, y sin embargo, obviamente para Luhmann, existen formas más elegantes y concluyentes dentro de la teoría de la observación de segundo orden: “formas que renuncian a las incompatibilidades existenciales establecidas por el mundo y que se limitan a observar las incompatibilidades de las operaciones de observación de un sistema.”⁹¹

Por último, en este texto Luhmann señala una reserva: en lo que concierne a la distinción propia de la teoría de los sistemas sociales, sistema/entorno, acepta la reserva de la deconstrucción, pero siempre y cuando señale qué ganancias de conocimiento se

⁸⁸ *Ibid.*, p. 40

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ *Ibid.*

⁹¹ *Ibid.*

obtienen cuando se renuncia a la deconstrucción de esta misma distinción sistema/entorno. La distinción percepción/comunicación, permite, como hacen los deconstructivistas que el concepto o más bien la distinción “leer” sea deconstruida y sustituida por el concepto de comunicación. Para Luhmann, estos pasos, a reserva de que puedan ser deconstruidos, hacen posible el establecimiento de una conexión de las teorías de la deconstrucción con las investigaciones empíricas que trabajan con el diseño de teoría de los sistemas. Por tanto, podríamos afirmar que la deconstrucción estaría trabajando también como una teoría de la diferencia.⁹²

En este contexto teórico, la propuesta del giro historiográfico, como la propone Mendiola, se sustenta en que la historiografía debe ser autoreflexiva y observar, esto es distinguir, sus propias distinciones al observar observaciones del pasado, posibilidad hecha desde la teoría general de los sistemas sociales de Luhmann. Por tanto, propone que la historiografía no puede lograr esta capacidad de autorreflexión, auto-observación y autodescripción de sus propias distinciones si no renuncia a sustentarse desde algún otro saber, como pudiera ser la filosofía, que no permitiría a la historiografía elaborar su propia autodescripción. De esta manera comparte con la deconstrucción el no ser, como afirma Mendiola para el giro historiográfico,⁹³ una teoría de la reflexibilidad, como las que ha construido la filosofía (y hay que recordar aquí que la deconstrucción no es una filosofía ni una propuesta que emane de ella, sino una posibilidad de lectura precisamente de la filosofía) que no permite auto-describirse. La deconstrucción no parte ni está limitada a la reflexión en la conciencia, pues precisamente se levanta como una crítica a

⁹² Niklas Luhmann, “La distinción: Dios,” *op. cit.*, p. 168.

⁹³ Para el giro historiográfico Mendiola enumera los problemas que han presentado las teorías de la reflexibilidad construidas por la filosofía, (Mendiola, “El giro historiográfico”, 193-194) las cuáles seguiremos a continuación para señalar las similitudes que la deconstrucción tiene con esta crítica y que comparte con la observación de segundo orden.

la filosofía de la conciencia centrada en la metafísica de la presencia; ha elaborado su propia no-definición de la escritura tratándola en el ámbito de la comunicación y no parte tampoco del presupuesto de que exista un observador (en este caso lector) fuera del mundo. La deconstrucción, como un giro reflexivo no sustenta la posibilidad de un sujeto trascendental, sino su imposibilidad afirmando radicalmente a un sujeto empírico, al igual que la observación de segundo orden. De alguna manera trabaja también con comunicaciones y no con conciencias. Otra similitud y motivo por el cual inserto a la deconstrucción como propuesta similar a la del giro historiográfico es que comparte la posibilidad de habilitar la argumentación por medio de paradojas.⁹⁴ Las nociones con las que trabaja la deconstrucción, tales como aporía, *différance*, huella e indecidibilidad, remiten constantemente a la paradoja, aunque ésta no se escriba necesariamente en enunciados que producen confusión en los niveles lógicos de la proposición, sino en metáforas.

Por tanto, el giro deconstructivo se puede sostener como propuesta similar a la del giro historiográfico, como una posibilidad exclusivamente de lectura para contribuir a la observación de observaciones del pasado, pues comparte elementos similares a los que otras modalidades de lectura propuestas por el giro historiográfico tienen. Además, cabe señalar que si bien Derrida trabaja de lado de la escritura, no ignora que ésta está posibilitada siempre en un medio que es la escritura impresa, acentuando precisamente toda la gama de posibilidades de lectura que una escritura tiene de acuerdo a los distintos medios y contextos no saturables e indeterminados, por lo que toda interpretación de la

⁹⁴ Para una breve exposición de este tipo de argumentación, véase el artículo de Alfonso Mendiola y la bibliografía que cita de George Spencer-Brown. (“El giro historiográfico,” *op. cit.*, p. 194).

“realidad” es siempre un indecidible, pues la realidad es producción, construcción y no algo independiente del sujeto.

He explotado en parte, sólo en parte, y en una especie de transacción continua, las posibilidades que el papel ofrece a la visibilidad, es decir, en primer lugar, a la simultaneidad, a la sinopsis, a la sincronía de lo que no pertenecerá jamás a un mismo tiempo: varias líneas o trayectos de discurso pueden de este modo cohabitar sobre la misma superficie, ofrecerse conjuntamente a la mirada en un tiempo que no es exactamente el de la proliferación unilineal, ni siquiera el de la lectura en voz baja, en una voz única. Cambiando de dimensión y plegándose a otras convenciones o contratos, algunas letras pueden entonces pertenecer a varias palabras: saltan por encima de su pertenencia inmediata. Enturbian entonces la idea misma de una superficie plana, o transparente, o translúcida o especular. (Papel Máquina)

¿Qué aporta la deconstrucción para leer libros de historia?

¿Qué ofrece la deconstrucción para la comprensión de textos de historia? ^{Valdría la} pena recordar que la pregunta se hace también situada históricamente, al ser este un trabajo de carácter historiográfico. **Para** responder a la pregunta habría que desarrollar extensamente varias consecuencias de la deconstrucción como estrategia de lectura. Aquí nos limitaremos a señalar algunos aspectos pertinentes para el análisis historiográfico.

La escritura, vista en términos derridianos, permite observar el texto como una textura. En tanto que textura, ésta lleva consigo lo que desde una hermenéutica de la recepción se denomina intertextualidad, lo que para la deconstrucción no sería más que el sistema de todas las diferencias, red de significaciones que remite y se entrecruza con otros textos, ininterrumpidamente e infinitamente y no como un *corpus* finito de escritura, enmarcada en un libro o en sus márgenes. ^{Disemina, pospone, desestabiliza, compone, difiere,}

desvía el sentido, atribuye significados, juega al azar y apuesta a la contingencia. Quiebra desde esta perspectiva la noción de intertextualidad. Un laberinto textual que acaba con la autonomía del texto, con su supuesta verdad y su orden lineal, anulando también la garantía del autor.⁹⁵

Porque si nos importa el papel y todavía por mucho tiempo, si le atañe a nuestro cuerpo, y a través de todos los sentidos, y de todos los fantasmas, es porque su economía siempre ha sido más que la de un medio (la de un simple medio de comunicación, la de la supuesta neutralidad de un soporte), pero también, paradójicamente, la pregunta que usted me hace lo sugiere, más que la de un multimedia. (Papel Máquina)

De esta noción de texto y escritura la historiografía puede ser leída como interpretación de interpretaciones, que pone atención a las fisuras del texto, que busca leer entre líneas y en los márgenes. Se trata de leer el libro de historia colocando el acento en sus puntos marginados y marginales. Una lectura deconstructiva que tome al texto y lo ponga en juego con esta red de significación, donde los textos y sus cadenas diferenciales sean leídos en sus discursos no centrales. Una nota al pie de página; un texto que no es considerado generalmente por la crítica o la academia por ser tenido como de poca importancia; un texto poco conocido; un comentario de pasada; la identificación de contradicciones de términos o conceptos en oposiciones jerárquicas, que permiten que en el discurso historiográfico, los nudos, puntos, márgenes y límites del propio se topen a través de sus enunciados, afirmaciones y explicaciones historiográficas, con su

⁹⁵ Se trata de la operación de un recorte de textos y de injertos regidos por la relación que se establece directa o indirectamente entre los textos en la textura misma del texto. (Cristina de Peretti, *op. cit.*, 146.)

*indecidibilidad*⁹⁶ de hallar, una verdad o un sentido de su discursividad. Pues ninguna decisión es posible como tal, ni en el sentido sobre un texto, ni en el sentido del sentido.

La deconstrucción la hemos de entender, por tanto, como una posibilidad de lectura de textos.^{Estrategia y azar, juego de doble pliegue.} No es una filosofía, ni un método, ni una política, ni una teoría, ni una teoría social, antropológica o historiográfica. Como estrategia de lectura, es como ya se observó, una *clausura*, que no fin, de la metafísica, y por ende de la hermenéutica sustentada principalmente en la metafísica de la presencia, del *logofonocentrismo*. Como *clausura*, su relación es al mismo tiempo que deuda, un luto.

No sólo aceptar dicha herencia, sino reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. No escogerla (porque lo que caracteriza la herencia es ante todo que no se la elige, es ella la que nos elige violentamente), sino escoger conservar la vida.

La experiencia de una “deconstrucción” nunca ocurre sin eso, sin amor, si prefiere esa palabra. Comienza por homenajear aquello, aquellos con los que “se las agarra”.

En los textos “deconstructores”, en apariencia encarnizados, que he escrito acerca de los autores de los que usted habló, siempre hay un momento en que declaro, con la mayor sinceridad, la admiración, la deuda, el

⁹⁶ Pérdida absoluta de su sentido, gasto sin reserva; un no-sentido, más allá del horizonte del saber absoluto, no-conceptos, en momentos impensables y no sostenibles. Conceptos que operan, pero que no pueden encerrarse en una definición al ser unidades de simulacro sin significado último, indecibles porque apuntan, incluso, a sentidos múltiples y contradictorios. (*Ibid.* p. 156) En un texto reciente, Derrida afirma que esa palabra de indecible se ha interpretado frecuentemente como parálisis, duda, o neutralización de manera negativa, pero no es así: “Para mí, lo indecible es la condición de la decisión, del acontecimiento, [y ejemplifica con la cuestión del deseo], es evidente que si yo supiese y pudiese decidir de antemano que el otro es efectivamente el otro identificable, accesible al movimiento de mi deseo, si no hubiese siempre el riesgo de que el otro no estuviese ahí, de que yo me confunda de dirección, de que mi deseo no llegue a su destino, de que el movimiento amoroso que destino al otro se extravié o no encuentre respuesta, si no hubiese ese riesgo marcado por la indecibilidad, no habría deseo. El deseo se abre a partir de esa indeterminación, que puede denominarse lo indecible. Por consiguiente creo que, lo mismo que la muerte, la indecibilidad, lo que denomino también la ‘destinerrancia’, la posibilidad que tiene un gesto de no llegar nunca a su destino, es la condición del movimiento de deseo que, de otro modo, moriría de antemano. Y concluyo de esto que lo indecible y todos los demás valores que se le pueden asociar son cualquier cosa menos negativos, paralizadores e inmovilizadores.” (Jacques Derrida, *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, p. 42).

reconocimiento y la necesidad de ser fiel a la herencia para reinterpretarla y reafirmarla interminablemente

Si la herencia nos asigna tareas contradictorias (recibir y sin embargo escoger, acoger lo que viene antes que nosotros y sin embargo reinterpretarlo, etc.), es porque da fe de nuestra finitud. Únicamente un ser finito hereda, y su finitud lo obliga. Lo obliga a recibir lo que es más grande y más viejo y más poderoso y más duradero que él. Pero la misma finitud obliga a escoger, a preferir, a sacrificar, a excluir, a dejar caer. Justamente para responder al llamado que lo precedió, para responderle y para responder de él, tanto en su nombre como en el de otro. (Y mañana que...)

En consecuencia, y para mayor claridad, si tuviese que hablar de algo así como los *procedimientos concretos* a emplear, estos implican, entre sus primeros aspectos, preguntarse por las estructuras metafísicas en las que está inmerso Edmundo O’Gorman, referirse a ellas estratégicamente hasta poder ver sus desajustes, sus fallas y sus límites. Esto involucra también delimitar sus opciones implícitas en su escritura con respecto a las estructuras metafísicas que habita. Preguntarse cuáles y a partir de qué construye sus juicios de valor que se pretenden como más coherentes.

A continuación, se pueden tomar frases o conceptos que no necesariamente sean parte del discurso central o de la argumentación supuestamente clave de la obra o de una parte de ella. ^{Por donde no pasa el ojo al recorrer un texto por estar ocupado en lo central, en las tesis o en los planteamientos considerados más importantes.}

A partir de esto, elaborar una serie de preguntas siguiendo, en un primer momento, algo así como el género comentario,⁹⁷ es decir, en ese “habitar” las estructuras para proceder a su desmontaje, seguir “fielmente” la intención del autor, ubicando las nociones, conceptos o frases en todo su aparato textual, posteriormente se

⁹⁷ Se puede entender el comentario en cuanto a su función al interior de los discursos. Michel Foucault lo entendió como uno de los mecanismos de *enrarecimiento* del discurso, junto a la función autor y a las reglas de las disciplinas teóricas. El comentario es entonces la función que establece el azar y las guías por las que debe transitar un discurso. (Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, *op. cit.*).

elabora las interrogaciones críticas. Especial atención requiere aquí la red de significaciones que utilizaremos, como las lecturas de Enrique Dussel y José Rabasa, entre otros, viendo cómo han leído a O’Gorman para establecer un puente de diálogo que permita hacer una lectura productiva de *La invención de América*.

Ahora bien, al interior de esta lectura, que va “jugando” al comentario, el proceso deconstructivo aparece al momento en que hay que seleccionar algunos de los varios conceptos “fundadores” de su discursividad, como por ejemplo, la oposición invención/descubrimiento, presencia/ausencia, narrativa/explicación histórica, entre otros. A continuación rodear dichos conceptos, marcar sus condiciones de posibilidad, el medio y los límites de su eficacia, dicho de otra forma, designar su pertenencia al engranaje que permite desmontar. ^{Porque el mismo engranaje contiene ya la posibilidad de su deconstrucción.} Con estas oposiciones jerárquicas, binarismos de la cultura occidental, se procede entonces, en una primera fase a invertir dicha jerarquía; como segunda fase, a marcar la distancia de la inversión, y por último; posibilitar la emergencia de un nuevo concepto que no se deje asimilar al régimen anterior.

La lectura de *La Invención de América*, entonces puede adquirir una interpretación más, que no esté anclada a un contexto saturado o total, sino que moviéndose entre distintos ámbitos discursivos o intertextos pueda hacer valer infinidad de posibilidades de ser leído, ^{la posibilidad de juego, azar y diferencia,} con lo cual se puede proponer la deconstrucción como una forma de análisis historiográfico, que indique cuál es y cómo está funcionando una obra al interior de un sector de la comunidad científica de los historiadores, y que muestre cómo una obra historiográfica de estas características puede ser leída.

*Para cada una, yo quería descubrir lo que usted llamó el “momento dogmático”, --el residuo de credulidad—para “deconstruirlo” respetando siempre la exigencia.
(Y mañana que...)*

Por lo tanto, algunas consecuencias que se desprenden de la deconstrucción aplicada a la historiografía son: 1) la crítica de la pretensión metafísica de un querer-decir el pasado de manera unívoca y absoluta; 2) la posibilidad de la contingencia del discurso histórico en tanto su posibilidad de repetición en la alteridad (iterabilidad); 3) la indecidibilidad del pasado, cuyos efectos impiden toda centralidad de la historia, en tanto que disciplina, como única forma de registro de la memoria, de explicación o de comprensión del pasado; 4) la anulación del referente, que sólo aparece como referencia *diferida*, en tanto que no hay referente último, pues su único referente es otro texto que remite a su vez a otro, etc., ^{huella de otra huella, economía general de la *différance*, red infinita de significantes,}; 5) los discursos históricos, como por ejemplo, los nacionales, no pueden estar fincados en una sola narrativa estandarizada, pues están conformados por múltiples narrativas; 6) la diversidad de regímenes de historicidad que constituye el límite de la disciplina de la historia; 7) la observación de los vacíos historiográficos (aquello que separa dos experiencias distintas de historicidad) que se dan entre una explicación historiográfica (científica) y una explicación de la alteridad, que permiten ver un pasado *dislocado*, no continuo consigo mismo; 8) Como estrategia de lectura permite claridad en las distinciones que se despliegan al realizar una lectura, pudiendo poner todo texto en juego con otros y señalar las distinciones que permiten una disseminación de interpretaciones; 9) la imposibilidad de seguir suponiendo un sujeto trascendental y postular a un observador empírico; 10) la argumentación por medio de paradojas que sitúa todo enunciado en

aquello que tiene de indecidibilidad; y 11) la tematización y radicalización de la escritura en tanto texto impreso.

La deconstrucción como propuesta de la diseminación, juego de las diferencias, aporta una estrategia de lectura en la interpretación de los textos de historia que *difiere* de la hermenéutica y que señala que el conocimiento, particularmente, el conocimiento histórico, no tiene fundamento ni base en una conciencia, ^{Después de la muerte de Dios (Nietzsche)}, de la muerte del hombre (Foucault), la muerte de la conciencia, que es un juego infinito de espejos que ilustran la imposibilidad de hacer presente la presencia y la verdad de ser pensada como un concepto, constituyéndose, ésta, en un indecidible.

Por eso la idea de herencia implica no sólo reafirmación y doble exhortación, sino a cada instante, en un contexto diferente, un filtrado, una elección, una estrategia. Un heredero no es solamente alguien que recibe, es alguien que escoge, y que se pone a prueba decidiendo. Todo texto es heterogéneo. También la herencia, en el sentido amplio pero preciso que doy a esa palabra, es un “texto”; la afirmación del heredero, naturalmente, consiste en su interpretación, en escoger. Él discierne de manera crítica, diferencia, y eso es lo que explica la movilidad de las alianzas. En ciertas situaciones soy aliado de Lacan contra otros; en otras, objeto a Lacan. No veo en eso ningún oportunismo, ningún relativismo. (Y mañana que...)

Deconstruir la obra en los espacios de recepción, de sus lecturas, no podrá tener, por tanto, la intención de la búsqueda del sentido o sentidos de la obra por parte de los historiadores, ni de lo que O’Gorman quiso decir, sino que intentará una lectura atendiendo a la contingencia de su propio discurso, poniendo el ojo en los desajustes textuales, las contradicciones, los márgenes, las fisuras textuales, una nota al pie de página, textos no considerados por la crítica, textos poco conocidos, etcétera, en el

espacio de interlocución para diseminar las interpretaciones. Dicho de otra forma, se tratará de poner en juego el laberinto textual, en donde texto y redes textuales sean leídos en sus discursos no centrales.

CAPÍTULO II

Puntos de fuga: Deconstruyendo La Invención de América.

Lo que todavía denomino “texto” por razones parcialmente estratégicas, no sería ya, desde este momento un corpus finito de escritura, un contenido enmarcado en un libro o en sus márgenes, sino una red diferencial, un tejido de huellas que remiten indefinidamente a algo otro, que están referidas a otras huellas diferenciales. A partir de ese momento, el texto desborda, pero sin ahogarlos en una homogeneidad indiferenciada, complicándolos, por el contrario, dividiendo y multiplicando el trazo.

-Jacques Derrida.

Des-dibujando bordes y centros

Este capítulo tiene como intención, recorrer el texto al interior y exterior de sus márgenes aunque ciertamente un texto es siempre la disolución de la diferencia entre un exterior y un interior, bordear el

espacio de su escritura y de la urdimbre textual ^{tejido} que lo disemina permanentemente. De esta manera el comienzo.

Comienzo por una cita: “Así fue como llegue a sospechar que la clave para resolver el problema de la aparición histórica de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el de un descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad” ¹ Es la escritura de la segunda versión ^{edición} de *La invención de América*. A esta afirmación le precede una pregunta presente en la primera versión de este libro: “¿Cuándo y cómo aparece América en la conciencia histórica? Esta cuestión, cuya respuesta obviamente supone la reconstrucción de un proceso que desde ahora voy a llamar el proceso ontológico americano, constituye la pregunta fundamental de este trabajo.” Se trata, dice más adelante, de “cómo el pensar europeo se inventó un ente geográfico –América-“. ²

Una temporalidad separa estas dos afirmaciones. ^{Entre una edición y otra no sólo media la distancia} histórica sino que vuelve imposible la noción de obra, autor y texto. ^{Entre un tiempo y otro tiempo se da el} mismo tono de la enunciación: el hallazgo de un descubrimiento ^{¿o se tratará también de una} invención?, y la certeza del sentido de la historia americana. También hay palabras en las que la lectura debiera detenerse. Van desde el nombre propio hasta la teoría que ofrece O’Gorman con este escrito, ^{o debo decir, escritos, o mejor, textos tejidos entre sí}. Estas afirmaciones vienen precedidas por unos trabajos previos y posteriores -según el caso de cada una de las ediciones-, por una historia de la historia de la aparición de eso que hoy tiene un

¹ Edmundo O’Gorman, *La invención*, 1977, p. 9.

² *La invención*, 1958, p. 12, 16.

nombre propio, América; y por un conjunto de reflexiones sobre el estado de la disciplina histórica, planteado como una crisis del discurso histórico.³

Nos encontramos aquí con el problema del nombre propio como palabra, nombre, la pregunta sobre su lugar en el sistema del lenguaje. Un nombre propio como marca no debería tener ningún significado, debería ser una mera referencia: pero puesto que es una palabra enganchada en la cadena de la lengua, siempre comienza a significar. El sentido contamina este sin sentido que se supone que debe mantenerse al margen; se supone que el nombre no significa nada, aún cuando comienza a significar. (Posiciones)

Lo que quiero señalar es que cada una de estas afirmaciones tienen de fondo un tono. El tono de una sospecha, ¿se trata de una hermenéutica de la sospecha? lo que le da una cierta fuerza a la enunciación. Invita a que la sospecha se vuelva un hallazgo seguro. Es el tono de un hallazgo, el tono propio de un historiador al menos aparentemente, porque pudiera ser también el tono de quien comunica la posibilidad de una clave. Y pensar en una clave, remite al trasfondo de un enigma por *de-velar*. Por lo tanto, es el tono de aquel que también ha hecho un descubrimiento, que ha pretendido lograr *de-velar* una verdad, y el acto de *de-velar* es propio de aquel, divinidad o médium, que *des-oculta* algo para que se haga visible, que ha pretendido *des-enmascarar* aquello que ha estado encubierto. El descubrimiento de una invención. Se trata entonces de una afirmación que se desplaza, por un cierto tono, a un descubrimiento. *Des-cubre* aquello que había estado *en-cubierto*: América es en realidad el resultado de una invención de la cultura occidental. Este tono *des-enmascarador* también pudiera ser el de aquel que ha inventado algo y nos comunica la invención de una invención. Un cierto

³ “Emprendí una investigación con el objeto de reconstruir la historia, no del ‘descubrimiento de América’, sino de la *idea de que América había sido descubierta*.” (*Ibid.*, p. 10). Véase además, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos, Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

tono que nos comparte una verdad como la construcción de una interpretación historiográfica. Comunica una interpretación que pretende correr, de algún modo, el velo que ha impedido ver la propia historia americana y que pretende con *La Invención de América* pensar de otra forma la crisis de la disciplina histórica de los años cincuenta en México.

Sea invención o descubrimiento, se verá más adelante, esta interpretación, precedida por la sospecha, se postula como clave en la resolución de un problema que es enunciado como el de una *aparición* lo que de la nada surge histórica. O’Gorman pregunta cómo *aparece* ¿surge, se muestra o se le encuentra? América en la conciencia histórica. Cuándo y cómo. Una temporalidad y un lugar ambos horizontes por reconstruir son las interrogaciones propias para proponer el descubrimiento de una invención. Para él, esta *aparición* histórica sólo se vuelve pensable desde una perspectiva ontológica, pues ésta permite comprender la historia como la producción del ser de una determina entidad. Pero, ¿a qué se refiere O’Gorman cuando escribe “historia dentro de una perspectiva ontológica”? ¿Que el ser de América no existe previamente a su invención, a su producción de sentido? La respuesta afirmativa a ésta última pregunta lo conduce a pensar que la historia es una producción de sentido. Una década antes, había dejado ver su fuerte crítica a la historiografía tradicional, la cual había venido dando por hecho la realidad en sí del pasado. Desplazaba ya una pregunta por otra: del qué es América (pregunta que presupone la realidad en sí) por la que se pregunta qué es en sí aquello que se denomina el descubrimiento de América (pregunta que presupone que eso que se llama América es una producción de sentido).⁴ Lo cual, hoy puede ser leído como que la realidad, el

⁴ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, pp. VIII y IX.

pasado y eso que adquirió el nombre propio de América no existe independientemente del observador.⁵

Escribir quiere decir injertar. Es la misma palabra. El decir de la cosa es devuelto a su ser-injertado. El injerto no sobreviene a lo propio de la cosa. No hay cosa como tampoco hay texto original. (La diseminación).

América es inventada después de que *aparece* a los ojos de ciertos navegantes y de esos cartógrafos que le dieron ser, según la hipótesis de O’Gorman. Una paradoja recorre este primer planteamiento, si se considera una palabra: lo que *aparece* también puede ser pensado en un cierto ámbito de lo religioso o de lo mágico, un ámbito del cual O’Gorman pretende estar lejos distinguiendo la noción de invención de la de creación. La primera será científicamente posible desde la perspectiva hermenéutica (invención como producto, donación de sentido). La segunda, sólo pensable providencialmente (creación, lo que de la nada surge por un medio sobrenatural). Se trata de una sustitución filosófica: teología por fenomenología. La cuestión del aparecer guarda más relación con lo espectral, con lo que viene sin ser llamado, con lo que se encuentra por alguna extraña casualidad. La fenomenología no es radicalmente, y por más que pretenda, ruptura con la teología, ésta última constituye su herencia, su lastre, lo rechazado.

De esta manera, y sin clarificar el sentido que da a la noción de *aparición* de esto que se llama América, O’Gorman trata de guardar distancia de lo que él llama “ámbito de la fe religiosa”,⁶ creencia, credibilidad, confianza pasiva, colocándose bajo el régimen de la fenomenología y de la escritura moderna de la historia, que ha desplazado al ámbito de la

⁵ La historiografía será para O’Gorman mediación (acceso) a la “realidad” del pasado. Sólo se llega a él a partir del conocimiento histórico. “En ese conocimiento está presupuesta la realidad por lo que nos interesamos, hemos de servirnos de él, en cuanto tal conocimiento, como vía de acceso a aquella realidad.” (*Ibid.*, p. 23)

ficción lo religioso, la metáfora y la literatura, ^{estas dos últimas, paradójicamente, de las que se sirve muy bien.}

Toma distancia, por tanto, de una cierta metafísica, que supone un ser, una esencia y una cierta presencia propia de toda entidad histórica, intangible; distancia de la cosificación a la que Ranke sumió al conocimiento histórico, bajo el presupuesto de que el hombre se ha interpretado a sí mismo en términos de sustancia y naturaleza. ⁷ *Aparición* que, según sostiene O’Gorman, es el resultado de un proceso productor, pues el ser de una entidad no es algo previo. Todo sentido dado está ligado a la vida. ^{Por eso es que para O’Gorman, ni el método ni la interpretación cancelan su vínculo con la historiografía, la cual es un modo del existir humano que encarna los más grandes anhelos de la búsqueda de la verdad.} Todo enunciado histórico es una interpretación que no exige una explicación, sino invita a ser comprendido. ⁸ Al amparo de la ontología, Edmundo O’Gorman sigue, sin embargo, en el camino de lo espectral, de lo metafísico. Una paradoja sitúa el sentido y una escritura marca el tono: se vuelve escritura de la historia.

Contribución teórica ofrecida por La invención de América.

La sospecha previa y su resultado interpretativo *des-cubierto* culminan con el planteamiento de una teoría. Con *La invención de América*, Edmundo O’Gorman ofrece una teoría circunscrita al quehacer de la historiografía. ^{Teoría de la historia e historiografía son indecibles, al no poder decidir definitivamente sobre la distinción entre una y otra.} *La invención de América* vislumbra en su trazo y en su observación del pasado un modo inédito, ^{no había sido reflexionado y no encontró tampoco demasiado eco,} de tratamiento de la historia para la década de los años cincuenta en México. Es de los primeros trabajos históricos que plantean una perspectiva historiográfica como investigación del pasado, para el tema de la historia de América, y

⁶ *La invención de América*, 1977, p. 9.

⁷ *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, p. 57.

en general, que acota los límites de la historiografía mexicana encarándola con la posibilidad de ser reflexiva y de aceptar la implicación del historiador en aquello que investiga. Sus planteamientos bordean perspectivas y modos de tratamiento críticos de la comprensión histórica moderna. Por todo lo anterior, estoy de acuerdo con la observación que hace Guillermo Zermeño, al respecto de O’Gorman, cuando indica que éste ofrece una crítica a esa epistemología basada en los hechos de la conciencia y problematiza el papel del sujeto-historiador en la producción del saber histórico, al romper con la ingenua idea de que América existía antes de la llegada de los europeos.⁹

Este es mi punto de partida: no se puede determinar ningún significado fuera de su contexto, pero ningún contexto permite la saturación. A lo que me estoy refiriendo aquí no es a la riqueza de la substancia, a su fertilidad semántica, sino a la estructura de lo restante o de la repetición. (“Living On: Border lines”)

Desde las primeras páginas de la primera edición, O’Gorman, recapitulando su trabajo anterior, *La idea del descubrimiento de América*,¹⁰ propone una teoría hermenéutica para la interpretación del pasado. Ésta se sostiene teóricamente a partir de su balance de la crisis y porvenir de la ciencia histórica.¹¹ Por todo lo que ya he señalado, recapitulo diciendo que ésta es delimitada de la siguiente manera: contra la idea de la historia que sostiene la existencia de un pasado como cosa en sí, y por tanto, de los hechos históricos como objeto de conocimiento independientemente de un punto de vista determinado, O’Gorman opone la idea de que toda interpretación del pasado, esto es, su significación, tiene como fuente un punto de vista adoptado siempre en función del

⁸ Ibid., pp. 13 y 14.

⁹ Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, p. 25.

¹⁰ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América*, *Op .cit.*

¹¹ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir*, *op. cit.*

horizonte cultural propio y en función de la pregunta con la que el historiador comienza su investigación, es decir, la pregunta por el presente desde el futuro, porque se trata, aún en el caso de O’Gorman, de una historia teleológica, que contribuye a la formación de la nación, pues para este historiador, el futuro está en la universalización de la cultura occidental como culminación de la humanización y el progreso. y en función de la subjetividad del intérprete. Pregunta que constituye el régimen de historicidad o más bien habría que decir, *régimen de memoria*, con lo cual se escaparía conceptualmente a la reducción de los diversos registros de memoria a uno sólo: el de la historia occidental al cual se circunscribe este historiador.¹²

François Hartog nombra tres tipos de regímenes de historicidad: 1) la historia maestra de vida, historia desde el pasado; 2) la historia futurista, teleológica, ontológica y determinada por la noción de progreso y evolución; y 3) la historia que busca las explicaciones en el presente mismo. La experiencia temporal que modela la experiencia del tiempo propio de O’Gorman, podría ubicarse en el segundo tipo, pero sólo a condición de su apuesta al proyecto moderno como progreso y su interpretación ontológica de la historia. Sin embargo, resulta indecible este régimen de historicidad, pues si la historiografía, para O’Gorman, está ligada a la vida en el tiempo presente, como una historia auténtica, lo está también determinada por el futuro, la ontología y las nociones de progreso y evolución.

Para O’Gorman, en perspectiva de lo que podría situarse como el segundo Heidegger,¹³ la interpretación histórica produce, *da* sentido a todo ente que se encuentra en el mundo

¹² Esto es, “la formulación inteligente de la experiencia del tiempo que modela nuestra manera de decir y vivir nuestro propio tiempo” (François Hartog, “Temps e histoire. Comment écrire l’histoire de France?” en *Annales E. S. C.*, No. 6, 1995, pp. 1219-1236, pp. 1220-1. Citado por Norma Durán, *Historiografía grecolatina y medieval*, p. 46)

¹³ Edmundo O’Gorman lee a Heidegger directamente, mediado por los cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM impartidos por José Gaos —primer traductor de la obra de Heidegger al español. Es la década en la que O’Gorman escribe *Crisis y Porvenir de la ciencia histórica*.

circunspectivo.¹⁴ Ningún ente¹⁵ tiene un ser previo, éste es producido por el comprender de un *Dasein*¹⁶ en el mundo.¹⁷ Dicho de otro modo, el mundo sólo existe como atribución de sentido. El privilegio de un segundo Heidegger sobre un primero. Al hilo de estos textos presupuestos, para O’Gorman, América no pudo haber sido descubierta, porque no existe como cosa en sí. Pensar en un descubrimiento de América sólo sería posible como un hecho en sí, y como algo que sólo puede ser descubierto porque se tiene conciencia previa de su existencia; y esto implicaría la creencia en un ser de América ya plenamente constituido y predeterminado. Y sin embargo O’Gorman mantiene el tono de su enunciación como el trato de un descubrimiento. *La invención de América* constituye, para este historiador, un proceso ontológico productor de entidades históricas. Es el resultado de una producción de sentido activada por el “hombre europeo” del siglo XVI, si es posible que se puede hablar de algo así como un “hombre europeo”.

La argumentación se desarrolla y descansa en la reconstrucción del horizonte de comprensión del mundo del “hombre europeo del siglo XVI”. O’Gorman contextualiza

¹⁴ A diferencia del primer Heidegger, es decir, el Heidegger de antes de *Ser y Tiempo*, aquel que hace una relectura de Aristóteles, asume la pregunta por el ser. Pregunta que es interrogada a partir de la experiencia fáctica del *Dasein* que se mueve en el ámbito de los objetos producidos. El horizonte de la experiencia originaria del ser, según Heidegger, no se da en el ámbito ontológico de las cosas, concebidas teóricamente en su contenido real, sino que está remitido al mundo que comparece en el trato de la producción, de la ejecución y del uso de los objetos producidos. “Ser significa *ser-producido*, y en cuanto producido [...] también significa estar-disponible” (Martín Heidegger, *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles. Indicación de la situación hermenéutica [Informe Natrop]*, p. 57)

¹⁵ Hay que recordar que para Heidegger, ente es todo aquello de lo que se habla, lo que se nombra, lo que somos nosotros mismos y el modo como lo somos. (Martín Heidegger, *Ser y Tiempo*, p.30.)

¹⁶ *Dasein* había sido traducida como ser-ahí. Jorge Eduardo Rivera, traductor de la nueva versión de *Ser y Tiempo*, indica que esta es una palabra polisémica, que literalmente significa existencia, pero que Heidegger la usa en el sentido de existencia humana, refiriéndose al ser humano, en tanto que éste está abierto a sí mismo, al mundo y a los demás seres humanos. También, indica, *Dasein* alude al abrirse del ser mismo, a su irrupción en el ser humano. (Jorge Eduardo Rivera, “nota de la traducción”, Martín Heidegger, *Ibid.*, p. 454.)

¹⁷ Ya en el primer Heidegger, en perspectiva de una ontología fenomenológica, el ver siempre está incluido en una determinada situación hermenéutica, en tanto fáctica. A esto Heidegger llama horizonte previo de comprensión. Éste incluye las cosas del mundo, las personas que comparten el mundo y el mundo propio de cada *Dasein*. (Jesús Adrián Escudero, “Prólogo” en Martín Heidegger, *Interpretaciones fenomenológicas*

este mundo para demostrar que la concepción geográfica e histórica que se tenía hacía ver el equívoco de un descubrimiento e impidió ver que Europa produjo a América a su imagen y semejanza, como dice este historiador; impidió ver que fue el resultado de un complejo proceso ideológico que le concedió a esta masa de tierra un sentido peculiar: el ser una cuarta parte del mundo.¹⁸ Ideología que O’Gorman caracteriza como propia de un mundo cristiano occidental, imbuido de una concepción del mundo teológica, cuyo efecto de sentido y experiencia recae en el orden moral. La teoría o’gormaniana propone, en suma, una hermenéutica, cuyo límite operativo propio a partir del “colapso hermenéutico” del siglo XIX,¹⁹ es el de privilegiar los efectos de sentido en detrimento de los efectos de tangibilidad, de experiencia. Por tanto, para este historiador, la historiografía sobre América no puede seguir descansando en un equívoco. Sería completamente falso seguir pensando en un “descubrimiento” de América como parte de una explicación histórica que permita pensar el presente en función del futuro.

Antes de precisar las consecuencias inevitables de estos rasgos nucleares de toda escritura (a saber: 1) la ruptura con el horizonte de la comunicación de las conciencias o de la presencia o como transporte lingüístico o semántico del querer-decir; 2) la sustracción de toda escritura al horizonte semántico o al horizonte hermenéutico que, en tanto al menos que horizonte de sentido, se deja estallar por la escritura; 3) la necesidad de separar, de alguna manera, del concepto de polisemia lo que he llamado en otra parte diseminación y que es también el concepto de la escritura; 4) la descalificación o el límite del concepto de contexto, “real” o “lingüístico”, del que la escritura hace imposibles la determinación teórica o la saturación empírica o insuficientes con todo rigor), yo quería demostrar que los rasgos que se pueden reconocer en el concepto clásico y rigurosamente definido de escritura son generalizables.

op .cit., p. 21.) Heidegger afirmó: “La vida fáctica se mueve en todo momento en un determinado *estado de interpretación* heredado, revisado o elaborado de nuevo” (Martín Heidegger, *Ibid.*, p. 37).

¹⁸ *Ibid.*, pp. 135-136.

¹⁹ Véase capítulo 1 , p. 41.

Serían válidos no sólo para todos los órdenes de signos y para todos los lenguajes en general, sino incluso, más allá de la comunicación semio-lingüística, para todo el campo de lo que la filosofía llamaría la experiencia, incluso la experiencia del ser; la llamada “presencia”. (“Firma, acontecimiento, contexto”)

En contraste, la historiografía sobre América generalmente había venido escribiendo que ésta había aparecido a los europeos, como el resultado de un descubrimiento, bien realizado éste como producto de una intención, o bien como producto de una casualidad; bien a partir de supuesto providencialista, o bien, a partir de un idealismo histórico y positivismo, como abundantemente lo señala O’Gorman en su texto.²⁰ Así se había venido definiendo aquello de lo que da cuenta esta obra. Había venido siendo un espacio historiográfico, un *espacio legible*, seguro, una narrativa estandarizada universalmente

²⁰ O’Gorman, pp.18-49. Esta demostración es argumentada a partir de lo que O’Gorman llama historización de la idea del descubrimiento de América, que va demostrando cómo se fue inventando esta afirmación como una idea. Con la llamada “leyenda del piloto anónimo”, que como rumor fue recogido por Las Casas, O’Gorman afirma que la idea de descubrimiento nace con la concepción de un viaje como empresa de descubrimiento por parte de Colón quien prestó atención al rumor, y no como la intención de una nueva ruta. De este modo, señala nuestro autor, el descubrimiento debería ser atribuido al “piloto anónimo”. Con Fernández de Oviedo, se vuelve a confirmar la empresa de Colón como descubridor. El argumento de O’Gorman es que para que Colón realizara un descubrimiento debió haber tenido conciencia del ser de eso cuya existencia reveló. Sin embargo, Oviedo sale al paso con el argumento de que Colón la tuvo, gracias a su lectura de libros antiguos. Estas dos posiciones son conciliadas por Fernando Colón, quien afirmó que la idea de nuevas tierras fue deducida científicamente por su padre como hipótesis a comprobar. Con esto O’Gorman plantea una crisis de la idea del descubrimiento y las propone como ideas providencialistas. Para el siglo XVII, O’Gorman recoge el planteamiento que hace Herrera en sus *Décadas*, como intento de salir de la polémica sobre el descubrimiento. Este texto también le atribuye dicha conciencia, pero ésta, como el resultado del tercer viaje de Colón. Para el siglo XVIII, la introducción a la *Crónica de Michoacán*, escrita por Beaumont, sigue defendiendo los viajes de Colón como una empresa científica. En este mismo siglo una historiografía continúa defendiendo la misma hipótesis, con la diferencia de que en busca de un nuevo continente, Colón creyó llegar a la India. A principios del XIX, Navarrete, Irving y Humboldt, siguen con sus palpables diferencias atribuyéndole intencionalidad a Colón, por lo cual éste debe ser considerado como el descubridor de América. En el caso de Humboldt, cabe señalar que O’Gorman le atribuye una concepción dada a partir del idealismo histórico, pues sostiene que Colón descubrió América, bajo los designios de la historia y su marcha hacia el progreso. Por su parte, la historiografía contemporánea continúa enfatizando el objetivo asiático, pero, el descubrimiento fue casual y debe ser atribuido a Colón. El autor de *La invención de América* llega así a su tesis principal: “El mal que está en la raíz de todo el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, consiste en que se ha supuesto que ese trozo de materia cósmica que ahora conocemos como el continente americano ha sido desde siempre, cuando en realidad no lo ha sido sino a partir del momento en que se le concedió esa significación, y dejará de serlo el día en que, por algún cambio en la actual concepción del mundo, ya no se le conceda.” (O’Gorman, p. 49.)

aceptada. La defensa del descubrimiento de América, viva completamente en la historiografía americana y celebrada consecutivamente como uno de los más grandes descubrimientos.

Esta narrativa historiográfica a la cual se opone la propuesta teórica de O’Gorman, había venido situándose en lo que podría llamar aquí, una *narrativa de los grandes descubrimientos*, construida principalmente por el siglo XIX.²¹ Esta narrativa forma parte del gran relato historiográfico moderno mexicano y americano; además, instaura una cierta lectura del pasado y de sus fuentes. Como muestra Guillermo Zermeño, al declinar el régimen de historicidad como “maestra de vida”, la modernidad se piensa desde el futuro no acontecido, se sitúa a la espera de un no-lugar. La modernidad fabrica ciertos tipos de narrativas que contienen, por una parte una recuperación del pasado, y por otra, un deseo de futuro. El relato histórico busca legitimarse en ese pasado y al mismo tiempo proyectar a la nación hacia el futuro.²² Ese rechazo de la tradición propio de la modernidad, ambivalente, confuso y complejo que funda las identidades nacionales en una aporía: ser moderno, y que la tradición se insinúe siempre en los márgenes, como una enunciación constante, siempre latente, como lo no-dicho que la cuestiona. De esta manera, la narrativa de los grandes descubrimientos, al interior del discurso histórico

²¹ Defino por narrativa de los grandes descubrimientos, un singular colectivo propio del mismo régimen moderno de historicidad, que busca dar cuenta de todo logro humano encaminado a producir civilización y progreso. Esta narrativa, bien puede insertarse al interior de la misma historiografía moderna, la cual, particularmente en el siglo XIX, busca marcar la diferencia con ese pasado rechazado (lo medieval, y en el caso de México, lo colonial). El futuro no acontecido, en tanto que progreso es el fin, y a éste se llega también a partir de los grandes descubrimientos. Concretamente esta narrativa es un tema propio de la historiografía moderna en general, de la literatura, la filosofía, la antropología, etcétera. En el caso mexicano constituye, incluso, un *a priori* determinante por el cual están atravesadas las historiografías desde mediados del XIX hasta buena parte del siglo XX, no importando si se trata de historias políticas, sociales o culturales; biografías, compilaciones, enciclopedias o diccionarios históricos. Como ejemplo se puede evocar aquí el título *México a través de los siglos*, como el testimonio de la Gran Marcha hacia el progreso como instauraciones de ruptura con la tradición, con lo viejo, y en que se resaltan los grandes descubrimientos. Un ejemplo contemporáneo lo tenemos con el título, *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes* (Jean Favier), texto que sigue hurgando en el pasado a partir de esta narrativa que marca cambios y rupturas, con el fin de llegar al progreso y civilización de la humanidad. Otro elemento que considero importante para definir esta narrativa al interior de la historiografía en general es el de que está ligada a la constitución de los estados nación modernos, quienes son los más interesados en construir relatos de civilización, progreso y grandes logros como construcción de la identidad, el orden y la libertad.

²² Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, op. cit., p. 64.

contribuye a consolidar los lazos identitarios y a proyectar a la nación hacia su modernidad y progreso. “Conforma el imaginario de la nación a partir de un relato.”²³

Para el Occidente europeo el hecho del descubrimiento de América es una narrativa fundamental en la constitución de su propia identidad. Como narrativa interna a la gran narrativa de la nación, busca refrendar el hecho de que los descubrimientos producen civilización y sólo competen al hombre, cuyo ser va siempre en camino a la perfección. Atraviesa la historiografía mexicana para impulsar en México las emergentes ciencias antropológicas y arqueológicas en busca de los orígenes de la nación. Legitima todo proyecto técnico y científico. Esta narrativa se mueve en la construcción de una identidad mexicana que produzca sujetos que descubran, progresen y contribuyan a consolidar la modernidad mexicana tan ansiada por el Estado-nación emergente del XIX.

Pero como la escritura de la historia no va desligada de una práctica de lectura, esta narrativa de los grandes descubrimientos va acompañada de una interpretación historiográfica. Los cronistas serán leídos por éste régimen de historicidad con el ojo del progreso y del logro humano. La historiografía producida en el mismo siglo XIX privilegiará una lectura que enfatice el cambio y la ruptura con el régimen colonial anterior, y posteriormente con la que producen los “conservadores” que se oponen a Juárez. Buscará producir el efecto de un todo, una nación, un mexicano y una idea: el progreso. Así, todo descubrimiento es central en la gran marcha de la historia. El siglo XX, a su vez, tiende a reproducir la misma narrativa estandarizada a partir de la mirada de la consolidación del Estado-nación.

He mencionado, además, que la teoría que presupone O’Gorman, cuestiona hasta cierto punto, una desviación en las producciones historiográficas de tema americano que

²³ *Ibid.*, p. 65.

construyeron toda una narrativa del descubrimiento de América. Hoy sabemos que la discursividad ilustrada produce un mundo americano de distintos matices, malo, bueno, salvaje; y lo produce como su *otro* para volverlo lo *mismo*. Reproduce las oposiciones jerárquicas producto del pensamiento logocéntrico occidental: bueno/malo, sujeto/objeto, voz/escritura, civilización/atraso, orden/desorden, progreso/permanencia, etc. Oposiciones que suponen una forma de relacionarse con el mundo, de conocerlo y de aprehenderlo. El siglo XIX continúa por esta narrativa desde el mismo Estado-nación emergente y dislocado, mientras que por su parte el siglo XX reproduce, sin más, nuevamente, la misma narrativa. Cuestionar esta gran narrativa sobre América, permite pensar a *La invención*, también como una historiografía que se mueve en los márgenes de un discurso historiográfico hegemónico en México, y quizá en América en general.

Amerigo Vespucci el descubridor llega del mar. De pie, y revestido con coraza, como un cruzado, lleva las armas europeas del sentido y tiene detrás de sí los navíos que traerán al Occidente los tesoros de un paraíso. Frente a él, la india América, mujer acostada, desnuda, presencia innominada de la diferencia, cuerpo que despierta en un espacio de vegetaciones y animales exóticos. Escena inaugural. Después de un momento de estupor en ese umbral flanqueado por una columnata de árboles, el conquistador va a escribir el cuerpo de la otra y trazar en él su propia historia. Va a hacer de ella el cuerpo historiado – el blasón– de sus trabajos y de sus fantasmas. Ella será América “latina”. (Michel de Certeau, La escritura de la historia).

Así, *La invención de América* ha producido la invención de una invención, pues América constituye el doble, el replicante occidental. Esto significa, me parece, el logro más importante de la obra de Edmundo O’Gorman. Y entonces nos preguntamos, en este sistema discursivo, en esta narrativa, ¿dónde están las fisuras, dónde están los límites?

Desdibujando los bordes, podremos esbozarlo como un *quizá*. Respuesta indecidible a la pregunta por la invención.

Esta imagen erótica y guerrera tiene un valor casi mítico, pues representa el comienzo de un nuevo funcionamiento occidental de la escritura [...] –un cuerpo desconocido destinado a llevar el nombre de su inventor (Amerigo). Pero lo que esboza de esta manera es una colonización del cuerpo por el discurso del poder, la escritura conquistadora que va a utilizar al Nuevo Mundo como una página en blanco (salvaje) donde escribirá el querer occidental. Esta escritura transforma el espacio del otro en un campo de expansión para un sistema de producción. Partiendo de una ruptura entre un sujeto y el objeto de su operación, entre un querer escribir y un cuerpo escrito (o por escribir), la escritura fabrica la historia occidental. La escritura de la historia es el estudio de la escritura como práctica histórica. (Michel de Certeau, La escritura de la historia).

Intersecciones: riesgos, cuestiones

Hasta aquí, he establecido en mi lectura de O’Gorman, una oposición: la teoría hermenéutica que propone la historia de América como una invención, como atribución de sentido, a la historia de América como descubrimiento insertada al interior de la narrativa de los grandes descubrimientos que producen civilización, progreso y que conforman los Estados-nación. ¿La invención de América y la narrativa de los grandes descubrimientos realmente se oponen como narrativas historiográficas, en donde la primera cancela la segunda, o al menos invita a realizar ese gesto?

Como resulta ya evidente, entre un cierto número de afirmaciones que he dicho desde el comienzo de este trabajo, al respecto de la obra estudiada, Edmundo O’Gorman abre un debate historiográfico en la crítica que realiza. Se inscribe, dentro de ciertos presupuestos propios, en la misma historiografía que cuestiona, perjudicándose a sí mismo: narrativa historiográfica moderna que conforma la identidad, ciudadanía y

nación, en función del progreso y el futuro abierto como horizonte de llegada; inéditamente y con perspectiva crítica, por supuesto, ^{si acaso lo inédito no resulta ya en sí mismo una contradicción.} Situado, atravesado, condicionado, este discurso histórico, es también una construcción narrativa de la Nación, de una nación que no encaja en las interpretaciones historiográficas tradicionales, de un proyecto de nación sustentado en una historia auténtica como posibilidad de un verdadero ser, en el sentido que Heidegger da a estas nociones. Con todo esto, O’Gorman pone énfasis ^{empuja} en la realización de un posible gesto por parte de la historiografía mexicana: reflexionar sobre su propio que hacer frente a una crisis generalizada estableciendo los límites de aquello que da cuenta: la historia de América. Reflexión que se sostiene al hilo de la pregunta heideggeriana por el ser, y que ahora diseccionaré, para ver como O’Gorman propone la estabilización de un sentido del ser de América.

Disección, deconstrucción, sentido.

Esta amplia obra ^{prefiero no decidir aún por una realidad tal, convencionalmente he de referirme a un cierto conjunto de textos, como decía Foucault, más como una cierta función en el orden del discurso, aquí, el de mi propio discurso constituida por una cadena de signos diferenciados, al interior y su exterior} ^{pues ya he dicho que podría hacerse otra lectura de la misma obra desde Hegel, y produciría un sentido distinto a la que realizo desde Heidegger}, *(Fundamentos de la Historia de América,* ²⁴ *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* ²⁵ “La conciencia histórica en la Edad Media” en *Del cristianismo y la Edad Media,* ²⁶ *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus*

²⁴ Edmundo O’Gorman, 1942.

²⁵ *Op. cit.*

²⁶ *Ibid.*, 1943.

fundamentos,²⁷ *Dos concepciones de la tarea histórica con motivo de la “Idea del descubrimiento de América”*,²⁸ *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*,²⁹ *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*,³⁰ *The invention of America. An inquiry on the historical nature of the New World and the meaning of its history*, *A inveçao da America*,³¹ *México, El trauma de su historia, —y sólo he elegido arbitrariamente mi propia cadena de signos, ya que pudiera establecerse otra en función de otros criterios—*³²) que abarca cientos de páginas,³³ culmina con la *historización* contextualización del horizonte cultural propio del siglo XVI, tomado como *contexto* del proceso de la invención de América. *Contexto* asumido como *total*, para hacer depender de él la argumentación posterior: el proceso de la invención y las afirmaciones de la última parte, que constituyen el sentido estable de esta historia de América.

Un signo escrito, en el sentido corriente de la palabra, es así, una marca que permanece, que no se agota en el presente de su inscripción y que puede dar lugar a una repetición en la ausencia y más allá de la presencia del sujeto empíricamente determinado que en un contexto dado la ha emitido o producido. (“Firma, acontecimiento, contexto”).

Observar que todo el sentido del proyecto que culmina con *La invención de América* se funda en un capítulo de menos de 20 páginas cuyo presupuesto teórico he desarrollado ya por tejidos; al observar que este capítulo, tan breve, presupone una cierta

²⁷ *Ibid.*, 1951.

²⁸ *Ibid.*, 1955.

²⁹ *Ibid.*, 1958.

³⁰ *Ibid.*, 1977.

³¹ *Ibid.*, 1992.

³² *Ibid.*, 1985.

³³ Tomo como resultado, lo que O’Gorman decidió establecer como cierre, como versión definitiva del sentido de su interpretación de la historia de América, la versión de *La invención de América* de 1977.

lectura de un cierto Heidegger — y por supuesto de un cierto Hegel que llevaría a otra lectura, además de toda la gama de encadenamientos propios de la multiplicidad inabarcable de presupuestos, autores y teorías que encierra esta obra. Al considerar que esta obra se propone como posibilidad estable para pensar el sentido del ser de América y la universalización de la cultura de occidente; considerar que la reconstrucción de contexto y presupuesto teórico implican una serie de construcciones problemáticas como *horizonte cultural*, *ser de América* como cosa en sí; y al considerar que la noción de *representación* implícita recorre también toda la obra; me ha llevado a algunos planteamientos de lectura: ¿qué lectura de Heidegger pudo hacer O’Gorman? ¿A que se redujo? ¿A qué elementos se circunscribió? ¿Es una *interpretación*³⁴ adecuada, justificada, la que propone para pensar la historia, y con ella, la historia del verdadero ser de América? ¿América, como una invención de la cultura occidental, tiene relación con la totalidad histórica construida por O’Gorman? Por tanto, ¿queda determinado el sentido estable del ser de América como producto del ojo observador, donador del sentido propio de la cultura occidental? Al plantearse que América es el resultado de un proceso de invención, por parte de Occidente, ¿se agota esta significación en su historicidad, es decir, se agota el sentido del ser de América a partir de ese contexto, y lo que O’Gorman propone como representación del mundo occidental?

³⁴ En varias lecturas que hace Derrida de algunos filósofos, no cesa de clarificar lo que va entendiendo en uno u otro momento por interpretación, según la intención o forma de lectura que realiza. Cuando lee cómo Foucault lee a su vez a Descartes, clarifica que —esta observación de segundo orden, como la llamo yo en el sentido de Luhmann—, entiende por interpretación, un cierto paso, una cierta relación semántica entre lo que un autor ha dicho, o que un segundo lector cree que ha dicho o querido decir, y una cierta estructura histórica como totalidad llena de sentido, que se puede señalar en particular a través de lo que el autor ha querido decir; es decir una hermenéutica propiamente dicho. Entender así la interpretación como un momento de lectura, implica pensar si lo que se llama signo se ha comprendido bien, es decir si se ha entendido bien lo que un autor ha querido decir o ha dicho, lo que implica un acercamiento al sentido patente antes que al latente —un hablar la misma lengua—. (Jacques Derrida, “Cogito e historia de la locura” en *La escritura y la diferencia*, p. 49.)

Un signo escrito comporta una fuerza de ruptura con su contexto, es decir, el conjunto de las presencias que organizan el momento de su inscripción. [...] Si se trata de un contexto denominado "real", lo que acabo de adelantar es muy evidente. Forman parte de este pretendido contexto real un cierto "presente" de la inscripción, la presencia del escritor en lo que ha escrito, todo el medio ambiente y el horizonte de su experiencia y sobre todo la intención, el querer decir, que animaría en un momento dado su inscripción. Pertenece al signo el ser lisible con derecho incluso si el momento de su producción se ha perdido irremediablemente e incluso si no sé lo que su pretendido autor-escritor ha querido decir en conciencia y en intención en el momento en que ha escrito, es decir, abandonado a su deriva, esencial. Tratándose ahora del contexto semiótico e interno, la fuerza de ruptura no es menor: a causa de su iterabilidad esencial, siempre podemos tomar un sintagma escrito fuera del encadenamiento en el que está tomado o dado, sin hacerle perder toda posibilidad de funcionamiento, si no toda posibilidad de "comunicación" precisamente. Podemos, llegado el caso, reconocerle otras inscribiéndolo o injertándolo en otras cadenas. ("Firma, acontecimiento, contexto")

En *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, Edmundo O’Gorman comienza el proyecto de su historia sobre la historiografía de América. Leído desde este tiempo presente, uno tiene la sensación de estar excavando una de las capas más bajas de *La invención de América*. No se trata, por supuesto, de la capa originaria. Eso sería como creer que este libro es el antecedente teórico, o la causa misma de un efecto posterior discursivo. Sólo se trata de una sensación. Al no considerar este texto como el presupuesto teórico originario, habría que pensarlo sólo como el hilo de un amplio tejido que compone la producción historiográfica de O’Gorman. Siendo sólo una de las capas, siendo sólo un hilo del tejido, me permite leer sesgadamente la propuesta teórica historiográfica de este historiador. El sesgo consistirá, entonces, en leer *La invención de América* de una cierta manera, esto es, haciéndola depender de uno de sus presupuestos,

como si fuesen un fundamento. Así, dicho texto correría como uno de los ejes que atraviesa la obra posterior de O’Gorman para hacerle decir sólo algunas cosas, para hacerle ver sólo algunos desajustes en una de las cadenas de signos en las que se puede leer. Lo que significa que, en adelante, dichos desajustes sólo pueden ser comprendidos en relación a la obra anterior, pudiendo haber otros, dependiendo la cadena que se siga.

Crisis y Porvenir de la ciencia histórica. Leído como un título enuncia un síntoma de la ciencia histórica y ofrece un diagnóstico para cerrar con el tratamiento propuesto. Leído como el enunciado de una tesis principal del libro, parece ser la conclusión y posibilidad de un futuro no acontecido. Si hubiera que leerlas como sustantivos, por lo menos las dos primeras palabras, designarían más que un síntoma y un tratamiento dos objetos en los cuales reflexionar. ^{Leído de cualquier manera, enuncia las diseminaciones.}

La noción de crisis (*krisiō*) en la ciencia histórica, es decir, al interior de una práctica, una disciplina y una escritura podría connotar una separación. La pregunta sería, ¿de qué esta separada? Si uno se remite a *krisiō* como distinción podría significar que esta situación de la ciencia histórica está en posibilidad de observarse a sí misma. *krisiō* puede significar un disentimiento, y por supuesto que si algo deja ver este texto es precisamente el desacuerdo de este historiador con respecto a la situación que guarda la ciencia histórica en México en la primera mitad del siglo XX. *krisiō* también remite a una disputa. En este sentido este texto es precisamente lo que abre, lo que marca, lo que despliega al interior de la propia disciplina. Se disputa por la ciencia histórica, por lo que ella padece, sufre, en fin por su propia situación. Como juicio o resolución, *krisiō* remite al desenlace, resultado, lo cual implicará que este título ya ofrece un veredicto sobre aquello que trata, cerrando el sentido y la discusión de lo que habrá de ser leído. *krisiō*

también lleva el tono de una sentencia o condenación. Sumado al juicio, al veredicto, la condena es enunciada desde el comienzo y la purga puede consistir en aquello que está por-venir. Incluso, la misma noción de *krisiō* puede remitir a la interpretación de un sueño, lo que haría que este libro fuese la profecía dada como sentencia a la ciencia histórica. La jurídica podría insistir en más significantes: acusación, proceso, derecho, justicia, castigo, tribunal de justicia. En fin, la cadena de significantes puede hacerse tan grande, según los manuales o diccionarios de los que se disponga para indagar sobre esta palabra. Me quedaré sólo con este significante: *krisiō* también remite a una elección, a una decisión. En lenguaje médico, al momento de la decisión de una enfermedad. Y este significante está encadenado a la siguiente palabra: porvenir.

Porvenir, por-venir, por venir de la ciencia histórica. Remite a una espera, la espera que es segura según el trazo de un proyecto. Por-venir, aquello que viene, que se hace presente en la espera. Leído de una cierta manera, podría decir que la ciencia histórica, la auténtica o la verdadera esta por venir.

La invención de América, es precedida pues, por una situación: el momento de una decisión por el por-venir, por venir o por el porvenir de la ciencia histórica, lo que viene o es ya futuro no acontecido hecho presente. El momento constituye el instante que debiera mantenerse indecidible, y que sin embargo decide por el verdadero por-venir. La seguridad del sentido del verdadero ser americano, del sentido de una auténtica historia de América. La *krisiō* de la ciencia histórica acusada por O’Gorman, permite que interroge más a fondo a un testigo, o más bien, a una de las posibilidades de lectura: Martín Heidegger.

Esta fuerza de ruptura se refiere al espaciamiento que constituye el signo escrito: espaciamiento que lo separa de los otros elementos de la cadena contextual interna (posibilidad siempre abierta de ser sacado y ser injertado), pero también de todas las formas de referente presente (pasado o porvenir en la forma modificada del presente pasado o porvenir), objetivo o subjetivo. (“Firma, acontecimiento, contexto”)

Siguiendo este tejido, esta red de significantes, *Ser y tiempo* aparece como constitutivo de un procedimiento y de ese *por-venir*, futuro no acontecido de la historia. Como procedimiento tiene en cuenta que cuando se pone en cuestión el ser exige un modo particular de ser mostrado, que se distingue esencialmente del descubrimiento del ente.³⁵ Una lectura sobre lo patente muestra que lo decisivo de Heidegger es el giro fenomenológico tomado de Husserl de ir a las cosas mismas, que le proporcionó las *Investigaciones Lógicas*. *Ser y Tiempo* constituye el primer momento de una ontología fenomenológica: aquello que se muestra tal como se muestra desde sí mismo, que se deja ver desde sí mismo.³⁶ Para Heidegger, el ente se comprende como aparición que se manifiesta en el logoñ, lo que hace patente ese ir a las cosas mismas. Según Waldenfels, Heidegger opera una ruptura con una fenomenología hermenéutica propia de Husserl para sustituirla con una hermenéutica del *Dasein* que en la interpretación de sentido transforma la comprensión previa en una comprensión expresa del ser y de la autocomprensión.³⁷ Para O’Gorman se trata de la pregunta por el ser de la historia, y posteriormente por el ser de América, en donde lo interrogado es el ente mismo.

Esta hermenéutica del *Dasein* puede leerse de varias formas según el planteamiento de Waldenfels. Una primera, como una transformación-distorsión de la fenomenología de

³⁵ Martín Heidegger, *Ser y tiempo*, p. 29.

³⁶ Bernhard Waldenfels, *De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología*, p. 59.

la conciencia, es decir, como fenomenología trascendental. Una segunda, como interpretación temporal de la existencia, a partir del estado yecto y caída. Una tercera, para el discurso como revelación de un sentido.³⁸ La revelación de un sentido es la lectura que realiza Edmundo O’Gorman.

José Gaos ha traducido la palabra *Dasein* por “ser-ahí”, imponiéndole, a mi juicio, una antropologización de la cual Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* intenta distanciarse. Me sigo preguntando, si acaso O’Gorman no ha incurrido en una antropologización de la historia. Esta traducción, a la luz de los comentarios al respecto en la traducción de Eduardo Rivera,³⁹ me parece que le hace perder la polisemia, o más bien su indecidibilidad de sentido. Y aunque como indica Rivera, *Dasein* literalmente es existencia, como ya mencioné anteriormente, el uso de Heidegger es el de indicar al ser humano, en tanto que el ser humano está abierto a sí mismo, al mundo y a los demás seres humanos. Esta consideración es importante porque permite más una des-antropologización del pensamiento del Heidegger de *Ser y Tiempo*, lo que lleva a leer *Dasein* como un *estar-en-el-mundo* y no como un *ser-en-el mundo*. Sin embargo, en la línea de Gaos, es en la revelación de un sentido como el *Dasein*, para O’Gorman, es capaz de dejar que las cosas mismas se muestren por sí mismas.⁴⁰

³⁷ *Ibid.*, p. 60.

³⁸ *Ibid.*, p. 61.

³⁹ Jorge Eduardo Rivera, trad, en Martín Heidegger, *op. cit.*, p. 30.

⁴⁰ El pasaje de trasfondo se encuentra en el capítulo cinco, parágrafo 32, intitulado “Comprender e interpretación”. Sigo la traducción de Rivera. (*Ibid.*, pp. 172 y ss.) Heidegger afirma que el *Dasein* en cuanto comprender proyecta su ser hacia posibilidades. Este proyectarse tiene su propia posibilidad de desarrollo y a este desarrollo del comprender le llama interpretación. La interpretación, entonces, aparece como las posibilidades de la comprensión del *Dasein*.

El comprender, dice, se apropia de lo comprendido. En cuanto interpretación, se funda existencialmente en el comprender. Hay que anotar, entonces que realiza sus posibilidades.

Así, toda comprensión de un objeto (de un útil a la mano) es comprensora interpretante y deja comparecer circunspectivamente algo en cuanto algo. Para Heidegger esto no quiere decir que la cosa se experimente y luego se entienda, o que arroje cierto significado, o que lo revista de valor, sino que la comparece dentro del mundo. Lo pone enfrente, lo cuestiona, lo interroga. Para Heidegger, la interpretación se funda en una manera

Para Edmundo O’Gorman, el por-venir de la historia no sería posible sin la pregunta por su ser mismo. Aplicando el mismo procedimiento que Heidegger hace a la pregunta por el ser, parte de la necesidad de responder a partir de una *destrucción* de la ciencia histórica. Tomando la madeja a través de *Ser y tiempo*, se trata de:

Alcanzar la tradición endurecida, y deshacerse de los encubrimientos producidos por ella. Esta tarea es lo que comprendemos como la destrucción hecha al hilo de la pregunta por el ser, del contenido tradicional de la ontología antigua, en busca de las experiencias originarias en las que se

previa de ver que se dirige hacia una determinada interpretabilidad. Lo que la hermenéutica de Gadamer elevará al rango de prejuicio, condición previa de toda interpretación.

Lo que quiere decir que la interpretación no es una aprehensión sin supuestos de algo dado. La interpretación de textos, como particular concreción de la interpretación cuando apela a lo que está ahí no es otra cosa mas que la opinión previa del intérprete. Esto, para Heidegger subyace necesariamente en todo quehacer interpretativo. Por tanto, cuando un ente ha sido descubierto y nótese que se habla de descubrir y no de invención por medio del ser del *Dasein*, es cuando ese ente tiene sentido. E inmediatamente aclara Heidegger, que lo comprendido no es el sentido sino el ente, el ser. Sentido “es el horizonte del proyecto estructurado por el haber previo, la manera previa de ver y la manera de entender previa, horizonte desde el cual algo se hace comprensible en cuanto algo” (*Ibid.*, p. 175.) Heidegger termina señalando que el sentido es un existencial del *Dasein*, que sólo éste tiene sentido en la medida en que está abierto a su estar-en-el-mundo. Sólo el *Dasein* puede estar dotado de sentido. (*Ibid.*, p.176.)Lo cual parece, que en este contexto, Heidegger está hablando siempre de las posibilidades comprensoras del *Dasein*, de sus condiciones de estar abierto al mundo, de su estar-en-el-mundo. La interpretación de textos es sólo un caso particular de la concreción de la interpretación. Lo que esta en juego es cómo el *Dasein* se abre al mundo. Si toda la empresa de *La invención de América* se lee como la interpretación de textos sobre la historia de América para corregir el error de observarla como algo dado independiente de la conciencia que le dio sentido, a partir de la reconstrucción de ese “ver” previo que condiciona toda comprensión y atribución de sentido, se mostraría sólo como una caso particular que apela a lo que está ahí y sólo es la opinión previa del intérprete. Entendiendo, esta opinión previa, en el discurso de O’Gorman, como el horizonte cultural que dio el sentido del ser americano. El conjunto de prejuicios que posibilitaron el sentido verdadero del ser de América. Se trata de un intérprete situado, en una *situación* que es particular. Pero O’Gorman, hace del caso la generalidad de “descubrir” el sentido y estructura del ser de América, dejando de lado, que se trata de un caso particular de la concreción de la interpretación, que no es otra cosa que la interpretación de los textos; que el sentido es un existencial del *Dasein* y no una propiedad adherida al ente. Heidegger está hablando del ser del *Dasein* como aquel que tiene sentido en su apertura al mundo. Edmundo O’Gorman sigue esta lectura: Para Gaos, no se trata de un caso particular, sino “la especial concreción de la interpretación”, (José Gaos, trad. Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*, p.168.) que no puede ser leída como caso particular sino como especial. Gaos habla de exégesis, cuando Heidegger señala claramente que se trata de interpretación de textos, que no es lo mismo. En Gaos se reduce la interpretación a un asunto casi filológico. Y en la interpretación de los textos se asume que la opinión previa constituye siempre y también una generalidad. Nuevamente la cuestión de la universalización de la hermenéutica.

alcanzaron las primeras determinaciones del ser, que serán en adelante las decisivas.⁴¹

Edmundo O’Gorman deja claro desde las primeras páginas de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, la manera en que se debe comenzar a discutir “la pregunta histórico-fundamental acerca de la realidad del acontecer americano, o sea la pregunta que inquiere por el ser de América”⁴² Hay que comenzar, dice, por “desfundarla, exhibiendo sus bases y presupuestos, [...] examinar los orígenes, los prejuicios y las verdades recibidas. En una palabra, hacer cuestión expresa de la historia de la historia.”⁴³

Hay que tomar en cuenta varias cosas, en primer lugar, una nota sobre la lectura y las traducciones de Heidegger. Sin ninguna explicitación o referencia, ocultándose y ocultando, O’Gorman mantiene en el margen de lo no-dicho su lectura de Heidegger. Donde tanto José Gaos como Eduardo Rivera traducen la palabra *destruktio*n por *destrucción*, como operación para responder a la pregunta por el ser, O’Gorman escribe y enuncia en su propia traducción, dicha operación como un *desfundar*. Con esto, el procedimiento de su quehacer de situar la crisis de la ciencia histórica pudiera quedar más claro y prestarse a menos equívocos.

Como sea, en segundo lugar, Heidegger busca la transparencia histórica del ser, O’Gorman la exhibición de las bases y presupuestos de la historia de la historia. Se trata de la búsqueda de un origen pleno.

En tercer lugar, Heidegger habla de sacar a la luz los encubrimientos producidos en el fondo de la capa de la tradición recibida. O’Gorman en descubrir las bases de las

⁴¹ *Ibid.*, p. 46

⁴² Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir*, *op. cit.*, p. vii.

⁴³ *Ibid.*, p. 9.

verdades recibidas. Lo encubierto tiene que ser descubierto. La densa, amplia y compleja escritura filosófica de Heidegger, no es considerada por O’Gorman, como es obvio, debido a cierta contemporaneidad con éste. *Ser y tiempo*, por tanto constituye el vínculo más estrecho de *La Invención de América*. Por tanto, este historiador, sólo mantiene como instrumento de análisis la distinción heideggeriana que implica el olvido del ser, olvido de la diferencia óntico-ontológica, que arroja como resultado el desconocimiento de la verdadera esencia del ser. De ahí que, así como Heidegger desarrolla su pensamiento para desvelar los fundamentos del ser, O’Gorman, busca develar los fundamentos de la historia de la historia para llegar a los fundamentos, a la esencia misma del ser de América.

Esta unidad de la forma significativa no se constituye sino por su iterabilidad, por la posibilidad de ser repetida en la ausencia no solamente de su “referente”, lo cual es evidente, sino en la ausencia de un significado determinado o de la intención de significación actual, como de toda intención de comunicación presente. Esta posibilidad estructural de ser separado fuera del referente o del significado (por tanto, de la comunicación y de su contexto) me parece que hace de toda marca, aunque sea oral, un grafema en general, es decir, como ya hemos visto, la permanencia no-presente de una marca diferencial separada de su pretendida “producción” u origen. (“Firma, acontecimiento, contexto”)

Al hilo de este pensamiento, la historia constituye la vía de acceso al mundo vivo de los muertos, porque se trata de un pasado que implica al ser humano, que lo constituye y que lo afecta. Si el título de *krisiõ* se lee como la posibilidad de la ciencia histórica de observarse a sí misma, se puede entender cómo, para este historiador, todo enunciado histórico es una interpretación, que no exige una explicación sino una comprensión, dado que se trata de dar razón del “ser tal y como se nos entrega, como se nos exhibe, como se

nos regala.”⁴⁴ De ahí que, la propuesta de este historiador pueda ser enunciada, quizá, como la operación de historizar los mismos enunciados históricos tal y cómo se entregan. Si la historiografía es la mediación acceso a la realidad del pasado, sólo se puede llegar a él a partir del conocimiento histórico. “En ese conocimiento está pre-supuesta la realidad, por lo que nos interesamos, hemos de servirnos de él, en cuanto tal conocimiento, como vía de acceso a aquella realidad.”⁴⁵ El conocimiento histórico, por tanto, implica al sujeto que lo produce, sus métodos están ligados a sus propósitos.

O’Gorman hace su *krisiõ*, su juicio, el instante de una decisión. Se ubica como *krithJõ* juez, árbitro. Es el papel del crítico *Jõ* crítico, capaz de juzgar. Debido a Ranke, la historia fue codificada en términos de sustancia y naturaleza, de tal modo que el pasado dejó de tener influencia sobre la vida, abriendo la posibilidad de ser pensada la imparcialidad. Podría leerse aquí el juicio sobre el hecho de pensar al sujeto del conocimiento como un sujeto excéntrico, porque para este historiador la historia, el pasado implica al sujeto existencialmente. Lo cual podría leerse también como una sustitución de la historia maestra de vida, que hace que el ser humano esté implicado por su pasado, por un pasado que lo afecta, no moralmente, sino existencialmente. Para O’Gorman, la imparcialidad supuesta que ha dejado a la historia en crisis esta fundada en un a priori: en la historia se preferirá lo abstracto sobre lo concreto, lo cuantitativo sobre lo cualitativo, lo congruente sobre lo contradictorio, y la creencia de que el pasado no puede tener ninguna influencia sobre la vida.⁴⁶ O’Gorman comprende la *krisiõ* a partir de oposiciones jerárquicas. Si el título de *krisiõ* se lee como un desenlace, entonces O’Gorman decide esta *krisiõ* como la disolución de la relación sujeto-objeto y como la liquidación de la historiografía

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 13, 14.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 18.

tradicional. El por-venir, viene como la superación. Una superación por venir: “Interesarnos por el ser de la realidad, tal como la descubrimos desde nuestra existencia, fundando así la verdad.”⁴⁷

Este por-venir que funda la verdad, constituye la inserción del discurso de este historiador en la historiografía moderna a plenitud. Es la introducción^o permanencia del proyecto histórico auténtico como proyecto humanista. “El porvenir, no el futuro de las humanidades está donde debe estar: en el hombre. [...] En lo ontológico está la aventura humanista del porvenir.”⁴⁸ Y si el ser, es ser para la muerte, el límite de la historiografía, su caducidad está implicada por ser parte ya del hombre y en consecuencia, constituirse como una interpretación. De este modo, Edmundo O’Gorman construye su proyecto histórico, por la única vía congruente y posible con la pregunta heideggeriana por el ser: el historicismo.

La comprensión historicista de la historia, es una manera del ser humano. O’Gorman no la considera una doctrina. Se trata de una comprensión necesaria, y por ello mismo, me parece, conlleva una presuposición de universalidad. Una comprensión universal y necesaria. Es un modo del existir humano. Por tanto, la historia como modo de existir del ser humano encarna los anhelos de verdad.⁴⁹

Este anhelo de verdad, no es para este historiador un anhelo de verdad absoluta, pues esto implicaría la aporía racionalista que condujo a los supuestos de la historiografía científicista. Se trata, por el contrario, de una verdad, que más que relativista se desplaza del pensamiento que ha cosificado al pasado hacia el terreno del ser en sí del pasado:

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 57-73.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 86.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 88.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 105.

“Todo relativismo desaparece pues el pasado ya no es un término de comparación sino algo entrañablemente, único, homogéneo a nosotros mismos y própísimo. Algo que nos constituye.”⁵⁰

Como consecuencia de esta perspectiva historicista, el pasado resulta como algo que ya no es extraño, sino que al ser nuestro es homogéneo y propio. La comprensión del pasado se vuelve así, un acto de entender lo homogéneo, y no de lo heterogéneo. O’Gorman apunta, aquí principalmente hacia el método comparativo, extendido tan fuertemente en la historiografía tradicional: “esa comprensión en cuanto que lo es del ser en sí del pasado, no conduce, ni puede, a establecer comparaciones entre nuestra época y las otras, sino que nos lleva a re-conocernos en ellas, de tal suerte que dejan de ser ‘las otras’.”⁵¹

El historicismo, por tanto, es el abandono de la utilización del pasado para poder, en cambio, comprenderlo como parte constitutiva de la estructura de la vida humana. Aquí, en esta sentencia, este historiador insinúa lo que constituye su régimen de historicidad: una historia futurista, teleológica, ontológica y determinada por la noción de progreso y evolución, pues sólo resulta ser el reverso, el otro lado de la moneda, lo opuesto del paradigma científicista, cuyo matiz es pensar la historia como una estructura de la vida humana. La oposición entre ambas formas de pensar la historia se devela nuevamente desde su propia estructura teórica.

La destrucción en el sentido de desfundar, lo que ahora se inscribe como deconstrucción de los fundamentos de la historiografía tradicional, no implica para O’Gorman, hacer morirla. Traza sus límites en tanto ciencia y modo del conocimiento del pasado. La historia constituye, por

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 105-107.

⁵¹ *Ibid.*, p. 109.

lo tanto, sólo la posibilidad de no ser ya lo que es.⁵² El hombre no es su ciencia sino la posibilidad de ser. Lo por-venir, se vuelve a insinuar en este pensamiento de la historia como existencia humana. El porvenir se ha vuelto la posibilidad por venir auténtica del ser... y del ser auténtico de América. Para O’Gorman, nuestra época deja de ser una etapa cualquiera para convertirse en la propia, única y auténtica, pues no cabe ninguna comparación. El por-venir, es pues la posibilidad abierta a la existencia humana, en donde el pasado existe en la vida misma.

Hasta aquí el historicismo es la conciencia histórica de la historicidad humana. Una conciencia un poco extraña. Es “conciencia histórica”, y aunque a la realidad se le atribuye sentido, su propuesta no parece ser tan radical en el hecho de que lo real está mediado por el lenguaje. Una filosofía de la conciencia permanece. *La invención de América*, en tanto atribución de sentido, podría ser sólo un intersticio entre lo que permanece de una filosofía de la conciencia y lo que se asoma de una filosofía del lenguaje; entre lo que queda de una metafísica de la presencia y lo que asoma, al igual que en Heidegger, de su destrucción. Para este historiador se trata de la conciencia de lo absoluto que es la vida propia.⁵³ Es el progreso en la marcha hacia la individualidad, de una individualidad dentro de la historia. Hegel, es quien ahora aparece en esta clausura de la historia tradicional. La oposición que O’Gorman establece como conclusión es una *krisiō*, el instante de la decisión por venir. El por-venir será la posibilidad de ese acto. El hombre, ser histórico, está frente a una decisión: la elección por una historiografía inauténtica, naturalista, modo de ocultación de la posibilidad de llegar a conocer especulativamente la historia, que oculta a la existencia humana su historia, privándola de

⁵² *Ibid.*, p. 112.

⁵³ *Ibid.*, p. 113.

su conciencia histórica; y una historiografía auténtica, que en adelante será nombrada por O’Gorman como *historiología*, que como una ciencia histórica por-venir, es un modo del descubrimiento del pasado, creando su propia inteligibilidad o su ser. Una historiología que crea el ser del pasado por vía de la preocupación teórica, descubriéndolo como un ser objetivo, pero “nuestro” “humano”. La auténtica verdad histórica. La misión de la historia es “revelar nuestra identidad, o mejor aún, en recordar que nuestra existencia es histórica, que somos historia [...]”⁵⁴ la historiografía auténtica es un recordar ontológico.

Yo querría insistir sobre esta posibilidad; posibilidad de sacar y de injertar en una cita que pertenece a la estructura de toda marca en escritura antes mismo y fuera de todo horizonte de comunicación semiolingüístico; en escritura, es decir, en posibilidad de funcionamiento separado, en un cierto punto, de su querer-decir “original” y de su pertenencia a un contexto saturable y obligatorio. Todo signo, lingüístico o no lingüístico, hablado o escrito (en el sentido ordinario de esta oposición), en una unidad pequeña o grande, puede ser citado, puesto entre comillas; por ello puede romper con todo contexto dado, engendrar al infinito nuevos contextos, de manera absolutamente no saturable. Esto no supone que la marca valga fuera de contexto, sino al contrario, que no hay más que contextos sin ningún centro de anclaje absoluto. (“Firma, acontecimiento, contexto”)

Dejaré ahora al Heidegger de *Ser y Tiempo*, para tomar la madeja por otro hilo,^{otra} cadena de signos que permitirá retomar esas 20 páginas de *La Invención de América*, en las cuales descansa toda la construcción del sentido y la argumentación posterior del recorrido de su pensamiento. Precisamente me detengo en ésta última palabra: pensamiento.

⁵⁴ *Ibid.*

Cuando el epígrafe se disloca.

Un epígrafe anuncia todo el argumento, juega a inferir el sentido total de un futuro: la lectura a realizar ya está condicionada, determinada. Un epígrafe funciona como una cita, sentencia, o intertexto, que antecede a un capítulo, obra o texto. Resume los presupuestos del texto, anticipa su orientación general. Pero un epígrafe hace más, pues es del todo inestable al poder ser *un otro* texto, de ahí que, es mejor decir que juega. Juega a hacer leer la obra, pensando que es la manera correcta de leerla, juega a ser la lente, y, como en todo juego, poco se percata el lector de la argucia o ardid que despliega. El epígrafe juega con el lector porque le produce el efecto de un sentido estable, un sentido total, sin lugar a equívocos. Juega a ser determinación de un por-venir del sentido.

Un epígrafe que podría leerse como la síntesis de todo lo que O’Gorman construyó como presupuesto años antes con sus trabajos de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*⁵⁵ y *La idea del descubrimiento de América*.⁵⁶ También podría leerse como el motivo inaugural de toda la empresa y argumentación correspondiente a la obra. De hecho, puede leerse como el fundamento y condición de posibilidad enunciado como autoridad y fuente que determina todo el desarrollo posterior. Se trata del epígrafe referido a Heidegger, pero a un Heidegger posterior a los desarrollos de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Referencia a una obra que no había sido traducida y que sirve como marco conceptual para la propuesta de *La invención*. Un epígrafe que aparece en ambas ediciones, en una, precede a la primera parte de la primera edición *La invención geográfica*, en la otra, precede a la tercera parte de la segunda edición *El proceso de la invención de América*:

⁵⁵ *Op.cit.*

⁵⁶ *Op. cit.*

“Sólo lo que se idea es lo que se ve; más lo que se idea es lo que se inventa.”
(Martin Heidegger. *Aus der Erfahrung des Denkens* 1954)”⁵⁷

Cita atribuida a Heidegger,⁵⁸ referida a un conjunto de poemas aforismos⁵⁹ Cuestión indecidible, pues depende las traducciones, ediciones y comentarios intitulados *De la experiencia del pensar*, o bien, *Desde la experiencia del pensar*. Poemas aforismos que dan cuenta de una de las tareas principales del *Dasein*: el pensar.

Una lectura hermenéutica implicaría situar el epígrafe al interior de su texto, para elaborar la pregunta sobre el sentido. “Sólo lo que se idea” en alemán *erfinden*, o más poéticamente *aufdenken*, misma raíz de pensar implica que lo que se piensa es lo que se ve, pues en otro poema aforismo, Heidegger señala que “el animo para pensar proviene de la exigencia del ser” y “brotará el lenguaje adecuado”,⁶⁰ y el lenguaje, produce la realidad, es decir aquello que se ve. De ahí que lo que se piensa es lo que se inventa. “Todo el valor del ánimo es la resonancia de la exigencia del ser, que reúne nuestro pensar en el espejo del mundo.”⁶¹ De esta manera, se podría decir que una invención no es más que el resultado de un reflejo de espejo. Una lectura así, produce el efecto de que O’Gorman se mantuvo “fiel” al contexto de referencia del epígrafe.

Pero, ¿qué sucede al momento en que cita este epígrafe en la primera edición como motivo inaugural de todo su trabajo? ¿Por qué en la segunda edición el epígrafe se

⁵⁷ Edmundo O’Gorman, *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, 1957, p. 19.

⁵⁸ Insistiré, por el momento, en que se trata de una atribución, pues en el texto original alemán, *Aus der Erfahrung des Denkens*, (GA 13, Klosterman, Frankfurt) dicha cita no aparece. Se dispone de una traducción al español, realizada por Ramón Barce (versión de la cual me serviré en adelante para todas las referencias a este texto), cuyo sentido está decidido como aforismos, escritos numéricamente y linealmente, esto es, sin seguir el formato poético que tiene el original, y que no incluye la traducción de 13 de los poemas. (“Desde la experiencia del pensar”, en *Palos de la crítica*, s/f) En esta traducción, tampoco aparece la cita referida por O’Gorman.

⁵⁹ Así, yuxtapuestos, pues no es un binomio jerárquico, sino dos nombres al mismo nivel.

⁶⁰ *Ibid.*

cita hasta la tercera parte, y después de haber reconstruido el horizonte cultural? En la primera edición juega a atribuir el sentido general de la obra, a fundamentarla en su totalidad. El lector estará en suspenso para saber que es aquello que se ha ideado como América, para, posteriormente comprender el proceso de invención de América como una atribución de sentido. En la segunda edición el efecto es aún más fuerte, ya no buscara, quizá, determinar toda la obra, y es que esta idea está ya presupuesta desde el título mismo, sino que después de haber reconstruido el horizonte cultural, al lector le quedará claro que este horizonte es lo que se ha ideado para ver, y por lo tanto lo que produce la invención de América. Enunciados como el siguiente producen este efecto de sentido: “ni las cosas, ni los sucesos son algo en sí mismos, sino que su ser depende del sentido que se les conceda dentro del marco de referencia de la imagen que se tenga acerca de la realidad en ese momento”.⁶² Sin explicitar que entiende por imagen de la realidad, la ofrece como campo de significación en el que sucede el proceso de invención. Para él esta imagen no es el resultado de un acto arbitrario o erróneo, sino el resultado del esfuerzo que el hombre de Occidente había desplegado para comprenderse en el mundo y su lugar en el cosmos.

El reconstructor de contextos ha operado una descontextualización de la cita para hacerla jugar como fundamento. El epígrafe juega a ser el fundamento del título de un libro (*La invención de América*), de un capítulo (1ª. Ed. *La invención geográfica*), de una prueba y de una argumentación (2ª. Ed. *El proceso de la invención de América*). Juega a decir que lo que se llama América es el resultado de una idea, de un pensamiento de aquello que, desde esa experiencia del pensar será visto: Occidente.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, 1977, p. 57.

Si tomamos la segunda edición, la reconstrucción del contexto, realizada en 20 páginas, base argumentativa y empírica de la obra, hace que el epígrafe juegue como un sentido de carácter históricamente constructivo, lo cual implica todavía la lectura de un Heidegger temprano referido a *Ser y Tiempo*. De esta manera, todas las elaboraciones de carácter crítico *destrutivo* *Destruktion* de la metafísica en la ontología de Heidegger se borran, adhiriéndose la obra de *La Invención de América* a una filosofía de la historia de tipo humanista sustancialista, como ya hice notar en el análisis que O’Gorman elabora de la crisis de la ciencia historia.⁶³

El consenso general que según Vattimo se mantiene con respecto a Heidegger es el siguiente: la colocación de las bases de la ontología hermenéutica a partir de la afirmación de la conexión entre ser y lenguaje. Más allá de esto, dice, la filosofía heideggeriana contiene, un análisis del *Dasein* como “totalidad hermenéutica” y en sus obras tardías, un esfuerzo por definir un pensamiento ultrametafísico atendiendo al *Andenken*, rememoración, atendiendo específicamente a la tradición. Se establece el nexo entre ser y lenguaje.⁶⁴

Para Vattimo se trata de un carácter nihilista en la obra de Heidegger. Como ya se explico más arriba, *Ser y tiempo* sienta las bases del *Dasein* como aquel que está ya familiarizado con un conjunto de significaciones en un contexto de referencia. Sin embargo, lo que considero aquí es que el epígrafe citado por O’Gorman, sólo considera la definición de la estructura hermenéutica de la existencia de manera incompleta. Vattimo muestra cómo en la segunda sección de la primera parte de *Ser y tiempo*, Heidegger

⁶³ Mi argumento se centra en la explicación que Gianni Vattimo hace de la hermenéutica de Heidegger (*El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, pp. 101-114).

⁶⁴ *Ibid.*, p. 104.

vuelve a discutir la problemática del *Dasein* desarrollándola en el sentido que elimina todo equívoco de una forma de trascendentalismo.

La totalidad hermenéutica que es el *Dasein* no se identifica, en efecto, con una estructura a priori de tipo kantiano. El mundo con el que el *Dasein* ya está familiarizado no es una pantalla trascendental, un esquema de categorías; el mundo siempre está ya dado al *Dasein* en una *Geworfenheit* (en un estado de yecto) histórico cultural profundamente vinculada con su mortalidad ⁶⁵

Por otra parte, el miso Heidegger tardío, que O’Gorman usa como referencia, esto es el de 1954, es leído como el Heidegger temprano. Los poemas aforismo son también de 1954. En este año, Heidegger pronuncia su conferencia sobre *La cosa*, ⁶⁶ en la cual enfatiza su proposición antimetafísica, o al decir de Vattimo, nihilista. Los problemas de *Ser y tiempo* estaban ligados a la noción de autenticidad, pero en esta conferencia, Heidegger señala que el evento en que la cosa se da (como algo), sólo puede ser apropiada en la medida en que cae presa en el “juego de espejos del mundo”, en el corro Ring en el cual mientras se hace propia es también expropiada. Por tanto, la apropiación es siempre un transapropiarse. “La cosa cobra ser sólo como aspecto de un proyecto total que mientras la hace aparecer la consume en la red de las referencias.” ⁶⁷ Toda cosa aparece como tal sólo en el juego de una referencia circular a todas las otras, eliminando una totalidad de fundamento y de un origen pleno.

El epígrafe se ha dislocado. “Sólo lo que se idea es lo que se ve, pero lo que se idea es lo que se inventa”, no puede *solamente* fundamentar la aseveración de que el contexto históricamente reconstruible determine toda la idea previa que Occidente tuvo para

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Martín Heidegger, “La cosa” en *Saggi e discorsi*, citado por Gianni Vattimo, *Ibid.*, p. 105.

inventar América como una imagen en el espejo. Toda idea previa a lo que se ve, esta determinada por una familiarización con la totalidad de significaciones, *pero* la atribución de sentido no puede depender sólo de ello como un a priori trascendental, sino que se mueve en un juego de espejos, de una apropiación expropiación, que juega en una red de referencias y diferencias diferidas. La experiencia previa del mundo, es ya un juego, una repetición y una diferencia. De ahí que una invención, únicamente vertical, de Occidente hacia una masa de tierras no sumergidas que cobrarán el sentido de un ser americano, sólo puede ser pensada como una mutua reinención constante, en donde tanto Europa como América, a partir de este mismo epígrafe, pueden ser pensados como descentrados, producto de invenciones y de reinenciones.

Enunciados como el siguiente quedan dislocados: “Al proyectar el proceso de la invención de América sobre el fondo de su propio horizonte cultural, no sólo se explicará la aparición de este ente, sino que ese suceso se ofrecerá como un nuevo paso [...] de aquel antiquísimo proceso.”⁶⁸

La invención de América, se ofreció como la auténtica historia de América. A través de todo el libro corre este epígrafe, esta cita; O’Gorman enmarca la interpretación de la historia de América como una interpretación estable, genera el efecto de una verdad, estabilidad, permanencia, inmovilidad, fijeza, quietud, firmeza y seguridad. A través de todo el libro se liga sentido (invención de América) a contexto (Horizonte cultural). De esta forma O’Gorman escribe, indaga, la historia de un sentido. Hacer la historia de un sentido es el acto de saturar un contexto, sin el cual el sentido no tiene sentido. Sentido y contexto nos vuelve a la pregunta, ¿América, como una invención de la cultura

⁶⁷ Gianni Vattimo, *op. cit.*, p. 105.

⁶⁸ Edmundo O’Gorman, *Crisis y Porvenir*, *op. cit.*, p. VIII.

occidental, tiene relación con la totalidad histórica construida por O’Gorman? Vale preguntarse además, ¿es posible todavía plantearse la historia como historia del sentido?

Si un día, en un solo y mismo concepto, se pensasen juntos, como la misma “cosa”, hemos tenido que subrayar estos dos predicados que se atribuyen con toda seguridad, muy a menudo, a la materia o al cuerpo material; lo orgánico y lo inorgánico. [...] Pues el pensamiento de ese nuevo concepto habrá cambiado hasta la esencia y hasta el nombre de lo que denominamos hoy “pensamiento”, el “concepto”, así como lo que querríamos decir con “pensar el pensamiento”, “pensar lo pensable” o “pensar el concepto”. Tal vez se anuncie aquí otro pensamiento. Tal vez se anuncie sin anunciarse, sin horizonte de espera, a través de ese viejo término de pensamiento, ese homónimo, ese paleónimo que cobija desde hace tanto tiempo al nombre todavía por venir de un pensamiento que no ha pensado aún lo que ha de pensar, a saber, el pensamiento, lo que se deja pensar bajo el nombre de pensamiento, más allá del saber, la teoría, la filosofía, la literatura, la poesía, las bellas artes e incluso la técnica. (Papel Máquina. La cinta de máquina describir y otras respuestas).

Sobre el Horizonte cultural: clausuras problemáticas.

Una noción problemática, a la que ya he hecho constantemente referencia: *Horizonte cultural*. Denominación que presupone otra, de origen fenomenológico como *mundo de vida* (Husserl), se enuncia para englobar lo que también un nombre, de cuño francés hace: *mentalidad*. Los capítulos de esta segunda parte de *La Invención*, “El universo”, “El globo terráqueo”, “El orbis terrarum o Isla de la tierra”, “La ecumene o mundo”, ¿son la historia de dicha invención? ¿Agotan el contexto, de tal manera que se pueda hacer depender una idea a un lugar, un sentido a un contexto, en su totalidad? Si como ya he mencionado, de lo que también trata este libro es de la historia de la historia de América, ¿la reconstrucción del horizonte cultural funciona como historia? ¿De la cosmovisión del mundo?, ¿de las mentalidades?, ¿del inconsciente colectivo?, ¿de la

conciencia de sí? Problemas que plantean la cuestión de la universalidad de la hermenéutica y de la imposibilidad de decir al *Otro*, al pasado en su totalidad.

Una noción como horizonte cultural o mentalidad presupone un rango de universalidad sustancialista, pues presupone implícitamente la noción metafísica de un origen pleno y recuperable. ^{Aquí, el origen de una invención.} Hace posible enunciados tales como: “La imagen que se tenía del universo en tiempos de Colón es el de haber sido creado *ex-nihilo* por Dios” ⁶⁹ Un enunciado así, presupone que todo el hombre europeo del siglo XVI, por lo menos, —pues O’Gorman sólo circunscribe su trabajo a esa cultura nada más, como una totalidad y la propone como universal, más adelante— tiene esa imagen del mundo. La seguridad con la que a partir de un enunciado así se pueden decir cosas como: “*es* finito, puesto que de otro modo se confundiría con Dios; *es* perfecto, puesto que *es* obra de Dios; [...] el universo *es* de Dios” ⁷⁰ no consideran la singularidad, la heterogeneidad y los diversos grados de alteridad que una misma cultura resguarda a su interior para poder funcionar. No considera, que el pasado es la diferencia. El conjunto de estos enunciados que dan cuenta con seguridad de lo que es un pasado histórico, pueden ser nombrados como “Esta manera de concebir la realidad universal se tradujo en una imagen que, en tiempos de Colón, no es sino la correspondiente al antiguo *sistema geocéntrico*.” ⁷¹ La perspectiva historicista de que la historia es lo propio, lo homogéneo, cancela la posibilidad de la diferencia.

Enunciados como “Desde que los griegos conocieron que la tierra afectaba la forma de una esfera, surgió la preocupación constante de determinar su tamaño”, ⁷²

⁶⁹ Edmundo O’Gorman, *La invención*, 1977, p. 58.

⁷⁰ *Ibid.* (Las cursivas son mías).

⁷¹ *Ibid.* (Cursivas mías)

⁷² *Ibid.*, p. 60.

encadenado a este “Pero a lo largo de los siglos posteriores estos resultados sufrieron muchas revisiones y alteraciones, de suerte que a fines del siglo XV existían suficientes autoridades para dar apoyo”,⁷³ ligado a este último “No nos sorprenderá, pues, que Colón se haya atrevido a reducir enormemente el tamaño de la circunferencia del globo para presentar como factible la realización de su proyecto”⁷⁴ Encuadran el sentido del ser de América a generalizaciones sustentadas en el mantenimiento de una visión de la historia continua, que guarda un lastre metafísico, como refiere Derrida, respecto a la Historia, que privilegia el ahora-presente como conciencia fundadora del sentido de la historia, como realidad última y fuente de verdad.⁷⁵ Frases similares dejan ver lo mismo: “Se pensaba, pues, que todo el hemisferio sur y buena parte del hemisferio norte eran acuáticos.”⁷⁶ Incluso, al momento de historizar esta concepción del mundo, enunciándola como la idea del universo, se enuncia como una idea que “es incluyente de la totalidad de cuanto existe”, idea que, según O’Gorman, para ese contexto es de índole espiritual, nombrándola como *ecumene*.

Podría seguir mencionando más enunciados de este tipo, pero hay uno que no se puede dejar pasar, pues engloba lo que ya es un lugar común entre los historiadores, me refiero a englobar ¡vaya palabra! remite a lo que es tan común hoy en día en un cierto tipo de discursos: globalización, globalizar, aldea global, incluso globalifóbicos, como sea, sigue implicando una noción de totalidad y un cierre a la expresión de las diferencias, esta concepción del mundo, este horizonte cultural, esta mentalidad bajo la marca, bajo el nombre de “Concepción cristiana del mundo”⁷⁷.

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Jacques Derrida, *De la gramatología*, citado por Cristina de Peretti, *Texto y deconstrucción*, *op. cit.*, p. 86.

⁷⁶ Edmundo O’Gorman, *La invención*, 1977, *op. cit.*, p. 64.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 70.

El capítulo que cierra esta última parte, sitúa, además, un cambio histórico, lineal y atrapado bajo la idea de progreso y universalización de la cultura occidental, proyecto único y posible que O’Gorman propone como posibilidad para la nación mexicana: el segundo mundo abierto, el mundo que puede ser poseído y ampliado, por el esfuerzo humano. Cambio, dice O’Gorman, citando a Comte, de un espíritu teológico a un espíritu científico.

Toda reconstrucción de contexto que hace O’Gorman, le voy a llamar, como hace Derrida, como enunciados que, situados “históricamente” de esta manera, constituyen *clausuras problemáticas*, pues clausuran el sentido, pero dejan abierto el problema, pues al pretender ser significados estables, no se cae en la cuenta que se convierten en significantes, nuevamente signos que remiten inestablemente a otros diferenciándose, y que están dislocados por dentro, esperando a ser abiertos. Reitero que esta parte del libro de O’Gorman *La invención de América*, es el sustento y presupuesto general del cual se pueden desprender, tanto el proceso de invención de América, así como, afirmar la verdadera estructura del ser de América, además de todos sus desarrollos posteriores; a sí mismo, que el epígrafe insertado por este autor determina a su vez, estas partes.

Leer es estar en otra parte, allí donde ellos no están, en otro mundo, es constituir una escena secreta, lugar donde se entra y se sale a voluntad; es crear rincones de sombra y de noche... El lector es el productor de jardines que miniaturizan y cotejan un mundo, Robinson de una isla por descubrir, pero “poseído” también por su propio carnaval que introduce el múltiplo y la diferencia en el sistema escrito de una sociedad y de un texto. Se desterritorializa, al oscilar en un no lugar entre lo que inventa y lo que altera... Los lectores son viajeros: circulan sobre las tierras del prójimo, nómadas que cazan furtivamente a través de los campos que no han escrito... La lectura no está garantizada contra el deterioro del tiempo (se olvida de sí mismo y se le olvida); no conserva, o conserva mal, su

experiencia, y cada uno de los lugares donde pasa es repetición del paraíso perdido (Michel de Certeau, La invención de lo cotidiano).

Invención/Descubrimiento: ruptura y tercer espacio.

Conviene recordar lo que se ha venido apuntando desde el capítulo 1: que el lenguaje en tanto un sistema, del cual las palabras extraen su capacidad de crear un mundo *aparente* de esencias, no permite pensar que las palabras sean el reflejo de las esencias de un individuo o sociedad. El lenguaje, en tanto una *archi-escritura*, preexiste al individuo y está siempre a la mano, disponible para su uso e inscripción en la sociedad. Reiterar aquí esta consideración es importante porque permite seguir afirmando que la escritura en tanto que *huella*, en tanto que *différance*, implica situar en su distinción literaria la palabra *invención*, esto es, ponerla en juego con otros términos contrastados del sistema para poder observar una deconstrucción operando al interior de esta *différance*.

Según Saussure la pasividad del habla es, ante todo, su relación con la lengua. La relación entre la pasividad y la diferencia no se distingue de la relación entre la inconsciencia fundamental del lenguaje (como enraizamiento de la lengua) y el espaciamento (pausa, blanco, puntuación, intervalo en general, etc.) que constituye el origen de la significación. Porque la “lengua es una forma y no una sustancia” (p. 206) es que paradójicamente, la actividad del habla puede y debe abreviar siempre en ella. Pero si es una forma y no una substancia es porque “en la lengua no hay mas que diferencias” (p.203). El espaciamento (se notará que esta palabra dice la articulación del espacio y del tiempo, el devenir-espacio del tiempo y el devenir-tiempo del espacio) es siempre lo no percibido, lo no presente y lo no consciente. (De la gramatología)

Al hilo de esta consideración, conviene clarificar que se trata de jugar con su significado, el cual depende de una diferencia entre éste y otros términos del sistema lingüístico. Para comprenderlo, en tanto que término, hay referirlo constantemente con otros términos del sistema. (Por ejemplo, el término invención, habrá que referirlo a su distinción literaria con otros términos contrastados, como descubrimiento, creación, imaginación, disposición, hallazgo, invenir, evento, advenimiento, porvenir, develar, producir, entre otros más). Este apartado tratará, por tanto, de dos asuntos, *por una parte*, un juego del lenguaje continuo en el que, como afirma Derrida, nunca se sale fuera de los textos, aquí, de los *textos* de la invención, para encontrarnos con la “cosa en sí o real”^{Es en} este sentido que Derrida ha afirmado que “no hay nada fuera del texto.” *Por la otra*, dislocar la oposición establecida por Edmundo O’Gorman entre invención y descubrimiento, polémica y determinante en la recepción de la obra.

Deconstruir la oposición invención/descubrimiento, que establece la jerarquía del primer término sobre el otro, al afirmar que “la clave para resolver el problema de la aparición histórica de América estaba en considerar ese suceso como el resultado de una invención del pensamiento occidental y no ya como el de un descubrimiento meramente físico, realizado, además, por casualidad”,⁷⁸ implica demostrar que esta tesis sólo tiene y hace el sentido atribuido en la obra, de una manera dislocada e inestable, aceptando el supuesto de que el término *invención* es también, tanto una variante diferida, un *rizoma*,⁷⁹ del término descubrimiento, así como de otros de la misma red de significantes del sistema lingüístico, y viceversa.

⁷⁸ Edmundo O’Gorman, *op. cit.*, p. 9.

⁷⁹ Gilles Deleuze y Félix Guattari introducen este concepto. Rizoma designa una estructura, no simétrica, jerárquica y no binaria. Contiene seis principios: conexión, heterogeneidad, multiplicidad, ruptura significativa, cartografía y decalcomanía. Cada uno de ellos remite al siguiente, y cada uno de ellos es

Algunas cuestiones, antes de abordar esta deconstrucción de la oposición y la historia de la problemática de la invención. ¿Por qué hablar de una invención y oponerla a un descubrimiento? ¿Cuál es el juego y la ambigüedad en la que O’Gorman se perjudica a sí mismo o tropieza con dicha oposición? ¿Qué hace posible comprender con dicha oposición? ¿De qué manera se propone, a partir de esta oposición, el trabajo en conjunto de *La invención de América*? ¿Dislocar dicha oposición desorganiza su objeto?

Al interior de las ciencias humanas, ^{por lo menos en donde se puede constatar,} el término invención se ha privilegiado e impuesto con mayor frecuencia que otras palabras, como descubrir, crear o imaginar. Edmundo O’Gorman decidió por referirse con este término a un evento histórico considerado como fundante de la historia de América, de la historia nacional, de su identidad y de su proyecto político, creando una oposición que privilegia un término sobre otro. Al respecto, Derrida plantea una cuestión: ¿Por qué es la modernidad la que toma el término de invención, palabra clásica, desgastada y cansada, para privilegiarlo sobre otros, como dándole un nuevo modo de vida? Por un extraño deseo de invención. No es la modernidad la encargada de crear o de imaginar, sino la encargada de inventar. “deseo de invención que va hasta el sueño de inventar un nuevo deseo.”⁸⁰ Recuerdo aquí el tono de la enunciación mantenido por O’Gorman, el de aquel que ha hecho un descubrimiento, que ha inventado una invención, que ha *des-velado*, rasgado el velo de lo que había permanecido oculto en la historiografía americana. Ahora es también el tono de un deseo, un deseo propio de una escritura moderna de la historia, pero al mismo tiempo, y a propósito de esta idea de Derrida, un deseo que permanece

sinónimo del otro, son inseparables y se deben considerar en su conjunto. Fernando de Toro, *Intersecciones II, op. cit.*, p. 196)

⁸⁰ Jacques Derrida, “Psyché: invenciones del otro” en *Diseminario. La deconstrucción, otro descubrimiento de América*, p. 15 (el número de páginas pertenece una transcripción de una versión por internet)

contemporáneo de una experiencia de fatiga, de agotamiento, de lo exhausto, que a O’Gorman le hace operar este descubrimiento, esta invención. Paradoja límite del tono de su enunciación. Similar contradicción de la oposición invención/descubrimiento.

O’Gorman opone uno al otro, uno sobre otro, uno contra otro, a través del uso de un término en su sentido moderno: invención como atribución de sentido, como producción de una *tekhné, epistemé, istoria, methodos*. Y lo opone, en el fondo, primero al de creación. Posteriormente, a descubrimiento, que conlleva a su vez, la existencia de algo previo en tanto ser. Este juego, este magistral artificio retórico articulado por este historiador, funciona sin que se considere, por lo menos, la historización semántica y funcional del término invención. Así que, se habla de invención de América, sólo en un sentido construido semánticamente por la modernidad, pero en ningún momento en un sentido construido semánticamente por la retórica latina y medieval. Y este es sólo uno de los planteamientos problemáticos de la tesis construida a partir de este binarismo logocéntrico, que perjudica al argumento. No lo destruye, lo deconstruye. El término invención comienza desde este momento a ser inestable, ambiguo, diferido, rizomático, en juego constante en un sistema de signos.

A partir de aquí, seguiré a Derrida en este texto que he convocado, a propósito de la deconstrucción del término invención. Lo seguiré para poder desmontar, en mi caso, la oposición construida por O’Gorman hasta que ésta se disloque y pueda emerger, quizá, otra invención, aún del mismo texto de *La invención de América*.

Todas las diferencias en la producción de marcas inconscientes y en los procesos de inscripción (niederschrift) pueden también ser interpretadas como momentos de la différance, en el sentido de la puesta en reserva. Según un esquema que no ha cesado de guiar el pensamiento de Freud, el movimiento de la marca se

describe como un esfuerzo de la vida que se protege a sí misma difiriendo la inversión peligrosa, constituyendo una reserva (vorrat) y todas las oposiciones de conceptos que surcan el pensamiento freudiano relacionan cada uno de los conceptos a otro como los momentos de un rodeo en la economía de la différance. El uno no es más que el otro diferido, el uno diferente del otro. El uno es el otro en différance, el uno es la différance del otro. (Márgenes de la filosofía).

Semánticamente hay que referir la invención a Cicerón, a su latinidad. En la retórica, recuerda Derrida, la invención es la fuerza propia del orador, el momento inventivo de un discurso: comienzo, inauguración, *incipit*, introducción. Consiste en las cosas que él trata (ideas, objetos y temas). La invención encuentra o descubre las cosas, mientras que la disposición las sitúa, las localiza, “las pone disponiéndolas”⁸¹ Sin embargo, aclara Derrida, la invención se aplica propiamente a las ideas, a aquello de lo que se habla y no a las formas verbales, mientras que la disposición sitúa estas palabras y cosas, la forma y el fondo, y también se le asocia a la invención. “Tendríamos entonces, por una parte, la pareja ‘invención-disposición’ para las ideas o las cosas, y por otra parte, la pareja ‘elocución, disposición’ para las palabras y forma.”⁸² Resulta notable que la *inventio* latina sea un descubrimiento o encuentro de las ideas o cosas. En este uso no hay oposición. Invención y descubrimiento, en el uso de la retórica, parecen indicar una sola cosa. *La invención de América*, en cuanto un título, puede ser leído como el encuentro, el descubrimiento de unas ciertas cosas (la propuesta, los argumentos y las pruebas de una invención). Se trataría de un acto de descubrimiento, del descubrimiento o invención de *La invención de América*.

⁸¹ *Ibid.*, p. 2.

⁸² *Ibid.*

La distinción clásica entre retórica como invención y retórica como disposición se ejemplifica, señala Derrida, con la cuestión del derecho de autor, el cual está protegido en tanto que la invención, marca su originalidad en los valores de forma y composición, pues las ideas pertenecen a todo el mundo, son universales.⁸³ Lo que demuestra también la inestabilidad en los usos del término. Señala Derrida que la invención supone originalidad, generación, engendramiento, genealogía, valores asociados a la genialidad, y por tanto a la naturalidad.⁸⁴ Lo cual me parece que se asocia también a la idea, en el arte, de creación, desvaneciéndose también una tal oposición entre creación e invención, pues ambas estarían asociadas a este conjunto de valores.

Ahora bien, si la invención esta asociada a la genialidad, entonces la invención es un evento. En tanto que evento, Derrida sostiene que la invención jamás se dispone sin algún evento inaugural, sin la instauración de un futuro, de una posibilidad. Como evento inaugural es reconocido, legitimado y refrendado por un consenso social, según un sistema de convenciones, recibiendo de éste un estatuto. A su vez, el estar aparentemente garantizada por un sistema de convenciones e inscripción en una historia común, la invención puede ser repetida, explotada, reinscrita. “Concurren varios modos de *venir* o de *la venida*, en la enigmática colusión de *invenir* o del *inventio*, del *evento* o del *advenimiento*, del *porvenir*, de la *aventura* y de la *convención*”⁸⁵ La invención implica, por lo tanto, que algo venga una primera vez, y que esa primera vez sea única. Esta unicidad, que da lugar a la repetición, hace que también esta primera vez sea la última. La invención se complica, pues en el contexto retórico de un discurso siempre inaugura algo. Más allá de éste, en tanto que evento también refiere a una primera vez/última vez,

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. 3.

repetible. La invención de América, cuando puede decirse, enunciarse así, no como título sino como evento, trata también de un hallazgo inaugural, de un primera vez/ultima vez, un descubrimiento de aquello que viene y que implica novedad, para poder ser una *inventio*.

La diseminación y multiplicación de signos que lleva un análisis semántico como éste, involucra también un análisis que se multiplica también y sin agotarse, en su historia. Derrida, al respecto sostiene la siguiente hipótesis:

En el interior de un área de discursos que casi se ha estabilizado desde alrededor de fines del siglo XVII europeo, no hay más que dos grandes clases de ejemplos autorizados para la invención. Por una parte, se inventan *historias* (cuentos ficticios o fabulosos) y por otra, *máquinas*, dispositivos técnicos, en el sentido más amplio de esta palabra.⁸⁶

Se inventa una “realidad” o se produce una posibilidad operatoria. Invención en ambos casos, refiere a producción, y aún esto es indeterminado. Se trata, afirma Derrida de una semántica que vale para “hoy”, que es relativamente moderna.

Esta semántica, entre su uso en la retórica y el que cabe o vale para hoy, permite que en el término de invención se vislumbren dos valores esenciales que señala Derrida, uno constatativo (descubrir o develar, manifestar o decir lo que es) y el otro performativo (producir, instituir, transformar).⁸⁷ De esta manera, la invención de América, en tanto evento, señala aquello que se descubre o devela y hace produciendo un sentido, instituyendo, transformando. En tanto que un título también constata una teoría a

⁸⁵ *Ibid.*, p.4

⁸⁶ *Ibid.*, p. 7

⁸⁷ *Ibid.*, p. 8.

descubrir, que se descubre leyéndola, y produce un sentido, el que O’Gorman atribuye al evento.

Hasta aquí, el término invención, en todo su juego semántico queda indeterminado, en consecuencia, no puede tener un estatuto estable. Derrida problematiza esto cuando plantea que en el momento en que emerge una invención, en tanto instauradora, desborda y transgrede cualquier posible estatuto que se le asigne, pues una invención debería abrir un lugar de perturbación al estatuto asignable al momento en que sobreviene una invención. “¿No es ella entonces espontáneamente desestabilizadora, incluso deconstructora? La pregunta sería entonces la siguiente: ¿cuáles pueden ser los efectos deconstructores de una invención?”⁸⁸ Y si se trata de la invención de *La invención de América*, ¿cuáles son los efectos deconstructores de su planteamiento y teoría? No me detendré aquí a responder esta última pregunta, pero hay que mantenerla en espera y tenerla presente

Aquí es donde la pregunta de por qué la invención es una palabra que se prefiere a otras hoy se inserta adecuadamente aquí. Dice Derrida, “Es necesario inventar” En la modernidad se ha excluido como fuera de la razón, la imaginación y la creación, las cuales se relegaron a su contra parte romántica, a partir de la idea de “genio”. Ambas remiten a producción, a una necesidad de inventiva, como dice Derrida a un deseo de invención, y “es en el intervalo entre estas dos significaciones (inventar/crear, inventar/producir, inventar/instituir, inventar/imaginar, etc.) que reside precisamente la singularidad de ese deseo de inventar. Inventar no esto o aquello, tal *tekhné* o tal fábula sino inventar el mundo, un mundo, no América, el Nuevo Mundo, sino un mundo nuevo,

⁸⁸ Ibid., p.14.

otro hábitat, otro hombre, otro deseo incluso, etc.”⁸⁹ Inventar otra interpretación de la historia de América, es la invención producto de un deseo, incluso aquí en esta escritura, ya opera una propia invención.

Y a todo esto, Derrida sigue preguntando, ¿qué es una invención? ¿Hace algo? Entra en juego como respuesta un término de esta red de signos, otra distinción literaria del sistema, otra *différance*: una invención viene a encontrar.⁹⁰ De esta manera, encontrar es inventar, cuando esta acción viene a encontrar por vez primera. La novedad reside en el encuentro *invento* del objeto (por ejemplo un dispositivo técnico que no existía antes) o el acto, que resultado de encontrar o descubrir. En ambos casos, señala Derrida, tanto como objeto o como acto la invención no crea una existencia o mundo como conjunto de los existentes. Tampoco tiene el sentido teológico de una creación de la existencia *ex – nihilo*, sino que *descubre* por primera vez, devela lo que ya se encontraba allí, o produce una *tekhné*, que no se encontraba ahí, y por lo mismo no es creada sino “solamente agenciada a partir de una reserva de elementos existentes y disponibles, dentro de una configuración dada.”⁹¹

La invención de América, como interpretación de la historia de América juega en un solo sentido, se mantiene en él y excluye sus otras posibilidades. Es aquí donde el planteamiento de Edmundo O’Gorman, muestra al mismo tiempo que una riqueza interpretativa de la historia americana un límite. Al establecer una distinción entre invención y creación, América se desplaza hacia la historia de sus interpretaciones referidas a su sentido teológico, desmontaje que O’gorman elabora y que constituye su aporte teórico más asombroso. América, en esta propuesta o’gormniana, no sería pues un

⁸⁹ *Ibid.*, p. 15.

⁹⁰ *Ibid.*

descubrimiento sino una invención. Este historiador ha estado muy cerca de una deconstrucción radical del ser de América. Sin embargo, al mantenerse de un lado de la oposición invención/descubrimiento, al mantener ontológicamente un sesgo metafísico, no llegó a las consecuencias que su misma propuesta teórica deja ver: no sólo América es el resultado de una producción de sentido del mundo Occidental que le dio ser, no sólo hay producción en cuanto a objeto (una *tekhné, epistemé, istoria, methodos*) hay un evento que también tiene lugar como descubrimiento, que es inaugural, que inserta la novedad para ambos mundos.

La invención, en tanto término, dislocado de esta manera, en el desdibujamiento de la supuesta oposición binaria, se desestabiliza más. La consecuencia de pensar una en una invención de América, radica en que a través de todos sus desplazamientos semánticos la palabra permanece en *venir*. “el evento de una novedad que debe sorprender puesto que en el momento en el que sobreviene, un estatuto no podía ser detenido para esperarla y reducirla al mismo.”⁹² No se puede reducir la invención como producción de sentido a una totalidad cultural, época, episteme o paradigma, si es que se quiere hablar realmente de una invención. No hay una estatuto estable, fijo que ordene un sistema o una sociedad. De hecho, adviene una paradoja: “toda invención debería burlarse del estatuto pero no hay invención sin estatuto.”⁹³

De esta manera, señala Derrida, el estatuto de la invención en general, como de una en particular, supone el reconocimiento público de un origen, la asignación a un sujeto humano individual o colectivo responsable del *descubrimiento* o de la *producción* de una novedad *disponible* para todos. Y plantea la pregunta: “¿descubrimiento o producción?”

⁹¹ *Ibid.*, p. 16.

⁹² *Ibid.*, p. 16

⁹⁴ La pregunta misma señala ya un equívoco “si al menos no se reduce el *producir* en el sentido de puesta al día por el gesto de conducir o de adelantar, lo que volvería a develar o descubrir.” ⁹⁵ La oposición se desdibuja aún más, pues, como muestra Derrida, inventar es venir a encontrar allí, descubrir, develar, producir, actos que implican producir por primera vez una cosa, que podría encontrarse allí de manera todavía virtual o disimulada.

La tesis medular de O’Gorman que descansa en afirmar que lo que sucedió no fue un descubrimiento sino una invención, implicaría, de esta otra manera, considerar que no hay oposición, puesto que acontece un descubrimiento, tanto como una invención. En el fondo del planteamiento, habría que suponer que al ser América inventada, Colón también realizó una invención, es decir, que Cristobal Colón ha inventado América, lo cual sólo se podría sostener como señala Derrida, “en el sentido vuelto arcaico según el cual, como en la invención de la Cruz, esta vuelve solamente a descubrir una existencia que ya se encontraba ahí”. ⁹⁶ Y sin embargo,

el uso o el sistema de convenciones modernas, relativamente modernas, nos prohibiría hablar de la invención cuyo objeto sería una existencia como tal [en lo que O’Gorman estaría de acuerdo]. Si se hablara hoy de la invención de América o del Nuevo Mundo, se designaría más bien el descubrimiento o la producción de nuevos modos de existencia, de nuevas formas de aprehender, de proyectar o de habitar el mundo pero no la creación o el descubrimiento de la existencia misma del territorio llamado América [Con lo que O’Gorman, también estaría de acuerdo, salvo dos cosas: 1) el uso del termino descubrimiento para lo que él también ha querido señalar como producción de sentido y 2) el que no sólo se le da sentido a estas tierras a partir del horizonte cultural europeo del siglo XVI, sino que se producen nuevos modos de

⁹³ *Ibid.*, p. 17.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 19.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ *Ibid.*

existencia hacia ambos lados, de proyectar, aprehender y habitar, también hacia ambos lados, pues entonces habría que escribir también sobre la invención de Europa] ⁹⁷

Es el uso en el sistema de convenciones *relativamente* modernas el que ha determinado la construcción de la oposición invención/descubrimiento. Que América es inventada, es un enunciado posible, en el sentido establecido por O’Gorman, sólo en la modernidad, y aún este uso, bajo este estatuto permite hablar de un descubrimiento también, no como el descubrimiento de una existencia que ya se encontraba ahí sino como producción. O’Gorman escribe bajo este efecto semántico y retórico, produciendo, a su vez, cuando menos, una distinción relativa, dislocada, ficticia, inventada. Los efectos de esta oposición condujeron a discusiones polémicas durante años en el ámbito de la recepción de la obra, polémicas que, a partir de esto están sustentadas en un equívoco.

Si no hay, pues unidad temática o de sentido total que reapropiarse más allá de las instancias textuales, en un imaginario, una intencionalidad o un vivido, el texto no es ya la expresión o la representación (acertada o no) de alguna verdad que vendría a difractarse o reunirse en una literatura polisémica. Es ese concepto hermenéutico de polisemia el que habría que sustituir por el de diseminación. (La diseminación)

La tesis de *La invención de América*, puede verse ahora, sólo tiene y hace sentido de una manera dislocada e inestable, percibiendo el supuesto oculto de que el término invención es también tanto una variante diferida, un *rizoma*, del término descubrimiento, así como de otros de la misma red de significantes del sistema lingüístico, y viceversa. La noción de invención de América, articulada por O’Gorman, contiene inscrito en su

⁹⁷ *Ibid.*

estructura posibilidades de pensar que la cuestión del ser de América no es sólo una posibilidad, por anticipado, lingüística, sino que está puesta en una *diferencia*, respecto a su significado originario, en un sistema de *diferimiento*, donde esta noción estalla, precisamente porque no hay significación originaria y totalizadora en general. La noción de invención de América, sólo puede ser comprendida dentro de su sistema de diferencias.

El término invención, su inestabilidad, su indecidibilidad, podría continuar distinguiéndose con otros términos del sistema, su porvenir semántico está abierto, dispuesto a múltiples invenciones y re-invenciones. No es posible asirlo como cosa real, en sí, como un significado estable y definido de una vez y para siempre.

Cierro de manera abrupta, ante este por-venir del porvenir semántico, de tal manera que se pueda sentir el efecto de que hay un momento en que es tiempo de dejar de jugar. Y es éste el momento.

CAPÍTULO III

Diseminaciones: desplazamientos y diferencias.

Si no hay, pues, unidad temática o de sentido total que reapropiarse más allá de las instancias textuales, en un imaginario, una intencionalidad o un vivido, el texto no es ya la expresión o la representación (acertada o no) de alguna verdad que vendría a difractarse o reunirse en una literatura polisémica. Es ese concepto hermenéutico de polisemia el que habría que sustituir por e de diseminación.

-Jacques Derrida,
(La doble sesión)

En el capítulo primero quedó demostrado el hecho de que todo sentido no es más que sentido *inscrito*, debido a su condición de ser *escritura* que precede todo lenguaje; debido a su condición de ser una huella que contiene la marca de aquello que lo origina y la hace posible ^{huella del origen}; y debido a su posibilidad de repetirse en ausencia de emisor y destinatario. Eso que se llama sentido no es más que huella del origen del sentido, y con esto muestra, su fragilidad e inestabilidad profunda. En el capítulo segundo, la inmersión en la obra de O’Gorman para desmontar su textualidad, puso de manifiesto a un mismo

tiempo sus condiciones de posibilidad como de imposibilidad, demostrando la fragilidad, fuerza y límite del discurso histórico en general. El propósito de este capítulo es hacer que irrumpa, a modo de otro juego, la diseminación de los múltiples sentidos de *La invención de América*.

En ocasiones habrá [...] que medir en una acumulación estadística de “citas” los efectos calculados y regularmente ritmados de una recurrencia. Como la exigencia de este ángulo, tal acumulación resultará el único medio, no de presentar, sino de simular presentar el texto que, más que cualquier otra cosa, se escribe y se lee, presenta su propia lectura, presenta su propia presentación y hace la sustracción de esa operación incesante. (La diseminación)

Hablar de una diseminación, hay que recordarlo aquí, no es entender por ésta la multiplicidad o pluralidad de sentidos que pueden ser atribuidos a una marca, a una escritura o enunciado en particular. Es hablar, más bien, de la partición o estallamiento, de la puesta en diferencia de todas las posibilidades del sentido de una huella, esto es, de una escritura en tanto marca. Vuelvo a la cita del capítulo 1: “el diferimiento de la posibilidad misma del sentido en general; la operación textual por medio de la cual todo sentido, el ámbito mismo del sentido, aparece como la inscripción derivada de una *escritura* que lo precede y, por lo tanto, no se constituye en él.”¹

En consecuencia con esto, en este capítulo se analizarán, se leerán varias lecturas que sobre O’Gorman se han hecho, en distintos momentos, pero no con la finalidad de devolverlas exclusivamente al contexto al que pertenecen y desde dónde se leyeron, para esclarecer el sentido, tanto histórico como el atribuido desde un contexto distinto, pero validado por el primero, y con esto señalar cómo ha de ser comprendida la obra. Como si el

¹ José Bernal Pastor, *op. cit.*, p. 12.

sentido de una obra estuviese determinado absolutamente por los lectores. Como ya se ha visto, una lectura hermenéutica no queda descansando ahí, como si fuese posible saturar el contexto totalmente para llegar al sentido pleno, al origen del sentido. De esta manera lo que se busca es establecer el juego de las diferencias *del* sentido, de la puesta en diferencia del significado originario del discurso o'gormaniano.

Abre, por el contrario, camino a “la” simiente que no (se) produce pues, no se adelanta más que en plural. Singular plural que ningún origen singular habrá precedido jamás. Germinación, diseminación. No hay primera inseminación. La simiente es primero dispersada. La inseminación “primera” es diseminación. Huella, injerto cuyo rastro se pierde. Se trate de lo que se denomina “lenguaje” (discurso, texto, etc.) o de inseminación “real” cada término es un germen, cada germen es un término. (La diseminación)

Implicaciones: a) la consideración de que estas lecturas selectivas no atribuyen *el sentido* a la obra, aunque hayan tenido como propósito hacerlo, y el efecto haya sido, en efecto, éste; b) que *La invención de América*, tiene posibilidades de repetirse en ausencia de todo contexto, e independientemente de él, mas allá de su inscripción y más allá de sus lecturas, porque la obra se disemina, se desdobra en el propio acto de repetirse en ausencia; c) Que leer *La invención de América* de esta manera, pone en cuestión al discurso histórico como lo impensado de la sociedad moderna, en tanto la recuperación del pasado es constantemente inestable. Por un lado, no hay algo así como lo real en historia, esta no constituye más que una construcción discursiva que ha de ser entendida, por el otro lado, como el cruce y tejido de múltiples textos que son, a su vez, también ellos construcciones determinadas y producidas por discursos.

Riesgos: que al terminar el capítulo y el escrito en general, pueda leerse como una apología de la arbitrariedad del signo, de una relatividad astuta y retórica que intenta volver lo real, el mundo, una inestabilidad absurda, ante un conjunto de discursos estabilizadores y homogeneizadores, que parten del hecho constatable de que la reducción de complejidad es la única manera de volver inteligible lo que permanece como impensado. Sin embargo este es un riesgo menor, frente a aquel que implicaría que la deconstrucción no es más que la destrucción del discurso histórico en donde al no tener la certeza del pasado, no sirva de nada la producción del conocimiento histórico.

Apuesta: leer de esta manera lo inasible, lo inestable, es una forma de apostar en medio de la incertidumbre: ^{Como el vértigo que da cuando uno no puede resistir caer hacia lo desconocido, que sin embargo seduce, y por eso se cae,} por una teoría de la historia y por una historiografía que tenga como cuestión *la pregunta*, el qué de sus planteamientos, lo que al principio ya denominé como lugar de enunciación: la posteoría, caracterizada como: “a) la disolución disciplinaria; b) la elaboración simultánea de teorías a partir de epistemologías ‘discrepantes’; c) la producción teórica desde los ‘márgenes’; y d) la búsqueda por un ‘más allá’, un tercer espacio teórico.”²

La escritura, el fuego, la desaparición, el “sin fin”, el número, lo innumerable, la hierba, son citas y enunciados citados sobre la necesidad de esos efectos citativos. Estos nos describen la línea de una relación simple entre dos textos o dos consumaciones de fuegos, os arrastran a un desplazamiento de constelación o de laberinto. No se mantienen el “marco de esa hoja de papel” No sólo son infinitas las remisiones, sino que os hacen circular entre textos y estructuras de remisión heterogéneas. Así las citas son a veces “citas” de “citas” (leéis aún esta palabra

² Fernando de Toro, “Exploraciones es posteoría: Nuevos tiempos” *op. cit.*, p. 48.

entrecomillas antes de someterla, en su momento, a examen), remisiones laterales o directas, horizontales o verticales, casi siempre redobladas, la mayor parte de las veces en sesgo. (La diseminación)

Edmundo O’Gorman: desdoblamientos.

Las lecturas, los modos de apropiación y recepción a los cuales fue sujeta la obra de *La Invención de América* resultaron ser muy heterogéneos. Podría decirse que hubo desde elogio hasta encono. Desde la primera edición esta obra levantó controversias y en cierto modo, llegó a ser polémica. Quizá, arriesgo a decir, que aún lo es. Su recepción, al interior de la comunidad científica de los historiadores en México, estuvo limitada a algunos círculos.³ Estas afirmaciones que hago, tienen su sustento, relativamente, a partir de dos consideraciones. La primera es que O’Gorman, actualmente, es considerado como uno de los más importantes historiadores mexicanos. De homenajes en homenajes, incluso un premio del INAH lleva su nombre.⁴ Este reconocimiento le fue adjudicado, a lo largo de su trabajo, por todo un conjunto de textos que tuvieron más que ver con sus estudios sobre el México novo-hispano, sus investigaciones sobre las crónicas y sus agudos análisis del siglo XIX, que por el alcance de sus planteamientos teóricos.⁵ Sin embargo, y en segundo lugar, O’Gorman no fue considerado tanto, por su trabajo de *La invención de América*, en todo lo que éste

³ De hecho, mucho antes de la publicación de este texto, en general, los primeros trabajos de O’Gorman durante las décadas de los 40s y 50s causaron sobresalto y fueron más comúnmente aceptadas hasta finales de los 70s. (Josefina Zoraida Vázquez, “Discurso” en *La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario 1976*, p. 15) En esto coincidió también Juan A. Ortega y Medina, para quien O’Gorman resulto invariablemente polémico, principalmente frente a los historiadores de corte cientificista y aún para otros cuyo trabajo no era realmente comprendido (*Ibid.*, pp. 11-14). El mismo O’Gorman reconoció que así era, que su propuesta nunca fue bien recibida, que pasó siempre condiciones adversas. (*Ibid.*, p.21).

⁴ Uno de los últimos homenajes puede verse en: Josefina MacGregor (coord.) *Homenaje a Edmundo O’Gorman*.

⁵ Al respecto puede hacerse un balance relativo en los discursos de homenaje en 1976, *op.cit.*

propuso, proyectó y cuestionó teóricamente de la misma historiografía sobre América y de México en lo particular.

¿Por qué *La invención de América* no fue recibida, leída y apropiada en todo lo que ésta propuso, en toda su dimensión teórica, sino sólo en la novedad básica que plantea su tesis? Incluso, ¿Por qué una de sus cadenas de signos, como es *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, no sólo tuvo una recepción limitada,⁶ sino que ni siquiera hoy se ha reeditado, además de que las consideraciones teóricas de fondo pasaron desapercibidas por la comunidad de los historiadores? ¿Cuál es el O’Gorman que ha sido leído, celebrado, homenajeado, engrandecido, y cuál el que ha sido ignorado, poco leído y profundizado?

Las primeras respuestas de sentido común, para algunos historiadores, con las cuales salen al paso fácilmente, son que éste historiador es realmente un filósofo de la historia; que trabajos como *La invención de América* o *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, tienen más que ver con un discurso filosófico de la historia que con la práctica misma de hacer historia. De hecho, se puede afirmar que, para muchos historiadores, es al O’Gorman historiador, aquel que desarrolló una amplia crítica de fuentes, que escribió a base de datos,^{Pruebas empíricas} y que propuso explicaciones coherentes del origen de la Nación y de los problemas políticos contemporáneos, al que hay que considerar al interior del discurso histórico mexicano, como historiador, en cuanto tal.

Pues bien, lo que se experimenta en el trabajo deconstructivo es que a menudo, no solamente en ciertos textos en particular, sino quizá en el límite de todo texto, hay un momento en que leer consiste en experimentar que

⁶ Hay que señalar aquí, que una excepción es Ortega y Medina, quien prestó más atención a esta obra y la calificó como un nuevo método histórico, persuasivo para los historiadores que los convertía a la historiología e historicismo. Aunque, finalmente le adjudica a la obra una vertiente totalmente filosófica. (*Ibid.*, p.12).

el sentido no es accesible, que no hay un sentido escondido detrás de los signos, que el concepto tradicional de lectura no resiste ante la experiencia del texto; y en consecuencia, que lo que se lee es una cierta ilegibilidad. (“Lo ilegible”)

Me parece que estas cuestiones tendrían que plantearse a partir de una lectura dislocada, temporalmente hablando, esto es, no lineal. Dado que ninguna lectura esta sujeta a un contexto determinado, ni temporal, ni espacialmente, habría que hacer la siguiente afirmación: que las lecturas que recibió O’Gorman, por lo menos hasta finales de los 80s en México, se realizaron “*fuera de contexto*”.⁷ Es decir, fuera de los planteamientos críticos del giro lingüístico, y de todo giro al interior de las mismas ciencias humanas (giro hermenéutico, giro psicoanalítico, giro deconstructivo, giro historiográfico, etc.), fuera, además, de todos los *post*, también al interior de las ciencias humanas (postestructuralismo, postmodernidad, postcolonialidad, posteoría, etc.).

Por una parte, estos giros y estos *post*, son, de alguna manera, ya esbozados e insinuados, por O’Gorman, en algunos puntos y ejes de su teoría. Aclaro, *esbozados e insinuados* en algunos ejes de su teoría, porque, a partir de lo que hemos analizado de su obra y en los límites a los cuales se circunscribe el planteamiento de *La Invención de América*, presentan ya puntos críticos y centrales que los giros que están sucediendo en su momento histórico, que más adelante se considerarán y problematizarán. Por otra, estos giros y estos *post* son los que han posibilitado leer en O’Gorman planteamientos críticos de la historiografía mexicana y americana en general, que no habían podido ser leídos antes.

⁷ Sigo aquí, aunque para mi caso muy particular, la sugerencia de poder afirmar algo semejante en cuanto a la lectura de un texto. Fernando de Toro (“Borges, Derrida y la escritura” en *Intersecciones II. Ensayos sobre cultura y literatura en la condición postmoderna y postcolonial*, pp. 151-166) propone, para el caso de la crítica que recibió el escritor Jorge Luis Borges, esta idea de que la lectura se realizó *fuera de contexto*, esto es, que los códigos de lectura tuvieron que cambiar para poder leer en Borges cuestiones que pasaron desapercibidas por la crítica y por sus lectores contemporáneos.

Con esto, no pretendo decir que la obra de O’Gorman haya sido escrita a partir del giro lingüístico tal y como lo harán, o vinieron haciendo, en otros contextos y posteriormente, otras comunidades científicas. Tampoco pretendo decir que O’Gorman haya sido un postmoderno o que su planteamiento sea post-colonial, pues como se ha visto O’Gorman está determinado mucho por el planteamiento moderno de la historia.⁸ No hay que olvidar que se circunscribe en el proyecto moderno de la universalización de la cultura occidental. En otras palabras, no se trata de sugerir, como lo hace Walter Mignolo,⁸ que O’Gorman ya había realizado un trabajo *similar* al que hoy realizan los estudios postcoloniales. Pero tampoco, se trata de decir, como lo hace Fernando de Toro, que es un *error* y una *distorsión* histórica y académica afirmar que O’Gorman hizo una propuesta similar a la que hizo Edward Said o Homi Bhabha.⁹

De lo que se trata es de comprender que los planteamientos que despliega *La invención de América*, no pudieron ser leídos hasta que no cambiaran los códigos de lectura, al menos en el caso mexicano, de cierto sector de la comunidad de historiadores. Se trata de observar que O’Gorman ya contiene planteamientos, análisis y propuestas, quizá muy incipientes, que sólo pueden comprenderse hoy. Esto explica porque, incluso Mignolo propone como similar el trabajo de O’Gorman al de Said.

Ejemplifico, aquí sólo con un planteamiento. La tesis de que América es una invención, esto es una producción, una proyección del mundo occidental europeo, a modo de réplica, es lo que permite que se equipare al de Said, quien, por ejemplo en su texto de

⁸ “Colonial and postcolonial Discourse: cultural Critique or academic Colonialism?” en *Latin American Literary Review*, 28, pp. 120-134. Citado por Fernando de Toro, *Intersecciones II, op. cit.*, p. 82.

⁹ Es cierto que el discurso postcolonial tiene especificidades en su marco analítico y epistemológico sustentado en el postestructuralismo, así como la consideración en sus análisis de insertar vertientes discursivas como el feminismo, la etnicidad y la multiculturalidad. Pero sólo desde esta descripción, por supuesto que O’Gorman no es un postcolonialista. (*Ibid.*, p. 82)

Orientalismo ¹⁰ muestra cómo el oriente también es una invención del mundo Occidental. No son similares, en ningún modo, en la forma de tratamiento teórico y análisis del objeto.

A continuación se verán las lecturas que se realizaron “fuera de contexto”. No pretenden ser exhaustivas, ni se referirán a la generalidad de la recepción durante más de tres décadas. Sólo esbozaré una pequeña muestra de éstas. Posteriormente, se verán las lecturas que fueron posibles a partir del cambio de los códigos de lectura. Por último, cómo lo que ahora llamaré *Texto* o’gormaniano se manifiesta en su radical iterabilidad, y cómo su horizonte de sentido se deja estallar por la escritura. En resumen, se trata de desplegar una diseminación de los posibles sentidos.

Un texto no se deja apropiar. Dice siempre más o menos de lo que habría debido decir, y se separa de su origen; en consecuencia, no pertenece ni a su autor ni al lector... Un texto es un foco de resistencia. (“Lo ilegible”)

Lecturas “fuera de contexto”.

El enunciado, puesto a modo de subtítulo, lecturas “fuera de contexto”, tiene una función retórica. Señalo con éste, la complejidad desarrollada a lo largo de este trabajo: la textualidad, la huella, su iterabilidad en cuanto marca comunicable, transmisible, diseminable, que no se agota en el presente de su inscripción, que se sustrae, en tanto marca, a su horizonte semántico o hermenéutico haciéndolos estallar. Complejidad que pone un límite a la cuestión misma del contexto: haciendo imposible una determinación total del mismo o una saturación empírica que agote el sentido, aún polisémicamente. Con este enunciado –vale la pena reiterarlo– no quiero decir que a O’Gorman le

¹⁰ Edward Said, *Orientalismo*.

pertenezca un contexto determinado que lo haga comprensible en su sentido pleno y que los autores que presentaré no lo hayan leído en ese contexto, y por lo tanto su lectura sea incorrecta. Tampoco quiero decir, que cualquier contexto presente de recepción se vuelva, a su vez, un contexto determinable que haga de *La invención* su verdadero sentido. Queda descartado, al mismo tiempo, que el contexto de lectura que propondré inscriba el auténtico sentido factible de la obra. No hay sentido. Hay lectura/escritura de un texto, uno lee y al mismo tiempo se inscribe escribiendo y leyendo. Vuelvo a insistir en que se trata sólo de que los códigos de lectura tuvieron que cambiar para poder leer en O’Gorman cuestiones que pasaron desapercibidas por la historiografía y por sus lectores contemporáneos, y que esto hace jugar el efecto de hacerlas pasar como “fuera de contexto”. En otras palabras, sólo juego con este enunciado.

a) *Juan A. Ortega y Medina y Álvaro Matute: contextualizar para comprender a O’Gorman*

Entre sus discípulos, dos son los que en primer lugar llaman más la atención y que hacen posible este juego: Juan A. Ortega y Medina y Álvaro Matute. A mi parecer, son los que ponen atención a los planteamientos teóricos de O’Gorman. Ambas lecturas están inscritas en el mismo código de lectura contemporáneo de O’Gorman: el historicismo en oposición al cientificismo. La primera más apegada a las características ontológicas de la obra, la segunda enfatiza su carácter dialéctico. Al menos, como yo las voy a leer, ambas lecturas tratan de hacer dos énfasis: 1) esclarecer el sentido de la obra, en general, de O’Gorman a partir de situarlo históricamente, esto es, contextualizarlo en sus desarrollos teóricos (para uno de ellos, filosóficos) y sus interpretaciones históricas; atribuir sentido a

la obra o'gormaniana. 2) contestar una pregunta implícita a lo largo de la trayectoria de Edmundo O'Gorman como historiador: ¿Cuál es el aporte y significación de todo el conjunto de esta obra histórica?

Ortega y Medina considera de suma importancia los aspectos teóricos planteados por O'Gorman.¹¹ Comienza señalando cómo se sitúa este historiador en la vertiente heideggeriana, principalmente en su libro de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. A partir de esta vertiente le queda claro que el énfasis puesto por O'Gorman es el de dar cuenta de la idea del descubrimiento, en tanto la comprensión que dicho suceso tiene. Una historia de la historia del mismo. Plantea que esta propuesta cierra una teoría absoluta de la historia, abriendo una historia plural que es historia como vida. El carácter ontológico que resalta parte del señalamiento o'gormaniano de que un hecho histórico para ser tal debe llevar una intencionalidad situada históricamente. Es decir, debe ser dotado de sentido e intención. En consecuencia, en el caso del descubrimiento de América lo importante es saber cómo se le atribuyó sentido al suceso y no cómo fue en su apariencia externa. La clave es la historia como idea, la realidad histórica que tiene significación en la conciencia histórica como una idea previa. La lectura de Ortega y Medina, señala, además, que la propuesta o'gormaniana pone en crisis a la historia fáctica y causal. Finalmente, de lo que se trata en el planteamiento de *La invención* es de descubrir la estructura del ser del descubrimiento de América.

Por su parte, Álvaro Matute¹² pone el énfasis en la pregunta que realiza O'Gorman por el ser, ya no sólo de América sino del ser mexicano. A partir del desarrollo del recorrido intelectual de este historiador, señala lo dialéctico de la

¹¹ *Ibid.*, pp. 41-49.

¹² *Ibid.*, pp. 75-93.

propuesta: el enfrentamiento de dos corrientes generadas dentro del mundo criollo novohispano, dos corrientes que representan la tradición y la modernidad, una católica y la otra liberal y republicana. Contradicción que es superada en el terreno histórico llegando a una síntesis, que reconcilia los contrarios en el terreno de la integración política de la nación y que se refleja en el campo historiográfico y social, con el mestizaje. Sin embargo, señala, Matute, la crítica de O’Gorman opone nuevamente otros dos contrarios: federalismo y centralismo, lo cual lleva a México a transitar por un camino de adaptación y no de libertad. En 1945, indica Matute, O’Gorman todavía proponía en su análisis la construcción de una auténtica utopía hispanoamericana, mas adelante va superándola, construyendo nuevos procesos dialécticos, aceptando la posibilidad de la imitación cotejada con el tradicionalismo, a propósito de un análisis histórico del ser mexicano de la nación. “Todo el período que podría abarcar, digamos, de 1814 (Apatzingan) a 1854 está concebido como una totalidad integrada por momentos contradictorios, y a su vez, cada uno de esos momentos, es por sí otra totalidad que comprende a su propia contradicción.”¹³ Para Álvaro Matute, el propósito de O’Gorman está centrado siempre en desentrañar el ser de México nacional de manera historicista y dialéctica, que permiten comprender mejor el problema.

Con *La invención de América*, el sentido del monarquismo es naturalmente europeo y el del republicanismo es naturalmente americano, triunfando la conquista de la auténtica nacionalidad. La significación americanista es la muerte política de la Nueva España, pero aún con sus enormes contradicciones. Matute concluye en que el historicismo de O’Gorman no está sólo en torno al saber histórico, sino también en sus trabajos como historiador. En esta lectura de O’Gorman se puede observar la intención de

¹³ *Ibid.*, p. 88.

Matute por esclarecer y difundir la coherencia entre el planteamiento teórico de O’Gorman y su trabajo de historiador, quizá frente a una comunidad de historiadores deseos de oír un enlace entre éste y de conmemorar más al historiador que al teórico de la historia.

Ortega y Medina, además de compartir como mismo horizonte el historicismo y su debate con el neopositivismo, comparte también la idea de la historia centrada en la interpretación del pasado determinado por la vivencia, que hace dicha interpretación válida desde un punto de vista. ^{La noción de punto de vista inherente al historicismo.} Por lo tanto, la historia es relativa a éste. Desde este horizonte, Ortega y Medina enfatiza que el trabajo de Edmundo O’Gorman, del cuál *La invención de América* constituye la síntesis más acabada, ha de ser comprendido. Este sería el aporte más significativo de su obra, la historia como punto de vista, la historia como parte de la vida, el hecho histórico no es tal si no es significado por una intencionalidad, por lo que hay que comprender cómo se les atribuye sentido.

Álvaro Matute, por su parte, a partir de una contextualización de la obra busca atribuir el sentido a partir de la comprensión de la explicación dialéctica explícita en los textos históricos de O’Gorman. La comprensión histórica del ser mexicano, radica, según Matute, en entender, que el pasado al ser contradictorio, ha de explicarse mediante la síntesis llevada a cabo por O’gorman en su explicación histórica. Este es el aporte teórico e histórico de la obra.

Ambas lecturas “fuera de contexto” no explican los alcances teóricos de *La invención de América*. Menciono un ejemplo, además de lo que se ha tratado en los capítulos precedentes. Las cuestiones de la representación del mundo americano en las

crónicas y otros textos de lo siglo XVI en adelante, no se toman en cuenta, en tanto representaciones discursivas, con todos los alcances que esto implica. ¿Por qué? Porque el planteamiento de la escritura como representación sólo será posible hasta los años 60s en los que las problemáticas epistemológicas de las ciencias humanas y la literatura confrontan al logos occidental, y cuya recepción en México ocurrirá con mayor fuerza hasta mediados de los años 70s.¹⁴ En el campo de la historia se podrá hablar de una recepción hasta finales de los años 80s. A mi juicio, y como ya lo he señalado en capítulos precedentes, O’Gorman elabora planteamientos historiográficos críticos que hoy pueden ser leídos de otra manera, por ejemplo, a partir de las implicaciones del concepto de representación, ¿qué involucra el que América sea una representación del discurso histórico Occidental, y en este sentido se lea la noción de invención?

Extraeremos como primera consecuencia que el concepto significado no está nunca presente en sí mismo, en una presencia suficiente que no conduciría más que a sí misma. Todo concepto está por derecho y esencialmente inscrito en una cadena o en un sistema en el interior del cual remite a otro, a los otros conceptos, por un juego sistemático de diferencias. (“La différence”)

b) Enrique Dussel y el encubrimiento del Otro.

Hasta aquí, se puede observar un cierto tipo de lecturas “fuera de contexto” realizadas al interior del centro de recepción o’gormaniana, es decir, dentro de la comunidad científica de los historiadores puntualizada por dos de sus discípulos. Ahora dispondré de un ejemplo al margen. Se trata de un margen, pues es una lectura, no sólo “fuera de contexto” en el sentido retórico, sino también fuera de contexto, en el sentido

¹⁴ Por ejemplo en el campo de la literatura las teorías europeas (estructuralismo, semiótica, recepción estética, entre otras) hacen posible una renovación de los estudios literarios, así como posibilita un impulso, particularmente en México y Argentina. (Fernando de Toro, “¿Desde dónde hablar? Posiciones postmodernas/postcoloniales, *Intersecciones, op. cit.*, p. 24)

de que el lugar desde donde habla y escribe historia está bajo otras coordenadas epistemológicas, otra manera de ver la historia y un compromiso político específico. Marginal, porque no ha sido considerado en la crítica historiográfica, propiamente hablando: se trata del historiador y filósofo Enrique Dussel.

En una compilación de ponencias intitulada *1492 El encubrimiento del otro*,¹⁵ este filósofo elabora, en una de sus partes, una crítica al planteamiento de O’Gorman. Pretende elucidar la cuestión de la noción de invención, oponiéndole a ésta la de *encubrimiento* como un intento de superar la oposición o’gormaniana invención/descubrimiento. Las redes discursivas en las que desarrolla su discusión con O’Gorman son dos: 1) elucidar sobre el origen de lo que él llama *el mito de la modernidad*; 2) participar en el debate historiográfico en torno al V centenario del “descubrimiento de América”. Ofrece sus reflexiones en un contexto básico: 1992, quinto centenario del “descubrimiento de América”. Quiere que estas sean una “audaz reconstrucción de las razones y los argumentos necesarios al camino de los explotados, oprimidos y discriminados del continente.” Al menos así, sitúa el editor el trabajo de esta serie de conferencias.¹⁶

El texto de Dussel, que entra en diálogo con O’Gorman pertenece a una segunda serie de conferencias, la cual comienza con las siguientes distinciones: “invención”, “descubrimiento”, junto con las de “conquista” y “colonización”. Éstas son “figuras(*Gestalten*)” históricas con contenidos teóricos distintos, tanto sincrónicos como diacrónicos. Se trata de diferentes “experiencias existenciales”¹⁷ Aquí, se ubica, de entrada, en el mismo plano ontológico que O’Gorman. Apela a una experiencia

¹⁵ Enrique Dussel, *1492 El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad*.

¹⁶ Renato Rodríguez, “Prólogo”, en Enrique Dussel, *El encubrimiento*, 8-9.

¹⁷ *Ibid.*, p. 35.

ontológica, esto es a una vivencia. En consecuencia Dussel plantea la cuestión por cuál es la experiencia de esta masa continental llamada América, cuál la experiencia humana, tanto del hombre europeo como del indígena americano.

La fenomenología no ha criticado a la metafísica en sus hechos sino para restaurarla. Le ha dicho su hecho para despertarla a la esencia de su tarea, a la originalidad auténtica de su diseño. (“la forma y el querer-decir”)

Reconoce en el texto o’gormaniano una propuesta clara y definida, al articular esa figura (*Gestalt*) de la “invención” de América. Califica a O’Gorman como el gran historiador mexicano y coincide como planteamiento general de su lectura, en que Colón no descubrió América en un sentido estricto ontológico. Pero, como se verá, el trato que le da es distinto de lo que enuncia en su segundo párrafo, pues no sólo quiere corregir el grado de error en la interpretación de O’Gorman para insertar el planteamiento de éste en su gran discurso del origen del mito de la modernidad, sino que además, lo adjetiva y ubica tanto ideológicamente como historiográficamente en “lugares” que no necesariamente le corresponderían a O’Gorman. Enrique Dussel elabora su escritura con una pretensión de “validez, universal y necesaria” (retórica y *episteme* común en el campo discursivo elaborado por Dussel, como *filosofía de la liberación* y hoy, como *Ética de la liberación*), tanto en el planteamiento, contenidos e interpretación que ofrece, piensa y construye por encima del texto que crítica.

Señala, además, la importancia del planteamiento de O’Gorman al enfatizar que Colón interpretó el “mundo” encontrado como algo conocido de antemano, pero a diferencia de O’Gorman, esta interpretación se da como una experiencia estética, aunque no explorada todavía, como la experiencia asiática. Dussel lee en O’Gorman, no la

invención de una América, como replica de Europa, sino como la invención, en concreto, de un “ser asiático”. Es decir, que lo que el europeo encuentra es al hombre asiático, producto de la certeza colombina de haber pisado en sus cuatro viajes, el continente asiático. “Esto es lo que llamamos la ‘invención’ del “ser-asiático’ de América. Es decir, el ‘ser-asiático’ de este continente sólo existió en el ‘imaginario’ de aquellos europeos renacentistas.”¹⁸

Afirma que O’Gorman es un historiador eurocéntrico. Este eurocentrismo que caracteriza a O’Gorman está dado a partir de lo que según él es la condición de la propuesta de *La invención*. América sólo es un ente por actualizar, por lo que América fue inventada a imagen y semejanza de Europa. Es aquí donde Dussel intenta *desenmascarar* se trata de una hermenéutica de la sospecha lo que está velado, el punto ciego.¹⁹ Desde la perspectiva de Dussel, Edmundo O’Gorman es eurocéntrico, además, porque escribe e investiga bajo el signo de una colonización imperialista. Es decir que escribe la historia de México pensando que Europa es el centro del mundo y de la reflexión historiográfica. Por su parte, Dussel, propone su lectura crítica de O’Gorman y su escritura de la historia, como una lectura hecha *desde y en* América Latina.²⁰

¹⁸ *Ibid.*, pp. 43 y 44.

¹⁹ En una nota al pie de página afirma que a O’Gorman le pasa lo que a Freud, quien pretendiendo describir la sexualidad real y objetiva, analiza la sexualidad machista, de tal modo que O’Gorman describe, según él, la historicidad americana por un eurocentrismo que asume, además, la doctrina de la *potentia* y de la *actualitas* de Aristóteles. Es decir, el ser de América, la materia, es mera potencia, mera posibilidad de ser, sin ningún ser propio tal y como pensaba Hegel. Por inteligente que parezca el análisis, hay que señalar que en dicha nota al pie (y hay que recordar que muchas veces son éstas, las notas, las que constituyen la verdadera centralidad –si acaso hay una- de un discurso) menciona el caso similar de Alberto Catarelli, quien en su texto *América Bifronte*, resulta ser la “más espeluznante interpretación reaccionaria, desde la extrema derecha, del no-ser americano: ‘América en bruto.’” (*Ibid.*, p.46).

²⁰ Es interesante el argumento histórico que esgrime Dussel para hace notar que, invariablemente Europa ha sido un centro limitadamente. Señala que Europa, ni del norte, ni del sur eran, en el siglo XVI, en realidad el “centro”. Desde la teoría del sistema mundo, coloca al Norte del África y a los turcos (mundo musulmán) como el centro mismo de dicho sistema. Situación histórica que cambiara con la toma de Granada y el “descubrimiento” del Nuevo Mundo, pasando a ser el centro España y Portugal.

La différence no es una distinción, una esencia o una oposición sino un movimiento de espaciamiento, un “devenir-espacio” de tiempo, un “devenir-tiempo” del espacio, una referencia a la alteridad, una heterogeneidad que no es primero oposicional. De aquí proviene cierta inscripción de lo mismo, que no es lo idéntico, como différence. Economía y aneconomía a la vez. [...] Luego, mi trabajo se desplegó en un largo cuestionamiento de todas las diferencias consideradas como simples oposiciones. Insisto en ello, la différence no es una oposición, ni siquiera una oposición dialéctica: es una reafirmación de lo mismo, una economía de lo mismo en su relación con el otro, sin que sea necesario, para que exista, cuajarla o fijarla en una distinción o un sistema de oposiciones duales. (Y mañana que...)

A partir de la noción de eurocentrismo Dussel indaga sobre el origen del “mito de la modernidad”. Este mito tiene una matriz racional emancipadora, pero al mismo tiempo, otra irracional, que justifica la violencia. ^{Un realismo crítico.} De esta manera, Dussel afirma su posición en el discurso, distinguiéndose del discurso posmoderno, el cual, elabora solamente una crítica a la razón moderna como razón, mientras que él, quiere sólo hacer una crítica a la razón moderna, en tanto que ésta encubre un mito irracional. Se coloca pues, dentro del mismo discurso de la razón y la modernidad sospechando que éste encubre algo que hay que develar. La modernidad sigue siendo para él un discurso factible y un proyecto futuro.

Para Dussel el eurocentrismo descansa en un mito fundador, mito originario: 1492 es fecha de nacimiento de la modernidad, que en su proceso de conformación y al confrontarse con “el Otro”, terminó encubriéndolo como “lo Mismo”. ²¹ Hay que señalar

²¹ Para Dussel se trata de un mito de violencia *sacrificial* muy particular que encubrió al no-europeo. Retórica que es importante señalar porque permite observar el lugar teológico cristiano y el lugar epistémico de Dussel.

que este planteamiento lleva ya implícito que ese “Otro” no fue descubierto sino inventado, esto es producto de la lectura de O’Gorman.

Como conclusión, Dussel afirma que a diferencia de los posmodernos, no intenta “criticar a la razón *en cuanto tal*” (Cursivas mías),²² sino su constitución dominadora, victimaria y violenta. No se trata de negar el núcleo racional, en cuanto a razón universal, sino su momento irracional como mito sacrificial. Al interior del planteamiento descansa ya el establecimiento de una nueva oposición metafísica. Afirmamos la ‘razón del Otro’ hacia una *mundialidad* Trans-moderna.’²³

En El monolingüismo del otro, siempre desconfié del culto de la identidad, así como de lo comunitario, que con tanta frecuencia le está asociado. [...] Por lo tanto, comparto su inquietud ante la lógica comunitaria, ante la compulsión de la identidad, y resisto como usted, a ese movimiento que tiende hacia un narcisismo de las minorías que se desarrolla en todas partes, inclusive en los movimientos feministas. En ciertas situaciones, no obstante, hay que asumir responsabilidades políticas que nos ordenan cierta solidaridad con los que luchan contra tal o cual discriminación, y para hacer reconocer cuándo una identidad nacional o lingüística amenazada, marginalizada, puesta en minoría deslegitimizada, o incluso, cuando una comunidad religiosa es sometida a la opresión. (Y mañana que...)

Para Dussel, la tarea es afirmar a América Latina, reconstruyendo histórica y arqueológicamente una visión que corrija la desviación eurocentrista. Un esencialismo trastoca estas afirmaciones, un esencialismo en busca de la identidad originaria. Dicha reconstrucción parte de una reelaboración histórica que va de Oeste hacia el Este, es decir desde Amerindia como prefiere llamarla Dussel hacia la Historia Mundial. A lo largo de este recuento histórico, cuya pretensión es dar un reverso de la historia descentralizando a Europa, Dussel coloca como

²² *Loc.cit.*

²³ *Ibid.*, p. 34.

sujeto clave de su hermenéutica del Otro, al indio, quien encubierto por Occidente ha sido víctima sacrificial, y no tanto una invención occidental.

Enrique Dussel hace la lectura de O’Gorman a partir de una narración totalizante y universalizante. Podría caracterizarse como una lectura esencialista, es decir como un discurso que pretende ser, a su vez, un contradiscurso.²⁴ Su trabajo filosófico ha consistido en buscar construir un Sujeto propio de enunciación y un Objeto de conocimiento propio desde América Latina: los pobres y los indios. Para de Toro, esta búsqueda no es más que una búsqueda metafísica del origen “un regreso a una identidad perdida (una entelequia), pero que se piensa recuperable.”²⁵ Es el intento de hacer irrumpir una fractura en la Otridad mediante la recuperación de un origen.

Como se puede observar, esta lectura sobre O’Gorman, en tanto discurso esencialista, funciona, como lo he señalado dentro de los mismos parámetros del discurso logocéntrico “(como autorepresentación del sentido, como presencia) y eurocéntrico, esto es, en el binarismo Sujeto/Otro, allá/aquí.”²⁶ Dussel elabora su crítica a *La Invención de América* a partir de la construcción de un nuevo gran relato propiamente moderno.

Esto en modo alguno me impide desconfiar de la reivindicación identitaria o comunitaria en cuanto tal. Pero debo hacerla mía, por lo menos provisionalmente, allí donde compruebo una discriminación o una amenaza. [...] Puedo entonces aceptar una alianza momentánea, prudente, al tiempo que subrayo sus límites, haciéndolos tan explícitos e inteligibles como sea posible. Por lo tanto, no vacilo en apoyar, por modestamente que sea, causas

²⁴ Fernando de Toro caracteriza dos reacciones ante el discurso postmoderno. Estas circunscritas a la práctica de la crítica y teoría literaria. Por una parte, están aquellos intelectuales que han rechazado cualquier relación con el formalismo en nombre de una teorización propia, autóctona y sin contaminación alguna con el discurso europeo e “imperialista”. Por otra parte, están aquellos intelectuales que asimilaron el discurso teórico insertándolo en su actividad reflexiva y analítica en sus propios territorios. La primera caracteriza lo que él llama el contradiscurso esencialista, y la segunda, el discurso universalista. (Fernando de Toro “¿Desde dónde hablar?...” *op. cit.*, p. 22.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

tales como las de las feministas, los homosexuales, los pueblos colonizados, hasta el momento en que desconfío, hasta el momento en que la lógica de la reivindicación me parece potencialmente perversa o peligrosa. [...] El riesgo debe ser reevaluado a cada instante, en contextos móviles que dan lugar a transacciones siempre originales. En esto no hay ningún relativismo; por el contrario, es la condición de una responsabilidad efectiva, si algo semejante existe. (Y mañana que...)

Los planteamientos problemáticos con una lectura de este tipo y desde estos parámetros, no es que sea correcta o incorrecta, ¿quién podría detener una lectura así? y ¿desde dónde? La cuestión es que los esfuerzos por construir, tanto una teoría propia, como un Sujeto propio y autóctono, sólo han conducido a volver a quedar inmersos en las mismas estructuras metafísicas de la presencia, del logocentrismo y del “imperialismo” del que se pretende desplazarse y criticar, cayendo en posiciones nuevamente dogmáticas, como en el caso de Dussel. Desde una posición deconstruccionista el regreso a una realidad óptica o Sujeto propio es una imposibilidad. “No es posible la recuperación de un origen, identidad, esencia originaria, puesto que las culturas de los márgenes están contaminadas por una diseminación discursiva inevitable e ineludible.”²⁷

En la lectura que realiza de O’Gorman, lo coloca sin más, en lo que podría llamarse la otra cara de misma moneda, el discurso universalista. Para Dussel, O’Gorman sólo incorpora y asimila las teoría europeas, pero como si esta asimilación fuese sólo de manera pasiva. Al hacerlo desde una posición esencialista,²⁷ y cabe decirlo ahora, desde un acercamiento marxista reduccionista sólo revela una faz dogmática. A partir de mi lectura, Edmundo O’Gorman tiene desplazamientos más concretos hacia la conciencia de saber que

²⁷ *Ibid.*, p.23; también véase al respecto Jacques Derrida “Psyché: invenciones del otro” *op. cit.*, pp. 28-33.

Latinoamérica es, para bien o para mal, guste o no, parte de Occidente y su lenguaje. Además de insertarse de manera insólita en Sujeto que se ha hecho oír a Otro.

En mi trabajo cabe una lectura de O’Gorman que no era posible hacer hasta que cambiaran los códigos de lectura y que puede enunciarse contra todo esencialismo; que insinúa una posibilidad de lectura postcolonial, al menos como yo la citaré y usaré desde mi propia lectura. Interesante injertar aquí parasitariamente, de Fernando de Toro, esta marca repetible a modo de comentario:

El problema más grave del discurso esencialista, [...] es que adolece de una total falta de claridad en cuanto a sus propias propuestas, puesto que es imposible volver atrás, y además, si esto fuera posible, ¿de qué valdría? Incluso para aquellos obsesionados con la identidad latinoamericana, supuestamente perdida cuando Colón descubre América; no parecen darse cuenta de que Latinoamericano existe, que es una construcción, una fabricación, un producto, no solamente de un error, [...] sino de una ficción montada por un sujeto Europeo que proyectó toda su fantasía medieval, no en una Atlántida platónica, sino en un territorio *ex novo*, considerando no inscrito, abierto a la inscripción y a la fantasía desbocada.²⁸

Edmundo O’Gorman ante los giros y los post.

Introducir el texto de *La invención de América* en los giros y los post, es de alguna manera adjudicarle un contexto otro. Desde el punto de vista estrictamente hermenéutico esto es factible, siempre y cuando se respete el contexto de emisión, argumentando una fusión de horizontes, pues todo enunciado fuera de contexto es puro pretexto. No es de esta manera como procederé. No se trata de leer desde los giros y los post, sino de cómo, al cambiar los códigos de lectura, es decir, al momento en que el giro lingüístico y el

²⁸ *Ibid.*, p. 27.

postestructuralismo expanden el campo de sus pretensiones hacia el mismo discurso histórico, es que uno puede percatarse de los planteamientos más críticos de O’Gorman y los alcances de su reflexión teórica.

a) *Guy Rozat: la Destruktion de las crónicas de la conquista.*

Entre las lecturas que hay sobre el texto de *La Invención de América*, que se pueden situar dentro del cambio de los códigos de lectura, quiero colocar por lo original de su propuesta, la que realiza Guy Rozat con su texto *Indios imaginarios e indios reales*, publicado en 1993.²⁹ Este libro invita a reflexionar, a través de una serie de “Vueltas”, cómo, tanto la antropología como la historia pueden desmontar al logos occidental, de ahí lo insólito del planteamiento.³⁰ Va a las estructuras para ver de qué están hechas.

Desde el comienzo Rozat establece un vínculo, que puede enunciarse aquí como de núcleo epistémico, con la obra de O’Gorman *La invención de América*. En la lectura que hace de este historiador la relación se produce al momento en que Rozat establece su trabajo como anticipado en la obra de O’Gorman. Lo que esta lectura hace, por lo tanto es dejarnos leer en O’Gorman la problemática de la invención a la luz del concepto de representación discursiva. Con esto Rozat lee en O’Gorman planteamientos teóricos que sólo pueden ser leídos desde el post y los giros en los cuales Rozat se ubica.³⁰

Aquí reconocemos uno de los temas –que es también un gesto– del discurso deconstructivo. ¿Cómo podría una narración dar cuenta de un fenómeno en marcha? Este fenómeno particular también procede como un conjunto de narrativas que no podrían tener clausura, y que sería extremadamente difícil de situar. (Memorias para Paul de Mann)

²⁹ Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales. En los relatos de la conquista de México.*

³⁰ Al respecto sus referencias a Michel de Certeau, por ejemplo son muy explícitas.

A la enunciación en que O’Gorman establece que América es el resultado de una invención del mundo occidental, Rozat enuncia en su investigación que, en efecto, los indios son el producto de una invención, esto es, una construcción del logos occidental propio de una Europa medieval: unos indios imaginarios, por lo tanto. Con esta tesis, Rozat pone en cuestión el problema de la identidad mexicana y pone sobre la mesa el problema interpretativo, para el historiador, de cómo leer las crónicas de la conquista.³¹

Como producto de la lectura de O’Gorman, Rozat realiza, a mi modo de ver, una *Destruktion*, en el sentido heideggeriano, de ir a los elementos fundamentales que constituyen al logos occidental.³² pues la invención de América, puede decirse, es el resultado de una construcción discursiva, producto de un lenguaje y un sentido, en donde el indio real ha desaparecido invariablemente. De ahí que, no se puede sostener que haya sido encubierto, como si su esencia fuese recuperable, sino que ha sido representado. Europa *representa* al indio y su mundo de vida, “publicando sin cesar nuevas recopilaciones de viajes y relaciones, sin embargo estoy convencido de que no conocemos de la humanidad más que a los europeos.”³³

Desde una reconstrucción contextual hermenéutica, Rozat va desmontando *Destruktion* poco a poco cómo las crónicas se escribieron desde un mundo ya colonizado, un mundo en donde Occidente ha dejado ya su marca. La operación es devolver las crónicas al contexto sociocultural desde el cual se escribieron y con éste observar qué tipo de representación del indio fue difundida. Trata de “rastrear en el conjunto de textos e

³¹ Si se sigue la cadena de signos, el paso a continuación, todavía más insólito e inédito en el campo de la historiografía mexicana es dado por Alfonso Mendiola con su texto *Bernal Díaz del Castillo. Verdad romanesca, verdad historiográfica*, en el cual la cadena golpea la certidumbre que se tenía sobre la lectura las crónicas señalando el error en que incurre el historiador al querer leerlas como si fuesen libros de historia.

³² Martín Heidegger, *Ser y Tiempo*, *op. cit.*, p. 46.

³³ Guy Rozat, *op. cit.*, p. I.

imágenes que constituyen América como representación occidental.”³⁴ La demostración la realiza a partir de lo que él denomina reconstrucción de la “matriz simbólica medieval”, esto es el análisis de las crónicas como repetición retórica de los modelos grecorromanos de escribir lo que para estas sociedades se entendía por historia. América, los indios, son el resultado de una invención al momento en que sólo se tiene representaciones teológicas que funcionan para persuadir moralmente, tanto a los mismos indios en el proceso de evangelización, como para explicar la voluntad de Dios resolviendo la pregunta por el lugar que ocupan las tierras del Nuevo Mundo dentro de la historia salvífica. Finalmente, otro de los planteamientos fuertes de Rozat es demostrar que no sólo las crónicas y relatos de la conquista de México no son historia en el sentido moderno de la palabra, sino que además no son indígenas. Como resultado de esta afirmación, la posibilidad de una historia desde los vencidos, como la planteó León Portilla queda excluida. Es interesante cómo Rozat invierte la acusación de eurocentrismo, imputada tanto a él como a O’Gorman hacia León Portilla: “Los indios que M. León Portilla dice hacer hablar son indios imaginarios. [...] En este sentido estamos frente a un caso típico de invención en el sentido clásico de E. O’Gorman, es decir, en un maravilloso caso de eurocentrismo o de logocentrismo occidental si se prefiere.”³⁵ Aquí una deconstrucción derridiana se ha insinuado en este pliegue, pues Rozat, ya niega la posibilidad del encuentro con el origen pleno. Las crónicas son un huella que contiene la marca de su origen solamente. Nuevamente aquí surge de la textualidad de *Indios imaginarios e indios reales* los ecos de *La invención de América*.

³⁴ *Ibid.*, p. II

³⁵ Guy Rozat, “Los indios imaginarios del logos occidental” en *México en el imaginario*, p. 21.

Esta lectura lee y desborda, más allá del mismo O’Gorman, los planteamientos teóricos fundados por este historiador y desapercibidos en su momento histórico.^{Insisto aquí} en que esta lectura permite observar que el mismo O’Gorman planteó estos asuntos en su propio trazo del proceso de invención de América, de ahí que el efecto sea que antecede la propuesta de Rozat.

Escribir quiere decir injertar. Es la misma palabra. El decir de la cosa es devuelto a su ser injertado. El injerto no sobreviene a lo propio de la cosa. No hay cosa como tampoco hay texto original. (La diseminación)

Si como afirma en el capítulo 1, la hermenéutica en su pretensión de universalidad dejó de lado la escritura y la textualidad, y la deconstrucción, en el sentido derridiano, es sólo la continuación de un sendero interrumpido de ésta, a mi juicio, el análisis historiográfico que realiza Rozat, tiene elementos que permiten ver cómo en su análisis operan ya algunos elementos deconstructivos, aunque al final, Rozat, hace determinar el sentido por el contexto reconstruido de las crónicas. Sin embargo, una deconstrucción, a su vez, está ya operando.

b) José Rabasa: inventar América, una lectura postcolonial.

La lectura que realiza José Rabasa de *La invención de América*, se encuentra en el texto *Inventing America*, el cual tiene como objetivo explorar el proceso de colonización y descolonización implícito en la escritura, interpretación y crítica de las tempranas representaciones visuales y escritos del Nuevo Mundo;³⁶ además de elucidar sobre la emergencia del eurocentrismo.³⁷ Su trabajo puede ubicarse al interior de lo que he

³⁶ José Rabasa, *Inventing America. Spanish Historiography and the formation of eurocentrismo*, p. 3. Para una excelente reseña del libro, véase Perla Chinchilla, “De invenciones y reinenciones”, *Historia y Grafía*, no. 4, pp. 341-347.

³⁷ *Ibid.*, p.6.

llamado en el capítulo 1, postcolonialidad.³⁸ Se trata, en su propios términos, de una investigación inscrita en el ámbito del análisis y crítica del discurso y formas de representación.³⁹

El texto de Rabasa realiza una lectura/escritura que tiene como base el libro de O’Gorman, considerando sus planteamientos teóricos más importantes. Resulta sorprendente cómo Rabasa lee las tesis básicas de este historiador para hacerlas estallar y *desplazarlas* hacia ámbitos teóricos totalmente ajenos y productivos para comprender de una manera *otra*, la noción de invención de América. Un desplazamiento hacia la pregunta por aquello que puede saberse, como mera posibilidad sobre la constitución de una alteridad. Es en este sentido que se podrá percibir, que la lectura que realiza sólo es posible al momento en que inserta algunos planteamientos de O’Gorman, que de alguna manera insinuaban ya el *post* en el que los inscribe al interpretarlos.

Esta producción forma parte, sin duda, de la totalidad de una época, la nuestra, pero ya desde siempre empezó a anunciarse y a trabajar. [...] sin duda habría que citar la crítica nietszcheana de la metafísica, de los conceptos de ser y de verdad, que vienen a ser sustituidos por los conceptos de juego, de interpretación y de signo (de signo sin verdad presente); la crítica freudiana de la presencia a sí, es decir, de la conciencia, del sujeto, de la identidad consigo, de la proximidad o de la propiedad de sí; y, más radicalmente, la destrucción heideggeriana de la metafísica, de la onto-teología, de la determinación del ser como presencia [...] Ahora bien, todos estos discursos destructores y todos sus análogos están atrapados en una especie de círculo. Este círculo es completamente peculiar [...]: no tiene ningún sentido prescindir de los conceptos de la metafísica para hacer estremecer a la metafísica; no disponemos de ningún lenguaje [...] que sea ajeno a esta historia; no podemos enunciar ninguna proposición

³⁸ De hecho, en 1996 es editor invitado en el número de la revista *dispositio*, número fundador del Latin American Subaltern Studies Group, dedicado a los Estudios Subalternos en América. (*dispositio*, no. 46, citado por Saurabh Dube, Pasados poscoloniales, p. 18)

³⁹ *Ibid.*, p. 9.

destruktiva que no haya tenido ya que deslizarse en la forma, en la lógica y los postulados implícitos de aquello mismo que aquella querría cuestionar. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas.”)

Baste situar algunos interlocutores que, a modo de huellas diferenciales, hacen posible dicho desplazamiento, haciendo estallar las posibilidades de sentido de *La Invención de América*: Michel Foucault, con la noción de formaciones discursivas; Michel de Certeau, con la reelaboración de la noción de invención a partir de un sustrato implícito de resistencia y el postestructuralismo de Roland Barthes. A partir del deconstructivismo de Jacques Derrida, pone finalmente en juego la propuesta de una deconstrucción afirmativa: “Derridian deconstruction entails a relentless questioning of what enables one’s knowledge and authority. In studying Indians historians and European visual and literary cultural artifacts that self-consciously court paradox, we should practice an affirmative deconstruction.”⁴⁰ Ésta demostraría cómo, a modo de trazo, bajo el revestimiento de una imitación de la historiografía occidental, que se juzga como algo sin éxito, los textos indígenas elaboran modos alternativos de representación y de hacer historia. Esta deconstrucción afirmativa, cómo él la entiende, implica también, buscar los puntos ciegos e indecibles en discursos que tradicionalmente se consideran cerrados.⁴¹

Para Rabasa el planteamiento de O’Gorman acerca de que el descubrimiento de América es en sí mismo parte del proceso de invención, que cuestiona que la noción de descubrimiento no es una explicación adecuada del evento, lleva a resultados bastante útiles para realizar una crítica historiográfica y un análisis de las representaciones visuales y discursivas que contribuyeron a una invención de América. Desde O’Gorman,

⁴⁰ *Ibid.*, p. 12

⁴¹ *Ibid.*, p. 13.

esta invención de América es entendida como semióticamente creada. Sin embargo, apunta Rabasa, en esta noción aparece –lo que yo llamo aquí el punto ciego de la distinción– problemática la oposición invención/descubrimiento, al proponer definiciones y valores estables de estos términos, y por lo tanto, al seguir presuponiendo una verdad acerca de la realidad americana que hace posible una diferenciación supuestamente clara de inventar y descubrir. En otras palabras, el creer que se puede dar cuenta de la estructura histórica del ser de América y hallar el verdadero sentido de la historia americana.⁴² Una fenomenología es desplazada por una deconstrucción.

Rabasa resalta el valor que tiene la crítica o’gormaniana a las tempranas representaciones de la historia de América, independientemente de que sean correctas o no.⁴³ Este es el punto, en el que Rabasa inicia el desplazamiento de la tesis de O’Gorman para diseminarla. Porque no se trata ya, como quien quiere hacer crítica entendiendo por ello señalar los errores, separando la verdad de la mentira, de elucidar las críticas de O’Gorman en el terreno de su verdad o falsedad, sino de desplazar el ojo observador, transformar el problema hacia los modos en que esas representaciones y visiones del “descubrimiento” dan luz para pensar una invención de América no asimétrica, sino de mutuas invenciones, ya que dichas representaciones discursivas y visuales contienen elementos culturalmente plurales. En esta lectura postcolonial, Rabasa busca subvertir la oposición y estabilidad de las nociones de invención y descubrimiento. De esta manera, pensar en una invención de América, a partir de este desplazamiento, lleva a Rabasa a

⁴² *Ibid.*, p. 4.

⁴³ La lectura concreta del planteamiento de O’Gorman se sitúa en la amplia nota no. 2 al final del texto, remitiendo, además, a otros textos que analizan las nociones de invención y descubrimiento, así como las cuestiones del eurocentrismo y la colonización. (*Ibid.*, p. 215-216).

ampliar la comprensión de los sistemas de representaciones que prevalecieron en un momento histórico determinado y a demostrar su constante mutabilidad.

Pero si nadie puede escapar a esa necesidad, si nadie es, pues, responsable de ceder a ella, por poco que sea, eso no quiere decir que todas las maneras de ceder a ella tengan la misma pertinencia. La cualidad y la fecundidad de un discurso se miden quizás por el rigor crítico con el que se piense esa relación con la historia de la metafísica y con los conceptos heredados. De lo que ahí se trata es de una relación crítica con el lenguaje de las ciencias humanas y de una responsabilidad crítica del discurso. [...] Problemas de economía y de estrategia. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas.”)

En el primer tramo de este desplazamiento, Rabasa asume el hecho de que la tesis de O’Gorman provee las bases para considerar la emergencia del Nuevo Mundo, como una invención, en tanto un producto histórico del imaginario del siglo XVI, lo cual no implica, dejar de incluir también las especificidades tan concretas como las formas reales de colonización y explotación. Además de proveer estas bases, la tesis o’gormaniana se propone también como una invención que busca ir más allá de otras versiones sobre la historia de América, colapsando a la misma historiografía en sus más, hasta ese momento, certeras bases.

Como todo desplazamiento teórico, éste trasladarse involucra elementos en juego que, como marcas que van quedando atrás, bien se retoman para otros juegos, para el mismo, o sencillamente se les deja fuera. De este modo, lo que queda fuera, y que al mismo tiempo se pone a actuar en el juego mismo, se da en una de las conclusiones de ese proceso de invención de América articuladas por O’Gorman: la asociación de la noción de una invención de América con un destino histórico y ontológico que define a

los Estados Unidos como la auténtica América a realizar.⁴⁴ Para Rabasa, esto hace que O’Gorman deje fuera la posibilidad de historias alternativas a la pretensión de universalidad de la cultura occidental, y en consecuencia, no le es pensable la posibilidad de una historia más plural, terminando por reducir al resto del mundo a una manifestación imperfecta o inauténtica del desarrollo universal.^{Hegel insinuado a modo de palmisesto.} Para Rabasa, la invención de América como el proceso de la universalidad de Occidente puede ser la descripción de una historia, pero no un destino.

Una vez, al llegar al centro de este desplazamiento, Rabasa busca contrarrestar esta pretensión de universalidad, pero no para proponer una sustitución evolutiva auténtica que alcance una cumbre histórica, sino diseminando el uso de la noción de invención más allá de sus posibilidades semióticas, desdibujando la distinción epistemológica invención/descubrimiento.

Por este desplazamiento, la lectura de O’Gorman en clave postcolonial, permite reconsiderar, en un primer momento y en este sentido coincidiría con Rozat las crónicas de la conquista en sus cualidades retóricas, más como textos de ficción que inventan una América, que como historias llenas de verosimilitud para el historiador. Posteriormente, más que centrarse en su valor y formas de representación literaria, siguiendo las sugerencias de O’Gorman desde el concepto de invención, tratarlas como formaciones discursivas, en el sentido de Michel Foucault. Esto permite a Rabasa, como afirma Perla Chinchilla, entrar en un terreno paradójico que permite desestabilizar el discurso como productor de la realidad algo que ya estaba comenzando a operar en la estructura del planteamiento de O’Gorman, en

⁴⁴ *Ibid.*

donde la retórica no sólo es el arte de la persuasión, sino que implica estrategias que construyen formas de subjetividad que a su vez, producen efectos de realidad.⁴⁵

El lenguaje lleva en sí mismo la necesidad de su propia crítica. Ahora bien, esta crítica puede llevarse a cabo de acuerdo con dos vías y dos “estilos”. En el momento en que se hacen sentir los límites de las oposiciones naturaleza/cultura, se puede querer someter a cuestión sistemática y rigurosamente la historia de estos conceptos. Es un primer gesto. Inquietarse por los conceptos fundadores de toda la historia de la filosofía, deconstruirlos, no es hacer profesión de filólogo o de historiador clásico de la filosofía. Es sin duda, y a pesar de las apariencias, la manera más audaz de esbozar un paso fuera de la filosofía. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas.”)

Las consecuencias de esta lectura desplazada se perfilan en el punto central de la propuesta de José Rabasa: Situando su texto como un estudio de la invención de América y desde esta deconstrucción afirmativa, busca establecer un contraste entre una lectura paradójica de las representaciones alegóricas de la cultura del siglo XVII^{visual y discursiva} y las estrategias retóricas que lo organizaron: “From this contrast I critique binary and scientific oppositions between the real and the fantastic, the historical and the allegorical, and the written and the oral.”⁴⁶ La posibilidad de comprensión de estas alegorías, depende de un *thesaurus* de motivos emergentes a partir del siglo XVI, que desarrolla a lo largo del libro, y cuya finalidad es descubrir en las grietas de dichas representaciones construidas en oposiciones científicas y binarias, un sustrato accesible de comprensión de los modos de organización del mundo.

Es aquí, donde Rabasa busca demostrar que no sólo acontece una invención de América desde el imaginario europeo, sino que también, el imaginario indígena inventa a

⁴⁵ Perla Chinchilla, *op. cit.*, p. 341.

⁴⁶ José Rabasa, *op. cit.*, p. 15.

Europa. Este lector de O’Gorman intenta recuperar el “influjo” de los textos indígenas, y acabar con la visión reducida del encuentro a una “página en blanco” contra el “deseo occidental”, interpretación propia del de Certeau de *La escritura de la historia*, imagen que para Rabasa sigue imponiendo la lógica binaria del estructuralismo.⁴⁷ Habría que pensar que se trata más que de una página en blanco, de un palimpsesto, en donde la escritura occidental se escribe sobre una escritura *Otra*, que se insinúa siempre en el fondo de su espesor. La recuperación del “influjo de los textos indígenas, Rabasa la realiza sustituyendo la noción de Homi Bhabha de *híbrido* por la de indecidibilidad de Jacques Derrida.⁴⁸ Se trata del desmontaje de las bases sobre las cuáles se ha elaborado el proceso histórico de la invención de América para “reinventarla a partir de nuevos presupuestos.⁴⁹ Se trata, en otras palabras, de desmontar la versión occidental del sujeto y su relación con el mundo, explorando en la propia matriz europea zonas oscuras, silenciadas, donde se puedan escuchar balbuceos del sujeto americano, donde se puedan ver, al menos, las huellas de su origen.

Si la totalización ya no tiene entonces sentido, no es porque la infinitud de un campo no puede cubrirse por medio de una mirada o de un discurso finitos, sino porque la naturaleza del campo –a saber, el lenguaje, y un lenguaje finito– excluye la totalización: este campo es, en efecto, el de un juego, es decir, de sustituciones infinitas en la clausura de un conjunto finito. Ese campo tan sólo permite tales sustituciones infinitas porque es finito, es decir, porque en lugar de ser un campo inagotable, como en la hipótesis clásica, en lugar de ser demasiado grande, le falta algo, a saber, un centro que detenga y funde el juego de las sustituciones. Se podría decir sirviéndose rigurosamente de esa palabra cuya significación escandalosa se borra siempre en francés, que ese movimiento del juego,

⁴⁷ Perla Chinchilla, *op. cit.*, p. 343 y 344. Puede leerse de manera más amplia cómo se establece esta discusión de Rabasa y de Certeau.

⁴⁸ “A discrimination between mother culture and its bastards, the self and its doubles, where the trace of what is disavowed is not repressed but repeated as something *different* –a mutation, a hybrid.” (José Rabasa, *op. cit.*, p. 13).

⁴⁹ *Ibid.*, p. 29; Perla Chinchilla, *op. cit.*, p. 342.

permitido por la falta, por la ausencia de centro o de origen, es el movimiento de la suplementariedad. No se puede determinar el centro y agotar la totalización puesto que el signo que reemplaza al centro, que lo suple, que ocupa su lugar en ausencia, ese signo se añade, viene por añadidura, como suplemento. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de la ciencias humanas.”)

De las diseminaciones

Estas lecturas son diferentes, podría explicarse, como para salir rápidamente al paso y sin complicaciones, debido a una cuestión interpretativa medular desde una teoría de la interpretación hermenéutica: el cambio de horizontes de comprensión (entre las interpretaciones contemporáneas a la obra y las nuevas interpretaciones hechas desde un horizonte distinto, pero reguladas, por la reconstrucción del contexto sociohistórico de producción de la obra misma), y por tanto, debido a una fusión de horizontes.⁵⁰ También se señalaría que los presupuestos de cada una de estas lecturas y la información que cada una de ellas maneja, hacen posible las diferencias. Por otra parte, desde una hermenéutica de la recepción, y no por salir rápido al paso, sino por buscar un acercamiento mayor al sentido originario, el punto estaría en centrarse en el lector, quien es, en última instancia aquel que atribuye sentido a la obra misma desde un horizonte específico de comprensión, por lo que las diferencias de sentido se pueden explicar, reconstruyendo la posible lectura que hicieron los lectores originales. De esta manera, se podrían evaluar todas estas lecturas desde el siguiente presupuesto como criterio de verificabilidad de la interpretación: que la reconstrucción de la distancia histórica que separa una lectura contemporánea a la obra de una actual posibilita el sentido, y excluye la tentación de imponer categorías propias de un contexto histórico ajenas al texto estudiado.

⁵⁰ En el sentido de Gadamer. C. f. capítulo 1.

Procedimientos de lectura del texto o'gormaniano, inscritos en estos presupuestos, acercan a posibilidades válidas de múltiples sentidos, lo vuelven polisémico, pero siguen determinadas por el valor de presencia.

Pero lo que yo he querido demostrar, como ya lo enuncié al principio de este capítulo es que, con este juego de lecturas, se abre precisamente la posibilidad del estallamiento de esta polisemia. Que la textualidad o'gormaniana está en constante diferimiento con respecto a su sentido. Que las posibilidades de eso que se llama el sentido de un texto no están determinadas exclusivamente por factores contextuales ni de producción ni de recepción, es decir, que un texto ya no pertenece a las intenciones de un autor, ni tampoco a un lector. Que si bien hay códigos de lectura que siempre están en juego, estos no determinan exclusivamente el sentido, pues éste es rebasado, más bien, por contextos, en apariencia ajenos y disímiles. El contexto es también puesto en suspenso, a la deriva, que deriva lo indecible. El sentido se determina en tanto que se indetermina.⁵¹ Que precisamente la posibilidad de que un texto haga sentido esta dada porque se le imponen siempre determinaciones del mundo desde donde se lee, esto es que un texto está funcionando constantemente como marca repetible.

Con estas lecturas, se puede observar que las posibilidades más amplias abiertas por O'Gorman, sólo pudieron ser leídas hasta el momento en que los códigos de lectura cambiaran, hasta el momento en que el logos occidental fuera cuestionado tan duramente por el postestructuralismo y la deconstrucción; y que estaban ya enunciadas, de alguna manera por el mismo O'Gorman. De estas lecturas, ésta última de José Rabasa, sólo muestra cómo estas posibilidades fueron abiertas, muestra cómo es posible una lectura

⁵¹ C. f. Un análisis más amplio de este aspecto de la deconstrucción en José Bernal Pastor, *op. cit.*, p. 48 y ss; así como el capítulo 1 de este trabajo.

más allá de su contexto de emisión y recepción, aunque no por ello hay que presuponerla como la adecuada o más auténtica. Al contrastarlas con el resto, se puede observar también que mientras estos códigos no cambiaran, O’Gorman puede ser leído reducido a planteamientos mucho más anclados al mismo logos, que él mismo ya había comenzado a desarticular desde el interior mismo, aún estando en él y permaneciendo al final en él.

La temática de la historicidad, aunque parece que se ha introducido bastante tarde en filosofía, ha sido requerida en ésta siempre por medio de la determinación del ser como presencia. Con o sin etimología, y a pesar del antagonismo clásico que opone esas significaciones en todo el pensamiento clásico, se podría mostrar que el concepto de episteme ha reclamado siempre el de historia, en la medida en que la historia es siempre la unidad de un devenir, como tradición de la verdad o desarrollo de la ciencia orientado hacia la apropiación de la verdad en la presencia y en la presencia a sí, hacia el saber en la conciencia de sí. La historia se ha pensado siempre como el movimiento de una reasunción de la historia, como derivación entre dos presencias.

Tensión del juego con la historia, tensión también del juego con la presencia. La presencia de un elemento es siempre una referencia significativa y sustitutiva inscrita en un sistema de diferencias y el movimiento de una cadena. El juego es siempre juego de ausencia y de presencia, pero si se quiere pensar radicalmente, hay que pensarlo antes de la alternativa de la presencia y de la ausencia; hay que pensar el ser como presencia o ausencia a partir de las posibilidades del juego, y no a la inversa.

Esta afirmación determina entonces el no-centro de otra manera que como pérdida del centro. Y juega sin seguridad. Pues hay un juego seguro: el que se limita a la sustitución de piezas dadas y existentes, presentes. En el azar absoluto, la afirmación se entrega también a la indeterminación genética, a la aventura seminal de la huella. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de la ciencias humanas.”)

Post-Scriptum

Diseminaciones: Herencia, desplazamientos y différance.

Siempre –en la medida de lo posible, por supuesto, y por “radical” o inflexible que deba ser una deconstrucción– me prohibí herir o aniquilar. Precisamente, reafirmar siempre la herencia es el modo de evitar esa ejecución [...] reinterpretar, criticar, desplazar, o sea, intervenir activamente para que tenga lugar una transformación digna de tal nombre: para que algo ocurra, un acontecimiento, la historia, el imprevisible por-venir. [...] Si la herencia nos asigna tareas contradictorias (recibir y sin embargo escoger, acoger lo que viene antes que nosotros y sin embargo reinterpretarlo, etc.), es porque da fe de nuestra finitud. Únicamente un ser finito hereda, y su finitud lo obliga a escoger, a preferir, a sacrificar, a excluir, a dejar caer. Justamente para responder al llamado que lo precedió, para responderle y para responder de él, tanto en su nombre como en el del otro.

-Jacques Derrida,
(Y mañana que...)

No es la necesidad, sino la casualidad la que provoca, mueve y posibilita cierta escritura. Si la escritura ha de producir efectos de sentido y efectos de tangibilidad, las casualidades deben marcarla azarosamente. Al estar escribiendo originalmente estas líneas a modo de conclusión, la casualidad las embargó. Se han tenido que transformar desplazándose de una conclusión ^{pues una conclusión repetiría lo ya dicho} a un post-scriptum: Jacques Derrida falleció víctima de un cáncer el 9 de octubre del 2004.

El 4 de octubre de 1991 ^{y las casualidades siguen volando hacia mi propia escritura} Edmundo O’Gorman recibió el *Doctorado Honoris Causa* en Humanidades por la Universidad Iberoamericana. La alocución que presentó en esa ocasión fue intitulada *Fantasmas en la narrativa historiográfica*.¹ Y es el título de ese texto con lo que me quiero quedar para desplazarlo y ponerlo en juego en otro contexto, elaborado bajo la noción de *espectros*, que remite a la cuestión de la herencia. Noción y remisión elaborada por Jacques Derrida.
2

Fantasmas en la narrativa historiográfica. Título que trata de una pluralidad atravesando un singular. Pluralidad que recorre *la* narrativa, implica ser la parte de un todo, una metonimia, que está asediada por fantasmas. Este título indica que los fantasmas están ahí, que se ciernen como sombras. ¿A que fantasmas se refiere O’Gorman? A los vinculados a lo más puro de la tradición ilustrada: calificativo para episodios o conceptos propios a estadios primitivos de un mito, cuya función es crear confusión y desconcierto, que aparecen como resabios en las versiones clásicas tardías. Por tanto, hay fantasmas, que al interior del discurso histórico hay que exorcizar, pues constituyen sombras malignas, vician la autenticidad del discurso histórico: el

¹ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *Historia y Grafía*, núm 5, pp. 267-273.

² Jacques Derrida, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la nueva internacional*.

esencialismo, la noción de causalidad y la desconfianza en la imaginación. Contra estos fantasmas el porvenir de la ciencia histórica.

Por-venir que implica la pregunta por cuál es el porvenir de la ciencia histórica, y que recorrió constantemente el pensamiento de O’Gorman. Los fantasmas por exorcizar no han salido, y seguramente no saldrán del discurso histórico, pues se insinúan siempre en los bordes del mismo. Quizá es tiempo, más bien, de conjurar alguno o varios de los espectros de O’gorman, de volverlo fantasma. “Hay que hablar *del* fantasma, incluso *al* fantasma y *con* él.”³

Pero, ¿qué es un fantasma? ¿Por qué pensar su espectralidad en función de un mañana? Derrida plantea la cuestión del fantasma con estos cuestionamientos, de hecho pregunta también: “¿Qué es la *efectividad* o la *presencia* de un espectro, es decir, de lo que parece permanecer tan inefectivo, virtual, inconsistente como un simulacro?”⁴ Se trata pues de una repetición: “Un espectro es siempre un (re) aparecido. No se pueden controlar sus idas y venidas porque *empieza por regresar*.”⁵ El espectro introduce el duelo, dice Derrida, intenta ontologizar restos, hacerlos presentes. Implica identificar los despojos y localizar a los muertos “(toda ontologización, toda semantización –filosófica, hermenéutica o psicoanalítica– se encuentra presa en este trabajo del duelo pero, en tanto que tal, no lo piensa todavía; es en este más acá en el que planteamos aquí la cuestión del espectro [...])” El espectro es una incorporación paradójica: devenir-cuerpo, forma fenoménica y carnal del espíritu, ni alma ni cuerpo, ni uno ni otro.⁶

³ *Ibid.*, p. 12.

⁴ *Ibid.*, p. 26.

⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶ *Ibid.*, p. 20.

Si algún mañana hay para la historiografía mexicana, éste tendría que pasar por leer y releer a O’Gorman más allá de sus trabajos heurísticos, de traducción, y de análisis de las fuentes históricas. Como se ha constatado, la *huella* de su spectralidad reconduce a sus planteamientos teóricos, cuya riqueza es fecunda, a partir de los códigos de lectura en los que estamos inmersos actualmente. Es tiempo de dejar *venir* a O’Gorman en otras claves de lectura, como la propuesta en este trabajo. Tiempo de pensar lo espectral como visitación sorpresiva, a veces, como dice Derrida a propósito de los espectros, intempestivamente.

Leer a O’Gorman en tanto lo otro, es dejar que cuestione repetidas veces el discurso histórico, es leerlo para dejar que la historia en tanto supuesto saber del pasado, agite sus certezas, se pregunte por ellas, se inquiete y derrumbe sus seguridades. Pensamiento fecundo transformado en herencia.

Aprender a vivir de esta otra manera con los espectros – esto es, a ser justos con los espectros y con su tiempo, a responderles con justicia– es, en primer lugar, aprender a rastrear dentro de nosotros la alteridad que asimismo nos conforma a través de las huellas y pliegues que todos los “otros” van trazando y depositando en nosotros. Por eso también se trata de aprender a vivir sin intentar liberarnos del peso del pasado, sino por el contrario haciéndonos cargo de una herencia que siempre es más de una e inabarcable. Para Derrida la herencia no es algo que se recibe pasivamente, sino una afirmación activa y selectiva que los herederos, con cierta “fidelidad infiel”, han de retomar y reafirmar. De ahí también que toda herencia sea virtual en cierto modo. (Cristina de Peretti, Espectografías)

Y es con las herencias donde una deconstrucción se mueve agudamente. Hacer hablar los textos al interior de sí mismos. Borear sus márgenes, desdibujar sus blancos, pescar sus contradicciones, introducirse en sus fisuras, pero como afirmó Derrida

constantemente en sus obras, sin destruirlas. La idea de que la mejor manera de ser fiel a una tradición, a un pensamiento, a una obra, al espectro que se deja venir, es serle infiel:

Primero hay que saber y saber *reafirmar* lo que viene ‘antes de nosotros’, y que por tanto recibimos antes incluso de elegirlo, y comportarnos al respecto como sujetos libres. [...] ¿Qué quiere decir reafirmar? No sólo aceptar dicha herencia, sino reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. No escogerla (porque lo que caracteriza la herencia es ante todo que no se la elige, es ella la que nos elige violentamente), sino escoger conservarla en vida.⁷

Una lectura deconstructiva de *La invención de América*, no ha tenido como propósito aniquilar la obra. Desplazarse de la hermenéutica, fincarle límites, diferir de ella, tampoco ha sido un intento de superación o de anulación de su efectividad en la interpretación de los textos, sino de reafirmar la herencia para, como insistió Derrida, evitar su ejecución. Edmundo O’Gorman ha sido solamente reinterpretado, desplazado, puesto a crítica en una de sus cadenas de signos; se ha tratado de “intervenir activamente para que tenga lugar una transformación digna de tal nombre: para que algo ocurra, un acontecimiento, la historia, el imprevisible por-venir.”⁸ Y lo mismo hay que revertir para Jacques Derrida.

Hay, pues, dos interpretaciones de la interpretación, de la estructura, del signo y del juego. Una pretende descifrar, sueña con descifrar una verdad o un origen que se sustraigan al juego y al orden del signo, y que avive como un exilio la necesidad de la interpretación. La otra, que no está ya vuelta hacia el origen, afirma el juego e intenta pasar más allá del hombre y del humanismo, dado que el

⁷ Jacques Derrida y Élisabeth Roudinesco, *Y mañana que... op. cit.*, p. 12 y 13.

⁸ *Ibid.*, p. 13.

nombre del hombre es el nombre de ese ser que, a través de la historia de la metafísica o de la onto-teología, es decir, del conjunto de su historia, ha soñado con la presencia plena, el fundamento tranquilizador, el origen y el final del juego. Esta segunda interpretación de la interpretación, cuyo camino nos ha señalado Nietzsche, no busca en la etnografía, como pretendía Lévi-Strauss, de quien cito aquí una vez más la Introducción a la obra de Mauss, “la inspiración de un nuevo humanismo”.

Se podría advertir en más de un signo, actualmente, que esas dos interpretaciones de la interpretación –que son absolutamente inconciliables incluso si las vivimos simultáneamente y las conciliamos en una oscura economía– se reparten el campo de lo que se llama, de manera tan problemática, las ciencias humanas. (“La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas.”)

(Si por expectativa académica es necesario concluir ^{¿Habrá más algo más que decir?} Habría que mencionar que la hipótesis ^{ficción de la ciencia tan requerida y cuestionada al mismo tiempo} se ha demostrado: que la deconstrucción como *diferir* crítico de la hermenéutica y en su relación con el giro historiográfico, ha permitido la lectura del texto bordeando el espacio de la escritura. Que más que encontrar un sentido o sentidos, más que deducir interpretaciones ligadas a un contexto saturado, esta obra ha aparecido en la radical contingencia de su discursividad; en la inagotabilidad de aquello que pudiera ser pensado como *sentido*.)

BIBLIOGRAFÍA.

a) Bibliografía de Edmundo O’Gorman. ¹

“Breve historia de las divisiones territoriales. Aportaciones a la historia de la geografía en México” en *Historia de las divisiones territoriales de México*, Porrúa, México, 1966.

Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España, Alcancía, México, 1937.

Fundamentos de la Historia de América, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1942.

Crisis y porvenir de la ciencia histórica, Universidad Autónoma de México, Imprenta Universitaria, México, 1947.

“La conciencia histórica en la Edad Media” en *Del cristianismo y la Edad Media*, El Colegio de México, México, 1943.

¹ Esta constituye solo una selección, para la finalidad de este proyecto, de la abundante bibliografía de Edmundo O’Gorman dispersa entre prólogos, libros, artículos, etcétera.

La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, México, 1951.

Dos concepciones de la tarea histórica con motivo de la “Idea del descubrimiento de América”, Marcel Bataillon y Edmundo O’Gorman, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, México, 1955.

La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente, Fondo de Cultura Económica, México, 1958. (1ª. edición).

La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir, Fondo de Cultura Económica, México, 1977. (2ª. edición aumentada y corregida).

The invention of America. An inquiry on the historical nature of the New World and the meaning of its history, Indiana University Press, Bloomington. (Versión en inglés).

A invenção da America, Unesp, Sao Paulo, 1992. (Versión en portugués).

La invención de América, Instituto Matías Romero, México, 1992. (Folleto con varios artículos sobre el 12 de octubre de 1492).

Seis estudios históricos de Tema Mexicano, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

“América” en *Estudios de historia de la filosofía en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1963.

La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano. Universidad Iberoamericana, México, 1986.

Del amor del historiador a su patria, Centro de Estudios de Historia de México, México, 1974.

México, El trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.

La obra de Edmundo O’Gorman; discursos y conferencias de homenaje a su 70 aniversario, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

“Encuentro de dos mundos” en *La jornada semanal*, 19 de mayo, 19 de junio y 7 de julio, México, 1985.

Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986.

“¿Qué hacer con Leopoldo Zea?” en *El Búho, Excelsior* 28 de agosto, México, 1987.

“No tiene remedio el Doctor León Portilla en *El Búho, Excelsior*, 18 de septiembre, México, 1988.

“Una grotesca caricatura de mi tesis,” en *El Búho, Excelsior*, 25 de septiembre, México, 1988.

“La visión del vencido” en *El Búho, Excelsior*, 2 de octubre, México, 1988.

“En torno a la conmemoración del descubrimiento de América” “La invención de América,” en *Hombre y Sociedad*, Granada, 1988.

“Una conversación con Edmundo O’Gorman. Quinientos años de una idea,” *Cultura Sur*, Núm. 3, México, 1991.

“La invención de América” *El Búho, Excelsior*, 15, 27 y 29 de marzo, México 1992.

“Fantasmas historiográficos,” en *Nexos*, núm. 15, 175:XV, México, 1992.

Artículos en varias revistas y periódicos a propósito del V centenario, (*Excelsior*, 12 de octubre, *La jornada*, 12 de octubre, *El Nacional*, 11 de octubre, *Memoria de Papel*, 2:4, *Nexos*, Octubre, *El Universal*, 4 de octubre, México, 1992).

Aforismos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

“Fantasmas en la narrativa historiográfica” en *Historia y Grafía*, núm. 5, Universidad Iberoamericana, México, 1995.

b) Bibliografía Teórica.

Asensi, Manuel (Ed). *Teoría literaria y deconstrucción*, Arco Libros, Madrid, 1990.

Austin, John L. *Cómo hacer cosas con palabras*, Editorial Paidós, Barcelona, 1988.

Bennington, Geoffrey y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994.

Bloom, Harold, et. al. *Deconstrucción y crítica*, Siglo XXI Editores, México, 2003.

Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México, 1993.

_____ *Historia y psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana y
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, 1995.

Culler, Johantan. *Sobre la deconstrucción, Teoría y crítica después del
estructuralismo*, Cátedra, Salamanca, 1992.

Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical
Difference*, Princeton University Press, New Jersey, 2000.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: El mundo como
representación. Historia cultural: entre práctica y representación entre
práctica y representación*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1995.

Danto, Arthur C. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*,
Piados – I. C. E. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1989.

Derrida, Jaques. *Posiciones, Pre-Textos*, Valencia, 1977.

_____ *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Pre-Textos, Valencia, 1981.

_____ *Memorias para Paul de Mann*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1988.

_____ *La voz y el fenómeno*, Pre-Textos, Valencia, 1985.

_____ “Psyche: invenciones del otro” en AA. VV. *Diseminario: la deconstrucción, otro descubrimiento de América*, XYZ Ediciones, Montevideo, 1987.

_____ *Limited Inc*, Northwestern University Press, Chicago, 1988.

_____ *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.

_____ *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Editorial Paidós – I. C. E. De la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1989.

_____ *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Proyecto A ediciones, Barcelona, 1989.

_____ *La diseminación*, Espiral/Fundamentos, Madrid, 1997.

_____ *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Editorial Trotta, Madrid, 1997.

_____ *Márgenes de la Filosofía*, Cátedra, Madrid, 1998.

_____ *No escribo sin luz artificial*, Cuatro Ediciones, Madrid, 1999.

_____ *De la gramatología*, Siglo XXI, México, 2000.

_____ *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, Editorial Trotta, Madrid, 2001.

_____ *La verdad en pintura*, Paidós, Barcelona, 2002.

_____ *Papel Máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas*,
Editorial Trotta, Madrid, 2003.

_____ *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la
nueva internacional*, Editorial Trotta, Madrid, 2003.

_____ y Élisabeth Roudinesco, *Y mañana que...*, Fondo de cultura
Económica, Buenos Aires, 2003.

Dube, Saurabh (comp..) *Pasados poscoloniales*, El Colegio de México, México,
1999.

Ferraris, Maurizio. “Jacques Derrida. Deconstrucción y ciencias del espíritu” en
Asensi, Manuel (Ed). *Teoría literaria y deconstrucción*, Arco Libros,
Madrid, 1990, 339-395.

Ferro, Roberto. *Escritura y deconstrucción. Lectura (h) errada con Jacques Derrida*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1992.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980.

_____ *Las palabras y las cosas*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1996.

_____ “¿Qué es un autor?” en *Entre filosofía y literatura*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1999.

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método I*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1993.

_____ *Verdad y Método II*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1994.

Glaserfeld, Ernst von. “Despedida de la objetividad” en *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1995.

Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*, traducción de José Eduardo Rivera, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2002.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1993.

Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Luhmann, Niklas. “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?” en *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1995.

_____. “La distinción: Dios” en *Teoría de los sistemas sociales II, (artículos)*, Universidad Iberoamericana, México, pp. 167-188.

_____. “La forma escritura”, en *Estudios sociológicos XX*, núm. 58, El Colegio de México, 2002, pp. 3-21.

_____. *El arte*, material inédito, traducido por Javier Torres Nafarrete, en prensa, 2004.

Mann, Paul de. *Escritos críticos (1953-1978)*, Editorial Visor, Madrid, 1996.

_____ *Visión y ceguera*, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 1993.

Matute, Álvaro. *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, SEP-Editorial Diana, México, 1974.

Mendiola Mejía, Alfonso. *Introducción al análisis de fuentes*, Universidad Iberoamericana, México, 1994.

_____ “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado,” en *Historia y Grafía*, núm. 15, Universidad Iberoamericana, México, 2000.

_____ “Las tecnologías de la comunicación. DE la racionalidad oral a la racionalidad impresa,” en *Historia y Grafía*, núm. 18, Universidad Iberoamericana, México, 2002.

_____ “Hans Ulrich Gumbrecht: la fascinación por el pasado” en *Historia y Grafía*, núm. 19, entrevista a Hans Ulrich Gumbrecht por Alfonso Mendiola, Universidad Iberoamericana, México, pp. 195-217.

_____ y Zermeño, Guillermo. “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica” en *Historia y Grafía*, núm. 4, Universidad Iberoamericana, México, 1994.

_____ y Zermeño, Guillermo. *Hacia una metodología del discurso histórico*, en Jesús Galindo Cáceres (comp.) *Técnicas de Investigación en sociedad, cultura y comunicación*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Addison Wesley Longman, México, 1998.

Mendiola Mejía, Carlos. “Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia” en *Historia y Grafía*, núm 6, Universidad Iberoamericana, México, pp. 171-182.

Nicolás, Cesar. “Entre la deconstrucción” en Asensi, Manuel (Ed). *Teoría literaria y deconstrucción*, Arco Libros, Madrid, 1990, pp. 307-338.

Ofrat, Gideon. *The jewish Derrida*, Syracuse, Syracuse University Press, 2001.

Pastor Bernal, José. *El desplazamiento de las filosofía de Jacques Derrida*, Granada, Universidad de Granada, 2001.

Peñalver, Patricio. *Desconstrucción*, Montesinos Editor, Barcelona, 1990.

Peretti, Cristina de. *Jaques Derrida. Texto y deconstrucción*, Anthropos, Barcelona, 1989.

_____ (Eda.) *Espectografías (desde Marx y Derrida)*, Editorial Trotta, Madrid, 2003.

Rall, Dietrich (comp.) *En busca del texto. Teoría dela recepción literaria*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*, 3 vols, Siglo XXI editores, México, 1995.

_____ Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido, Siglo XXI y Universidad Iberoamericana, México, 1995.

Rivera Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán (comps.) *Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, Editorial Historias/SEPHIS/Aruwiyiri, La Paz, 1997.

Toro, Fernando de. *Intersecciones II. Ensayos sobre cultura y literatura en la condición posmoderna y postcolonial*, Editorial Galerna, Buenos Aires 2002.

Vattimo, Gianni. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1997.

Waldelfens, Bernhard. De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología,

White, Hayden. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1973.

_____ The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1987.

Zermeño Padilla, Guillermo. “En busca del lugar de la historia en la modernidad” en Jorge A. González y Jesús Galindo Cáceres (coord.), *Metodología y Cultura*, Consejo Nacional para la cultura y las Artes, México, 1994.

_____. *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, El Colegio de México, México, 2002.

c) Bibliografía Consultada.

Bernard, Carmen y Serge Gruzinski. *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Borges, Jorge Luis. *Ficcionario. Una antología de sus textos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Correa, Guillermo. “Se levanta la voz indígena para impugnar la celebración del V Centenario,” en *Proceso*, núm. 516, México, 1986.

Dussel, Enrique. 1492. *El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad*, Ediciones Antropos, Santafé de Bogotá, D. C., 1992.

Gruzinski, Serge. La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

_____ *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Hernández Chávez, Alicia y Manuel Miño Grijalva. *Cincuenta años de historia en México*, El Colegio de México, México, 1993.

León Portilla, Miguel. “Las elucubraciones del inventor de la Invención de América,” en *El Búho, Excelsior*, 4 y 11 de septiembre, México, 1988.

_____ “¿Y, qué hacer con Edmundo O’Gorman?,” *El Búho, Excelsior*, 2 de octubre, México, 1988.

MacGregor, Josefina (Coord.). *Homenaje a Edmundo O’Gorman*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2201.

Matute, Álvaro. En *La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario 1976*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, pp. 75-93.

Ortega y Medina, Juan A. En *La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario 1976*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, pp. 41-49.

Rabasa, José. *Inventing A-M-E-R-I-C-A. Spanish historiography and formation of eurocentrism*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 1993.

Rozat Dupeyron, Guy. *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Editorial Tava, México, 1993.

San Román Aladro, Claudia. *El cuerpo como otro. La construcción de un sistema/no-sistema de lectura. Una propuesta hipertextual*. Tesis de doctorado en letras, Universidad Iberoamericana, México, 2001.

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1987.

Zavala, Silvio. “Estado de la cuestión del V centenario,” en *El Búho, Excelsior*, 16 de octubre, México, 1988.

_____ “Reflexiones sobre el descubrimiento de América,” en *La jornada*.

Semanal, 28 de enero, México, 1990.

Zea, Leopoldo. “¿Qué hacer con el V centenario?” en *El Búho, Excelsior*, 21 de agosto, México, 1987.

_____ “¿Qué hacer con los quinientos años?” en *El Búho, Excelsior*, 23 de julio, México, 1989.